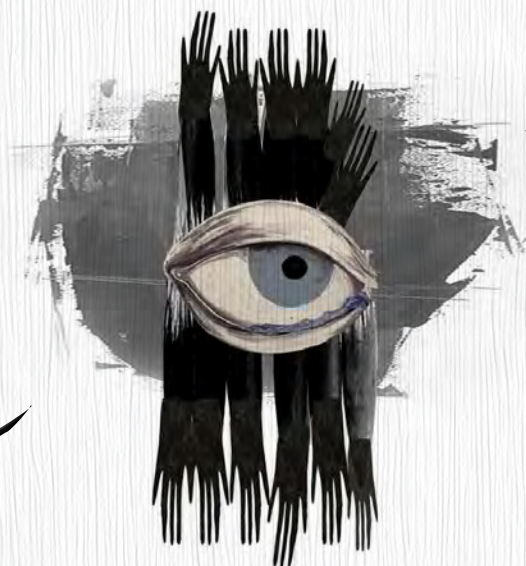


DIEGO SUÁREZ ROJAS

# Especies del Caos



Tz'akbu Ajaw



NARRATIVA



Especies del Caos

Tz'akbu Ajaw



---

NARRATIVA

---

Suárez Rojas, Diego, 1991-

Especies del Caos / Diego Suárez Rojas. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México : CONECULTA. Dirección de Publicaciones 2020.

143 p. ; 21 cm. — (Colección Tz'akbu Ajaw. Serie Narrativa ; 16)

ISBN: 978-607-8771-13-4

I. Mitología — En la literatura. 2. Literatura mexicana — Autores chiapanecos — Siglo XXI. I. T. II. Ser.

808.8037M

Dirección de la Red de Bibliotecas

# Especies del Caos

Diego Suárez Rojas

© Diego Suárez Rojas

Ilustración de portada: *Mirada Entropía* (collage y acuarela, 8.5 x 11 cm, 2020) de Mariana Pedrero Romo.

D. R. © 2020

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, *boulevard* Ángel Albino Corzo 2151, fracc. San Roque, C. P. 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8771-13-4

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO



GOBIERNO DE  
MÉXICO

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA



CONSEJO  
ESTATAL PARA  
LAS CULTURAS Y LAS ARTES  
GOBIERNO DE CHIAPAS



Esta edición fue realizada con la ayuda de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

| 2020 |

*Este libro está dedicado a mis pesadillas y a mis guardianes.  
El horror, si no paraliza, enseña.*

Frente a esa élite de monstruos de primera clase que cuidaría y educaría a Boy, Jerónimo tuvo que desarrollar el fino trabajo de convencerlos de que el ser anómalo, el fenómeno, no es un estadio inferior del género humano frente al que los hombres tienen derecho al desprecio y a la compasión: éstas, explicó don Jerónimo, son reacciones primarias que ocultan la ambigüedad de sentimientos inéditos muy semejantes a la envidia, o erotismo inconfesable producido por seres tan extraordinarios como ellos, los monstruos. Porque la humanidad normal sólo se atreve a reaccionar ante las habituales gradaciones que se extienden desde lo bello hasta lo feo, que en último término no son más que matices de la misma cosa. El monstruo, en cambio, sostenía don Jerónimo con pasión para exaltarlos con su mística, pertenece a una especie diferente, privilegiada, con derechos propios y cánones particulares que excluyen los conceptos de belleza y fealdad como categorías tenues, ya que, en esencia, la monstruosidad es la culminación de ambas cualidades sintetizadas y exacerbadas hasta lo sublime.

JOSÉ DONOSO, *El obsceno pájaro de la noche*.



## Baku

YUME TIENE SIETE años y ha contraído una enfermedad onírica altamente contagiosa: sus pesadillas se extienden como una plaga. Quien esté junto a él es infectado por retorcidas visiones. Toda casa le ha cerrado las puertas. Solo y cada vez más grave, Yume ha recorrido innumerables territorios, propagando el horror sin quererlo. Su única esperanza es encontrar a un baku. Su abuela le habló sobre esos seres enigmáticos, guardianes del descanso, capaces de devorar las pesadillas. Sin embargo, la búsqueda continúa siendo infructuosa y su padecimiento empeora. Sueños crueles y horribles apariciones se materializan a su alrededor sin necesidad de dormir. Cercado por las infinitas transformaciones de la perversa ilusión, Yume se deja caer junto a un río que corre hacia el corazón de un bosque de cerezos. El agua comienza a aullar, convertida en la sangre de su abuela. Las flores de los árboles se pudren. Las raíces quiebran la tierra y se elevan sobre él, idénticas a las manos viejas que antes lo cuidaron y ahora lo aplastarán. Yume esconde la vista y tiembla. Pero de pronto la sinfonía del miedo

es reemplazada por el sonido de quien mastica nubes. Yume abre los ojos, sabiendo que eso no bastará para despertar, y se encuentra ante un baku: cuerpo de elefante, apenas con la altura de un hombre, piel celeste, patas de tigre, cola de buey, cuatro pequeños colmillos, dos en cada lado. Se trata de un bebé perdido. Con su trompa aspira las alucinaciones y se las lleva a su boca. Paulatinamente, el río y el bosque de cerezos vuelven a la calma.

Yume se arrastra hacia el baku, en cuyos ojos también hay temor. Su fiebre no ha cedido, pero por primera vez, desde que su abuela murió, sonrío. Sus padres eran esclavos de un señor feudal y fallecieron en el océano, a bordo de un barco que naufragó durante una encomienda. Yume tenía tan sólo un año. Su abuela, para evitar que él se convirtiera también en un esclavo, escapó del palacio. Tras difíciles travesías, la anciana encontró una aldea remota, rodeada por ríos cristalinos y anaranjados. Desde entonces las pesadillas de Yume comenzaron: se despertaba llorando, sin saber su nombre ni origen, con la firme creencia de que por culpa suya millones de vidas se habían perdido. Su abuela lo abrazaba, le recordaba quiénes habían sido sus padres, repetía su nombre suavemente y le hablaba sobre los bakus. Pese a sus esfuerzos, cada noche la angustia retornaba. Igual que ahora, el pequeño baku se ha saciado, pero las pesadillas no ceden: de la tierra emergen ancianas deformes, roídas por gusanos, que lloran sin control. Sin dudarlo, envuelve a Yume con su trompa, lo coloca en su lomo y corre lejos del bosque.

El bebé baku, de nombre Tomoki, aprendió de su madre la naturaleza caótica de los sueños. “Debes tener

cuidado, Tomoki, cuando devores las pesadillas. Nosotros los bakus somos guardianes, los únicos seres capaces de brindar descanso a un mundo enfermo y triste. Jamás te deshagas de todos los miedos de un durmiente. Sin ellos, perderá su esperanza y sus deseos”, le decía su madre al mostrarle cómo usar su trompa. ¿Pero dónde está ella para guiarle ahora ante un niño cuyas pesadillas incesantes se reproducen durante la vigilia? Hace meses que los bakus han estado buscando con alarma el origen de un malestar onírico como ninguno. Primero viajaron a la capital de la región de Akumu, gigantesca ciudad amurallada, para contener la pandemia. Sin embargo, las ilusiones les cercaron y Tomoki perdió el rastro de su madre. Ahora es el bebé quien ha encontrado el origen de la epidemia. La enfermedad hace a Yume más pesado. Tiene meses que no ha dormido y Tomoki, para mantenerlo con vida, también ha abandonado su descanso. Tomoki está consciente de que no podrá curar a su nuevo amigo, así que decide llevarlo a un sitio ritual donde quizá haya todavía una oportunidad: el Cementerio de los Bakus.

Yume se abraza con fuerza al lomo de Tomoki, intentando vanamente encontrar la paz. Sus ojeras profundas proyectan masacres en la tierra. Su piel transparente muestra el inestable flujo de sus venas. Ha perdido peso y su cabello es casi gris en su totalidad. La culpa todavía carcome su conciencia. ¿Cuántas veces su mente ha transfigurado su recuerdo más penoso, cuando su abuela se ahogó en el río, repitiendo el evento con nuevos y aterradores matices? Una mañana, mientras su abuela iba a llenar una cubeta de agua para



cocinar sus dulces, la tierra mojada a las orillas del río cedió y la anciana fue atrapada por la corriente. Alcanzó a gritar el nombre de su nieto y Yume corrió con todas sus fuerzas, clamando por ayuda, pero fue incapaz de detener el curso del agua. Pese a tener entonces tan sólo seis años, comprendió su soledad absoluta. No se equivocó, pues los pobladores, si bien le mostraron piedad al principio, nada hicieron por ayudarlo a vivir. Rumores sobre cómo su abuela abandonó el palacio del señor feudal comenzaron a correr, provocando que la gente lo viera como escoria y lo expulsaran de la aldea. Sus recuerdos le hacen temblar. Sujeta las sábanas cortantes sobre su cabeza e intenta salir a la superficie, para encontrar una capa tras otra, asfixiándole, desangrando su alegría, impidiendo que pronuncie el nombre de quienes ama, huesos quebrados de tanto aullar, crisálida irrompible de oscuridad. Olas de dulce de durazno hediondo se elevan sobre él, calientes y pastosas, y le ahogan, llenando sus pulmones de cadenas diminutas, uñas que estrujan su estómago, empequeñeciéndole. Tomoki barrita y el mar de dulce descompuesto se calma, las sábanas que engullían a Yume se deshacen. Pero no es suficiente. Ambos zozobran en un pantano repleto de ojos y lenguas que se burlan de ellos.

El temor más grande de los bakus es el olvido. Por ello, creen fervientemente en el valor de los nombres. A los bebés se les enseña la historia de cada miembro de su especie y, cuando aprenden a usar su trompa, se les conduce al cementerio para rendir honores a su legado. Tomoki cree que ahí, donde sus ancestros descansan, quizá podrá salvar a su amigo. Sabe a dónde ir, en contraste con Yume, quien siempre ha estado

perdido. Cuando fue expulsado de su aldea y tuvo que recorrer bosques y ciudades, descubrió a incontables niños como él, abandonados, invisibles. Los adultos sólo les reconocían para arrojar a sus pies con displicencia una moneda o continuar abusando de su fragilidad. Refugiado en la capital de la región de Akumu, Yume sobrevivía apenas. Durmiendo en las calles, al cobijo de la basura, sus penas abandonaron su cabeza e invadieron las casas. Al principio, el sueño de los habitantes fue perturbado por una anciana de piel macilenta quebrándose en miles de pedazos, repleta de cucarachas sempiternas cuyo hedor producía una lastimosa melancolía. Después, cada cucaracha se transformó en el más profundo miedo de los durmientes. Los negocios y las escuelas se paralizaron. La capital tuvo que optar por el insomnio. Al paso de las semanas, ya no fue necesario que Yume durmiera para que sus horrores se materializaran, ocasionando la paranoia colectiva: fuego, destrucción y locura. Entonces Yume ya no fue ignorado, su invisibilidad cedió su espacio al estigma. Detestado, hubo quienes aun intentaron asesinar al niño. Pero su enfermedad, como si tuviera conciencia propia, como si quisiera enseñarle al mundo que tan atroces pesadillas no pueden desaparecer tan fácilmente, creaba murallas etéreas a su alrededor que enloquecían a cualquier atacante, pues tenían la facultad de retorcer la memoria y generar inéditos traumas.

El Cementerio de Bakus sólo puede ser alcanzado por quien conoce los misterios de la quietud. Tomoki ha luchado, ascendiendo con pesadez hacia lo alto de una montaña nevada, donde uno de los portales se oculta. Levanta su trompa y descarga las pesadillas que ha consumido: humo

multicolor que transforma la cima en sima. Yume huele a tinta quemada, un libro arruinado. Sus ojos enormes, lunas que lloran sapos agonizantes, los músculos se desgarran y recomponen con violentos temblores, sudor amarillo y ácido. De su boca corre un río de piedras verdes y filosas, provocándole estentóreas arcadas, impidiéndole pronunciar una sola palabra. Les persigue un desfile de grotescos duraznos, sus corazones repletos de niños decapitados y señores feudales sin rostro. Sin dudar, Tomoki se impulsa con sus patas de tigre y trasciende el umbral.

Tomoki corre entre altares de marfil. El aire lila y celeste es suave, sopla sosegadamente sobre el laberinto de huesos y memoria que los bakus han construido. Pero la enfermedad de Yume infecta la tranquilidad, amenaza con destruir cada recuerdo con su inclemente pavor. Tomoki alcanza el centro de los mausoleos, donde su madre le enseñara la historia de su especie, y coloca con gentileza a Yume sobre la tumba del baku más antiguo y célebre. Sobre ellos se cierne un vórtice de pesadillas púrpura y negro, relámpagos rojos, fetidez engeguecedora. Yume se sujeta a una de las patas de Tomoki, quien no cesa de aspirar. Sombras con millones de dientes y bocas sedientas cubren a ambos y conquistan el Cementerio.

Trompetas de guerra: la marcha de los guardianes retumba. Desde cada portal, los bakus han vuelto para detener la catástrofe. Gigantescos como torres, saltando con destreza sin perturbar uno solo de los altares, se dirigen hacia el centro con las trompas extendidas, succionando. Formando círculos concéntricos, decenas de ellos se enfrentan al vórtice.

—¡Estas pesadillas no tienen fin! ¿Cómo es posible que los humanos hayan sido capaces de semejante infamia? —Un baku de piel color vino grita, su voz apenas escuchada ante el ensordecedor rugido del vórtice.

—Tal vez nos hemos equivocado durante todos estos siglos. ¿Y si también devoramos sus deseos de mejorar? —Otro baku, de piel anaranjada, succiona con menor fuerza al reflexionar.

—Han subestimado al miedo, olvidado su importancia. La soberbia y la indiferencia alimentan este vórtice. —Una baku de piel celeste golpea el piso con sus patas. Al succionar con fuerza, descubre a Tomoki desmayado, en el centro del caos—. ¡Mi bebé! ¡Tomoki!

Los bakus se detienen, sorprendidos. La madre se derrumba, tocando a Tomoki con su trompa. Todavía respira. El vórtice se expande y los bakus descubren que proviene de los ojos abiertos, en trance, de Yume.

—Tu bebé ha sido muy valiente, Omamori. Ha hecho lo que cualquiera de los nuestros hubiera decidido. —Un baku anciano, piel plateada y ojos dorados, se adelanta—. Este niño humano es la fuente. Puedo leer en su piel el sufrimiento.

—Pobrecito. El mundo lo ha abandonado y se ha convertido en una amenaza inconmensurable. Has hecho bien, Tomo-chan, mi pequeño glotón. —Omamori acaricia a Tomoki.

—No podremos deshacernos de estas pesadillas. Quizá sea momento de partir, llevar nuestro Cementerio a otra parte. Hemos hecho un gran daño con nuestra empatía —dice el baku de piel vino.

—¿Y abandonar a este niño que mi pequeño ha intentado salvar? ¿A innumerables otros que han sido olvidados?

—Omamori se ve furiosa.

—Sin la voluntad de los humanos, no seremos capaces de crear un cambio verdadero. Sí, tal vez hemos hecho daño al protegerles, evitando que enfrentaran directamente sus temores —dice con tristeza una baku blanca de ojos escarlatas.

—Pero... tal vez todavía podamos hacer algo por él —dice Omamori con resignada esperanza.

Todos los bakus asienten y dirigen sus trompas hacia Yume. Al succionar, las arrugas de su rostro se desvanecen, su cabello gris vuelve a ser azabache, las ojeras se tornan en piel limpia, sus ojos finalmente se cierran. Pero el vórtice no se detiene, corrompe el cielo del Cementerio, trasciende los umbrales e invade el mundo exterior.

—Este niño tendrá suerte. No ha perdido completamente su inocencia. Como si se tratara de un mal sueño, al despertar olvidará toda la maldad que ha enfrentado. —El anciano baku de piel plateada sonrío con debilidad—. Me pesa en mi corazón no poder encontrar a todos los que son como él. Pero acaso el miedo haga comprender a los adultos. Y entonces, regresaremos.

Los bakus cantan una rapsodia a la memoria, recogen con cuidado y amor cada remembranza de los altares, forman una fila y se disponen a partir, su hogar rebasado por las pesadillas que ya no devorarán. Omamori sostiene con delicadeza a su hijo y al niño, los eleva y coloca en su lomo. Por primera vez en mucho tiempo, acurrucados en un abrazo, Yume y Tomoki duermen en paz.



## Sirena

SOY UNA SIRENA que nació muda. Incapaz de hipnotizar a los navegantes con el canto, fui condenada a la soledad y al acoso por mis hermanas. A mí nunca se me permitió participar en las cacerías de hombres ni mucho menos en los banquetes. Entre los marineros y yo hay una lejanía mítica. Por ello, el galeón que ahora se acerca hacia mí me intriga con una veta de fanatismo. Sólo soy capaz de distinguir a un único joven a bordo que viste un saco rojo de botonadura dorada. Él mueve el timón con cautela e inspecciona las rocas desde donde cuento mis secretos a la niebla. Nuestras miradas finalmente se cruzan y el marino se estremece. Sin embargo, su sorpresa pronto se convierte en deseo: sé que mi piel morena, senos cubiertos por caracolas, cabello mármol y cola turquesa poseen un aura fascinante. Decidido, el joven aterriza de un brinco en el islote y me encara.

Mi primer instinto es huir. Nunca he estado frente a un hombre a solas. Sus ojos grises logran cautivarme: me traen de vuelta mis más tristes recuerdos de infancia. Las sirenas del archipiélago Anémona son cazadoras crueles que se valen

de la armonía y de los versos para corromper la cordura de los marineros. Mi silencio ha sido siempre un estigma: frenéticas persecuciones de mis hermanas a través de laberintos de coral, soñando con encontrar algún día corrientes marinas para surcar libremente. Si me alcanzaban, era torturada con canciones insoportables y coletazos contra las rocas para después ser abandonada en fosas abisales. En una de mis fugas exitosas, a los cinco años, fui a parar a un espacio del arrecife desconocido para mí. Advertí sonidos dulces que provenían de la superficie y con cautela emergí, topándome con las más viejas sirenas que improvisaban una melodía de exceso y muerte. El primer hombre que vi, cara de niño, lloraba de placer y sin consuelo, desnudo entre los brazos de las cantoras. La líder del coro comenzó a estrangular a la víctima, susurrándole promesas al oído. En el instante en que el muchacho perdió el último aliento, me dirigí una mirada de desolación. Aterrada, nadé lejos hasta que las burbujas se hicieron invisibles. Una verdad desde lo más recóndito de mi ser me sacude con una violencia helada: sigo huyendo. Sola, perdida en un mar del sur, lejos de mis hermanas y el horror que, sin embargo, es lo único que he podido llamar hogar. Vuelvo a la realidad sacudiendo la cabeza, como quien ha sido herida por el tiempo. Los ojos grises que se me acercan con cautela son idénticos a aquellos que presencié extinguirse de niña.

—¿Qué clase de hechizo me ha impuesto el mar? ¡Veo una sirena, pero no la escucho! —La voz es diáfana y autoritaria. Sus botas y pantalones azules están cubiertos de sangre oscura.

Mientras lo escucho pienso en la obsesión de los hombres con el canto de mis hermanas. Tantas veces me he acercado furtivamente a sus barcos para escuchar sus historias. Su ignorancia me es apasionante, pues a partir de ella erigen una cosmología con la que pretenden descifrar los designios del océano. Así es como sé de la estrategia más eficaz para lidiar con las de nuestra especie: los oídos de las tripulaciones son cubiertos de cera, a excepción de los del capitán. Éste es atado al mástil, dispuesto a sufrir la locura sin extraviarse en ella. Con sus sentidos privados es como los marineros logran la salvación; sólo deben ver al frente y remar sin cesar, lejos del placer prohibido. El capitán, quien da las órdenes y es sustituido en la navegación por sus hombres, llega a temer su muerte y en ello se deteriora su espíritu. Este joven frente a mí posee rastros de la corrupción ocasionada por mis hermanas, lo sé por la perversión furiosa que brilla en su faz.

—¡Escuchar el maldito canto y sobrevivir! ¡La seducción total, el placer desmedido! Yo soy un adicto a sus melodías, mientras mis subalternos me mantengan a salvo. Pero ¿por qué no te escucho? ¿Te he vencido, sirena? ¿Acaso soy más grande que Odiseo? ¡Yo soy el capitán Dorno Heimer!

Me encuentro paralizada por el miedo y la fascinación. No solamente las bellas facciones del marino, que hacen a mi memoria resplandecer, impiden mi fuga, sino también la extrañeza: ¿cómo es posible que este galeón sea navegado por un solo individuo? ¿Por qué el capitán, pese a su orgullo, tiembla incontrolable y su mirada parece estar sumida en un trance? ¿Cómo ha encontrado este piélago olvidado que elegí para mí exilio, ignoto aun en las más sofisticadas cartas

náuticas? Yo escapé del archipiélago Anémona apenas hace siete días. Mis hermanas me descubrieron espiando un barco y me torturaron con intenciones asesinas. Por primera vez luché contra ellas, desatada al fin después de tantas humillaciones, hasta que mi instinto me dictó escapar para salvarme. Nadé con la absoluta soledad como destino: fui capaz de encontrar un islote de piedras que nadie, ni las propias sirenas, ha encontrado jamás. Y, sin embargo, el capitán Dorno Heimer ha superado mi ingenio y se planta ante mí con su enloquecida arrogancia.

Soy una experta en escuchar lo que no se dice, las más leves indicaciones de significado entre los resquicios de las sombras. Los músculos tensos e indecisos del capitán, los surcos en sus labios y las palpitaciones dolorosas me revelan su tormenta mental, la escisión entre la valiente voluntad de su discurso y el cercano colapso de su cuerpo. Dorno Heimer me dice que el constante encuentro entre marineros y sirenas ha hecho a los capitanes astutos, soberbios; a los subordinados, ignorantes, sometidos; a los barcos, valorados, sobre todo. Es fundamental que los hombres inferiores no escuchen los engaños de las voces. De no ser así, las pérdidas económicas serían fatales. No importa que las manos de los líderes se hayan hecho torpes mientras que la técnica de los marineros sordos aumente. Mientras la capacidad de dominar progresa, los cantos permanecerán exclusivos y la vanidad de las sirenas será vencida. “Dominar”, verbo inherente a mi vida. He sido sometida en la intersección entre dos fuerzas soberbias y ciegas, sirenas y hombres, las cuales luchan por reclamar trofeos vacuos sin advertir nunca la corrupción propia. En un

arrebato de libertad, me acerco al capitán y le propino una cachetada. Pese a que su cuerpo se tensa listo para retribuir, el rostro del joven sólo refleja indecisión.

—Nuestros instrumentos de navegación fallaron y nos condujeron hasta ti. Al penetrar al banco de niebla que rodea tu islote, una sensación de extrañeza nos embargó a todos. Fue como caer en un recinto de condena y salvación. Comencé a dudar de mi tripulación hasta tener la certeza de que conspiraban contra mí. Mi espada se batió con antiguos amigos y terminó cortándoles la cabeza. Incluso maté a los enfermos. Y ya veo que ha sido la decisión correcta. Tú eres mi tesoro.

Rodeo a Dorno Heimer, quien parece atrapado entre el miedo y el deseo. Sus ojos patéticos me rehúyen y buscan por igual. Leo su ansiedad, lentamente desgarrando las barreras de su investidura. El saco rojo, de perfecta etiqueta, es tan sólo una carcasa que falla en acallar las dudas, despojo de confianza material. Siempre me he visto maravillada por la imaginación idealista de los hombres, sus necias utopías, pese a la miseria y mezquindad a la que parecen estar destinados a través de las eras. Tantas guerras jamás alimentadas por la razón, sino por su pasión disfrazada de lógica.

—¿Nada tienes qué decir? ¿Has de someterte a mi voluntad? Permanezco impasible.

—¡Responde! ¡Canta!

Cruzo mis brazos.

—¡Yo soy el capitán! ¡Debes someterte! ¡Canta!

Dorno Heimer suplica de rodillas, babea y se convulsiona en el suelo. En su sometimiento total descubro una revelación,

aun una reconciliación. El silencio puede ser el arma más fina. El aura de mi garganta jamás fue notada entre el coro. Pero ahora, sola en el océano, mi extraña influencia se extiende ininterrumpida. El capitán vacila con espada en mano. Pese a haber declarado su victoria aún no sabe a qué se enfrenta, siquiera si se trata de un enfrentamiento. Grita versos de amor y escupe insultos obscenos. Hace bien en dudar. Yo sé, a diferencia de mis superfluas hermanas, que la música es imposible sin el silencio. Los sonidos nacen y mueren en la ausencia, la fugacidad, la quietud. Son-ido, melodías que no pueden permanecer, insabibles y siempre en movimiento. A la afonía, en apariencia pasiva, se le desprecia y subestima. Y, sin embargo, en ella yacen los secretos de la creación. El mutismo de la sirena es el arma más mortífera, pues el aura de incertidumbre que soy capaz de generar ha de someter a quienes no soportan encarar el vacío. La caída de este hombre se debe a su propia inmadurez, necesitado de una respuesta. Su ego le impide aceptar lo equívoco a tal grado que ha matado a su tripulación y con ello su barco es ahora innavegable.

Tomo la espada de las manos inseguras y la arrojo al agua. Con dulzura acaricio sus labios. Al recorrer sus mejillas siento la tentación de clavarle las uñas. De improvisto estrecho su cabeza contra mi vientre y lo abrazo, formando remolinos en su cabello. Lo consuelo falsamente de todo su dolor e historia. Él descansa, eufórico e ingenuo, pese a que mis escamas se cierran sobre su cuerpo, cortándolo. Le muestro mis senos fugazmente. Con mi larga melena cubro el izquierdo. Tomo de la garganta al capitán y le permito únicamente besar mi pezón derecho.

Tras el éxtasis, Dorno Heimer yace desnudo en la roca. Observo el horizonte con una confianza aterradora. La niebla es disipada por docenas de barcos que se acercan titubeantes, atraídos por mi silencio. Los capitanes ya están sometidos sin saberlo. El primer objetivo de esta armada, olvidada para siempre del sonido, será el archipiélago Anémona. Mis hermanas sangrarán sus gargantas en vano.



## Naga

LOS ASESINOS DEL rajá Aakarshan nos han perseguido durante semanas. Mi amada está herida de gravedad. Cruel ironía. Alguna vez nosotros los nagas poseímos el néctar de la inmortalidad, el *amrita*, mas sus secretos nos han sido arrebatados. Ahora podemos morir. Las dunas del desierto se transforman en fuego. Las escamas no han de protegernos eternamente. Somos los últimos sobrevivientes de la estirpe de Nagaraja, el rey cobra: yo, Aalok, la luz divina que estremece, y ella, Aadarshini, fulgor de las ideas. Hasta encontrar sanación no he de rendirme. Nuestros nombres no serán sepultados en este océano seco y lograré el renacer de mi especie.

Esta fuga desquiciante es el último episodio de la cruenta guerra entre humanos y nagas. Ejércitos enteros han sido dispuestos para cortar nuestras colas y exhibir las escamas preciosas en suntuosos palacios. Sin embargo, los soldados marioneta no conocen la verdadera razón del conflicto, oculta celosamente por el vulgar rajá. La envidia y la codicia incitan la mente podrida de ese líder de hombres, quien se ha empeinado en saber el paradero del *amrita* y así alcanzar

la inmortalidad. Es cierto que bebimos incontables veces el dulce néctar que prolongaba nuestros años y fuerza en el mundo. Pero Garuda, el águila de fuego, nos arrebató el elíxir y se perdió en los cielos. Desde entonces, como cualquier criatura, estamos sujetos al tiempo. Ni siquiera sé si todavía el *amrita* existe. Hoy el néctar es mi anhelo desesperado: el aliento de Aadarshini es cada vez más débil. Cargando su peso nuestra huida es lenta. Los asesinos están cerca y anochece.

Los ojos escarlatas de Aadarshini desgarran las sombras a nuestro alrededor. Bajo un acantilado naranja de rocas puntiagudas nos ocultaremos para descansar. Ella respira con dificultad, sumida en la duermevela. Nuestras colas se entrelazan y cavan en la arena un refugio. Alzamos las manos y recitamos la antigua magia de nuestros ancestros. El brillo de las estrellas se multiplica y figura nuevas constelaciones. Con el artificio confundiremos a nuestros perseguidores.

—Aadarshini, ¿qué haces? —Acaricio su vientre dorado sabiendo que mi pregunta es inútil. Sé lo que sucede y lo detesto.

—Medito sobre cada parte de mi cuerpo, aun la más leve palpitación. He de esforzarme para que la angustia ceda. Sólo así mi mente será liberada. Aalok, tú deberías hacer lo mismo. Yo confío que podremos, juntos, deshacernos de las ataduras... —Su tono de voz, errático y tenue, me hace padecer su creciente debilidad.

—¡Basta! ¿Por qué insistes en torturarme con tan absurdas fantasías? ¡La meditación y las ilusiones no han de servirnos en esta guerra! Mi única certeza son los latidos de

tu corazón. —Mis manos trémulas sujetan sus senos y beso desesperadamente sus pezones.

—Aalok, no. —Ella retira mis labios con ternura y decisión—. La ilusión es todo lo manifiesto en el mundo sensible. Nuestra percepción nos engaña y la confusión no se detendrá a menos de que cierres tus ojos y te abras al silencio.

—¿Ahora me dices que nuestro vínculo ha estado siempre cubierto por un velo?! ¿Cómo puedes herirme de esta forma, cuando lo he dado todo por ti? —Oculto mi rostro entre su cabello esmeralda, ajeno a los retumbantes torbellinos de arena oscura a nuestro alrededor.

—No, mi amor. La ilusión es dulce como leche y miel. La vida a tu lado ha sido siempre un regalo, pero hemos de trascender.

—¿Para qué trascender si todavía puedo tocarte? Prefiero la ilusión de tus escamas a cualquier verdad profunda. Aun si tuvieras razón y te liberaras de tus ataduras, ¿cómo he de alcanzarte? Mi mente no está lista. —La revelación agria de mi inmadurez me pone alerta frente a los incógnitos sonidos de la noche, atento a cualquier señal de nuestros enemigos.

—Entonces yo esperaré por ti, Aalok, antes del Nirvana. Reencarnaremos y ten fe en que sabrás cómo y dónde encontrarme.

—¿Pretendes consolarme con otra ridícula creencia? Si la reencarnación es real y yo no mantengo mi conciencia en la siguiente vida, ¿de qué sirve entonces continuar con mi camino? Si retorno como un miserable humano, perdería aun hasta tu nombre. Podría prescindir de mi veneno y

fuerza, pero jamás de mi memoria. —Vuelvo a su lado y acaricio su cuerpo, empecinado ingenuamente en que con ello lograré curarla.

—Sea cual sea tu siguiente vida, en el corazón de la flor de loto, en los trémulos acordes del pavorreal, tu memoria resplandecerá y volverás a sentirme entre tus labios, fugaz pero auténticamente. Hasta el día en que tu ciclo de reencarnaciones esté completo y tu mente sea libre, yo te estaré esperando.

—¡Soy el más grande guerrero de la estirpe de los nagas! ¡La reencarnación no es para mí! ¡Y tampoco para ti, la más bella princesa de la corte de Nagaraja! —La furia se apodera de mí y rompo nuestro abrazo.

—Aalok, ¿qué son siglos a tu lado? Somos tan viejos y, sin embargo, nuestra vida parece tan corta que todo su recuerdo cabe en esta noche. Es momento de detenerse.

—No podemos rendirnos ahora. Somos los últimos de nuestra estirpe y no permitiré que caigamos en este desierto inclemente.

—¿Y qué si somos los últimos? Qué poderoso y bello destino. No hay plazo que no se cumpla. Incluso para el mundo.

—Si tan sólo tuviéramos el *amrita* la muerte sería nuevamente una burla. Con el elixir no temeríamos la voracidad de los humanos. Con él, yo no te perdería.

—¿Quisieras ser inmortal? No cometas la equivocación de quienes nos persiguen. Yo nunca quise prolongar mi vida tanto tiempo. ¿Y si te hubiera perdido, atrapada en un cuerpo sin decaimiento? Podría haber atravesado mi corazón, saltado



hacia un abismo, y aun así permanecer, sola. —Sus temores son acrecentados por una violenta tos y un estremecimiento prolongado.

—¡No seas necia! ¡No reniegues la posibilidad de respirar juntos sin final! —Me enfurece cuando ella se rehúsa a escuchar una palabra de prudencia.

—Siempre atados a seguir bebiendo, temerosos de perder un tesoro maldito. La inmortalidad verdadera no existe. Presenciar que mi cuerpo finalmente cede ante las estaciones me hace sentir más viva que nunca. Yo no quiero cargar más con estas heridas dejadas por quienes se han ido. —En un arrebato me sujeta de los hombros con intensidad—. No, Aalok, te pido humildad. Reconozcamos que el instante no se sujeta, sino que conduce irremediabilmente hacia adelante.

—¿Cómo puedo ser humilde cuando tus escamas pierden su brillo?! ¿Cuando los ojos escarlatas que me hechizan son cada vez más grises?! Esos malditos humanos te han herido.

—No desprecies a nuestros enemigos. Compadécelos. Es natural que nos teman. Pero más grande es el pavor humano hacia la muerte. Desean vivir indefinidamente sin conocer el terrible destino que aguarda a quien perdura. Por ello no se dan cuenta del daño que han causado. Todo acto se eslabona a una consecuencia. Su castigo vendrá por sus propias manos. A nadie le pertenece el *amrita*. Los nagas también nos equivocamos. —A su lado me he sentido pequeño, inútil. Ella es tan sabia y buena que me pregunto cómo es que su corazón me pertenece.

—Tú no has hecho daño nunca. No mereces morir por el dardo infecto de un hombre. Yo he tomado parte en esta guerra, yo soy quien debería cargar con tus heridas.

—Y eso haces, Aalok. No te pido más que duermas a mi lado. —Ella me sujeta con determinación, ardiendo en fiebre, murmurando sus dulces delirios durante mi insomnio total.

El desierto es cruel. El abrazo que me hacía olvidar el frío durante la noche me sofoca en la mañana. Aadarshini está más pálida. Observo su herida en el costado izquierdo, carente de mejoría, pero debemos continuar. Las horas pasan e incontables espejismos nos seducen. Apenas discierno a través de ellos, pues mis fuerzas flaquean. Pero mi voluntad es férrea, no cederá hasta encontrar un refugio secreto.

Necesitamos agua. Busco entre las nubes, casi ciego por la sed, hasta distinguir una lluvia de flechas negras que se cierne sobre nosotros. Mi cola latiguea y todas son desviadas. Gritos en puntos distantes ocultan un código. Nos han tendido una emboscada. Los asesinos de Aakarshan, cubiertos de ropajes color arena, emergen de las dunas. Los arqueros continúan su asalto, pero Aadarshini quema los arcos con un fuego azul creado desde la punta de sus dedos. Regimientos de soldados que portan hachas y lanzas intentan someternos. Mi cólera me ciega. Me muevo entre ellos como un relámpago y destrozo sus cráneos con mis manos. Jinetes en camellos irrumpen en la batalla. De mi boca escupo veneno y tomo dos lanzas, maniobrándolas con destreza. Los jinetes son maestros espadachines. Con el empuje de sus camellos comienzan a separarme de Aadarshini. Ella no posee voluntad de lucha. Está débil y

no quiere matar. Tan sólo esquivo los ataques y crea olas de arena con su cola para nublar la visión de sus agresores. Un regimiento que porta enormes escudos la rodea y uno de sus miembros logra hierirla con el dardo de su cerbatana. De sus podridas gargantas emerge un canto de victoria. Giro mi cola como un remolino y los camellos caen. Veloz, me arrojo y rompo el cerco de escudos con mi cuerpo. Me planto en defensa de Aadarshini y grito con el fuego en la boca.

Los últimos enemigos me encaran: tres hombres portando espadas *urumi*, largas y fatales, pues están hechas de acero flexible que les brinda la movilidad de un látigo. Nos rodean y comienzan su ataque. Su alcance es asombroso y su habilidad digna. Confundiéndome, dos de ellos logran apresar mis muñecas y con ahínco me someten. El tercer guerrero me ataca sin piedad en el pecho. Mi carne arde y la fuerza en los brazos comienza a abandonarme. Aadarshini se interpone y es golpeada en la espalda repetidas veces. Yo tiemblo, pero ella no se queja. Sonríe y me da un beso antes de tomar las *urumis* que me aprisionan. Con gracia las agita y los hombres pierden el dominio. Entonces ella cae a la arena. Nuestros enemigos agitan sus espadas una vez más, pero mi cola es más poderosa que cualquier serpiente de metal: logro atraparlos y los constriño hasta que sus esqueletos se quiebran. No tengo tiempo para recuperar mi respiración. Voy hacia ella. Su espalda sangra, dardos y flechas la han infectado. Sin embargo, su cola ágata jamás ha mostrado tan esplendoroso fulgor.

—Aalok, mi guerrero invencible. Me duele ver de cuánta destrucción eres capaz. Aunque todo ha sido por

mí. Nuestro amor es capaz de limpiar un mar de sangre. Promete que no buscarás venganza.

—No será necesario porque no habrá nada que vengar. Tú no morirás este día. El final de la pesadilla está cerca. Llegaremos a un río y el agua te aliviará.

—No, Aalok. Las últimas cadenas que nos doblegaban ya se desvanecen. Confía, nos volveremos a encontrar.

—¿Y qué si no! ¡Si la reencarnación es una mentira! ¡Si nuestras mentes jamás trascenderán! —Mi voz se quiebra.

—Bueno..., vaya aventura la que hemos tenido. Digna de un poema inmortal. Moriremos después de haber vivido la plenitud.

—No estoy listo, Aadarshini.

Perdidos en el desierto, rodeados de muerte, me sujeto a ella. Busco en el cielo una respuesta y el sol me azota en plena cara. Entonces entiendo: en su corazón de fuego está el *amrita*. Garuda dejó ahí el elixir para prolongar el calor del astro que a todos brinda vida. Mi risa sonora provoca un torbellino. Aún no he sido vencido. Aunque mis ojos se quemaran no perderé de vista al sol. Aguardaré durante milenios si es necesario un rayo de luz que nos traiga de vuelta.



## Peritio

LA ISLA DE Demos es la única utopía exitosa en la historia. La propiedad privada ha sido abolida y el sistema económico se basa en el altruismo recíproco. Sin embargo, en las últimas semanas han circulado sospechas sobre las prácticas del Magisterio, órgano encargado de la administración pública. Sus doce miembros, hombres y mujeres con el cargo de consejeros, son renovados democráticamente cada año después de que grupos ciudadanos investigan su honestidad y competencia. Para aclarar los equívocos, el primer consejero ha organizado una declaración en la plaza de la capital, Amaurota. La mañana del informe aun los escépticos se muestran en paz, pues los valores de la nación son inquebrantables. Las trompetas retumban en el corazón de Amaurota y el primer consejero, un viejo venerable de barba plateada y túnica blanca, se planta en el estrado y arenga:

— ¡Habitantes de Demos, los rumores sobre el Magisterio son falsos! La realidad es mucho más podrida de lo que su ignorancia les permitiría imaginar. Estos hombres y mujeres que me rodean, los eminentes consejeros, son mis cómplices

en el saqueo, la extorsión y el asesinato. La bonanza de Amaurota es una ilusión mantenida para evitar la rebelión. El engaño se ha preservado durante décadas gracias a poetas traidores que han reescrito los mitos. Millones de pobres y enfermos, entre ellos todo enemigo del régimen, son esclavizados en fábricas secretas para producir armas, nuestra principal exportación. La democracia es tan sólo el cascarón del nepotismo y el fraude. Yo no tengo miedo a ser castigado: es mi certeza que ustedes seguirán colaborando, dada su naturaleza cobarde y comodina. ¡El sistema se mantendrá incólume!

La parálisis se extiende sobre todos: los consejeros horrorizados, la gente confundida. Pero nadie está más contrariado que el mismísimo primer consejero, quien sujeta tembloroso el discurso escrito por sus asesores, radicalmente distinto a la verdad que escapa en tropel de su boca. El anciano intenta rectificarse, pero sólo logra empeorar la situación al detallar las grotescas conspiraciones que apuntalan el teatro de Demos. Cuando uno de los consejeros procura interrumpirle sujetando su brazo con fuerza disimulada, el venerable anciano se libera vehemente y revela atroces crímenes perpetrados por su colega, enmudeciéndolo. Tras digerir la sorpresa y la desilusión, la concurrencia irrumpe en insultos. Ni el más ingenuo puede justificar palabras tan virulentas. La plaza pública se torna en caos. Ciudadanos furiosos intentan subir al estrado y el ejército interviene, mas sus elementos son superados diez a uno. Los once consejeros, enfebrecidos por el miedo y la traición, someten al líder y lo arrojan hacia la multitud como carnada. Con tal distracción, los miembros

del Magisterio dan órdenes furibundas a un compacto batallón y logran escaparse de la plaza con la voracidad y prontitud propias de un culpable acorralado. El sol está en su cenit y nadie advierte que el primer consejero, cuyo cuerpo es maniatado por la muchedumbre, no proyecta sombra.

Sobre la torre más alta de Amaurota, un ciervo marrón de gigantescas proporciones vigila la escena. Plumas esmeraldas cubren su cuerpo y sus dos patas delanteras son talones de águila, con los cuales se aferra a la cornisa, semejando una gárgola. Se trata de un peritio, una criatura que se creyó extinta para el mundo, apenas un recuerdo en legajos de polvo. Sus ojos ambarinos penetran el humo que ahora cubre la plaza en llamas: el ejército es incapaz de evitar el linchamiento del primer consejero. El peritio extiende sus majestuosas alas verde olivo y remonta el vuelo sin ser notado.

Las palabras fatídicas del antiguo líder son confirmadas por el pueblo y la vasta podredumbre a lo largo de la nación es expuesta. Una pareja de jóvenes idealistas, Orfeo y Eurídice, organizan a los inconformes de Amaurota y dirigen una rebelión que pronto se propaga. Orfeo es un hombre alto, de piel dorada y talento innato para crear canciones de protesta y júbilo que fortalecen los ánimos. Eurídice es una mujer misteriosa, su cabellera negra es tan extensa que envuelve su cuerpo grácil y sus manos sanadoras son capaces de aliviar la congoja de los enfermos. Gracias al liderazgo de la pareja, los rebeldes logran destruir las fábricas de armas y los esclavos se unen a la lucha en contra del Magisterio. Los once consejeros, aún en control del ejército, intentan

someter la revuelta. Las dos facciones se enfrentan no sólo en cuerpo, sino también en mente: quienes todavía creen en los valores de la utopía, superiores a cualquier empresa humana, y aquellos que reconocen que dichos valores, si bien útiles, han de someterse a la voluntad de la fuerza.

Diferentes líderes religiosos en Demos deciden intervenir para lograr un armisticio. Estos personajes creen que cambiarán los corazones de la isla. En cada ciudad donde un templo o altar han sido erigidos, desde la capital hasta la más remota aldea, diversos guías espirituales enuncian sus mensajes con esperanza:

—¡Dios no vendrá a ayudarnos! ¡Acaso él no exista! El consuelo que nos brinda es efímero, aun cruel, ante el horror. La revelación es locura disfrazada con poesía. Durante siglos se ha mantenido el engaño a los oprimidos, prometiéndoles un paraíso para soportar la desigualdad en esta vida. Seguiremos creyendo en los milagros, siempre arbitrarios, por nuestra vergüenza a admitir la angustia que el vacío nos provoca —proclama el representante del teísmo en la catedral de Amaurota, un hombre hierático cubierto por una túnica morada tejida con hilos de oro.

—Hemos confiado en la razón para descifrar los misterios del cosmos. Pero no hay filosofía que permita aseverar que Dios es el origen de la causalidad. La única ley en esta vida es la incertidumbre —concluye el vocero del deísmo desde los archivos de la ciudad de Logos, un hombre macilento que porta una ridícula peluca blanca y carga un libro negro.

—La mejor explicación al problema del mal es que los dioses sean tan corruptos como nosotros: panteones donde

la divinidad fornicadora, traiciona y domina. La arrogancia motiva la fe y justifica la violencia: el universo posee un rostro humano —pregona el obeso sacerdote supremo de los politeístas en la ciudad del placer, Silenus, mientras bebe de una ánfora de vino y es abanicado por voluptuosas mujeres de piel morena.

La mayoría de creyentes, que nada entiende sobre teología, es capaz de distinguir en las voces de los líderes derrota y cinismo. Hay quienes intentan reafirmar su fe, pero otros confirman con tan desastrosa muestra de liderazgo sus dudas sobre la divinidad. Los ateos se regocijan en un principio, pero más tarde cientos de ellos aceptan su soberbia y declaran creer en Dios, el maná o la Providencia. La confusión religiosa complica la rebelión contra el Magisterio, pues nuevos conflictos se desatan por doquier. Los rituales son abandonados y la desilusión se torna en una tempestad definitiva.

El caos en Demos se recrudece y nadie tiene claro cuáles son las facciones que combaten. Los once consejeros del Magisterio aún se erigen como enemigos de los rebeldes dirigidos por Orfeo y Eurídice, pero las complicaciones de la vida cotidiana agotan los intentos de derrocar al gobierno. Existe una enorme demanda de víveres, armas y medicinas. Sin embargo, los mercados sufren una debacle: los comerciantes venden sus mercancías sin ocultar sus defectos y trampas. El sistema económico se transforma en un embrollo de sabotaje y rapiña. Las necesidades básicas se agudizan y no hay certeza de qué y a quién comprar ante los anuncios que pululan en las calles: “¡Lleve la peor fruta, se

podrará al darle la primera mordida!”. “Remedios falsos de pezuña de chiva para la ansiedad, se sentirá igual, excepto que se le caerá el cabello”. “Esta espada es de la misma fragua de aquellas que vendí a su enemigo. Nuestro negocio no discrimina a ningún comprador: mátense libremente y sin escrúpulos”.

La crisis es tan grave que el Magisterio vislumbra una oportunidad para recuperar el dominio. Acuartelados en el Palacio de Justicia de Amaurota, únicamente siete de los once consejeros celebran un concilio en una cámara subterránea. La paranoia lacera sus mentes fatigadas y apenas beben unos cuantos sorbos de sus copas de vino: cuatro de sus colegas han desaparecido desde la noche anterior. Psémata, una bella y fría dama ataviada con una túnica cobriza, se ha convertido en la líder de facto durante la rebelión y es quien toma primeramente la palabra. Los demás consejeros aguardan una de sus sádicas y minuciosas estrategias para finalmente aplacar los disturbios en la isla. Sin embargo, Psémata revela cuánto pagó a un mercenario por asesinar a los consejeros desaparecidos y sus planes para aniquilar a los presentes. No ha terminado su confesión cuando Prodosia, el más joven y valiente, se pone de pie y anuncia que ha pactado con los rebeldes para traicionar al Magisterio a cambio de su seguridad. Les ha dado información a los líderes opositores para que irruman en el palacio esta misma noche y sorprendan a los últimos batallones del ejército. Una carcajada cruel e histérica se apodera de la atención: la vieja Aletheia, la consejera de mayor experiencia, afirma que cualquier intención páfida

es inútil. Ella ha envenenado el vino y de sus cadáveres hinchados ha de reconstruir el poder. Doxa, un veterano del ejército y hábil cronista, grita furioso, extrae de su capa bermeja una daga y atraviesa el cuello de Aletheia. La sangre incita al Magisterio a la brutalidad. Sin embargo, la batalla campal entre los seis consejeros restantes dura poco. Apenas se han dado un par de golpes cuando sus ojos se hinchan y las náuseas les hacen alucinar. El escozor en su piel detiene todo amago de agresión. Sujetos a las paredes, nada pueden hacer para detener el inclemente vómito negro y rojo. El dolor provocado por el veneno es tan intenso que les hace aullar y revolcarse en charcos de su propia miseria, hasta que sus corazones se paralizan y sus intestinos se disuelven.

Mientras los rebeldes luchan contra el ejército ante las puertas del Palacio de Justicia, los últimos fieles al Magisterio —oficiales, juristas y sirvientes— deciden saquear los tesoros y víveres antes de huir. Sin embargo, una carnicería se desata en los salones de mármol: nadie puede disimular su ambición de poseer los últimos vestigios del poder. Gracias al informe de Prodosia, el consejero traidor, los rebeldes finalmente vencen al desgastado batallón de guardia y penetran el palacio. Son un grupo compacto y hambriento, avejentado por el insomnio, con Orfeo y Eurídice a la cabeza. Su sorpresa es mayor cuando al interior sólo descubren a un único sobreviviente, un criado que no hace más que repetir con alaridos la misma frase: “¡Nos han robado las sombras!”. Le toman por loco y es ejecutado como símbolo de la caída del corrupto Magisterio y del renacimiento de la justicia. Los agotados rebeldes, pese a las heridas de Demos,

albergan todavía una esperanza. El peritio les observa desde las alturas y doce vigilantes de su raza se le han unido. Las sombras inadvertidas que proyectan en los tejados no corresponden con su forma monstruosa, sino con siluetas de hombre y mujer.

Los rebeldes no pueden más que fiarse de la fuerza sanadora del amor. Toda su confianza está depositada en el vínculo inquebrantable de Orfeo y Eurídice, el cual representa la semilla para reconstruir la utopía. Una noche, en una clínica de la ciudad de Eros, Orfeo y Eurídice yacen en un lecho improvisado y se abrazan, agotados por sus esfuerzos de apaciguar la vorágine.

—Eurídice, te amo con una intensidad jamás presenciada en esta tierra. Juntos lograremos la sanación de nuestra gente.

—Yo no te amo con la misma intensidad que tú me amas, Orfeo. Nunca lo haré. Tu amor ciego me es incómodo, pero no deseo perder mi reputación y con ello condenar a la nación.

Orfeo no puede dar crédito a la confesión de Eurídice, quien parece avergonzada pero incapaz de disculparse con sinceridad. Esa noche no comparten el lecho. En días subsecuentes él descuida sus labores de liderazgo, obsesionado al no poder recuperar las palabras de pasión incondicional que antes ella le susurrara. Orfeo no puede erigir una fantasía consoladora y es inusualmente consciente de cada una de sus fallas de carácter que alejaron a Eurídice. La balanza del amor, nunca en igualdad, debe ocultarse para que las relaciones no fracasen. El movimiento de restauración se extingue cuando Orfeo eventualmente se

suicida y Eurídice admite ante sus seguidores no sentirse tan afectada. La demencia colectiva de Demos no hace más que crecer. Amantes, amigos y familiares no guardan sus secretos y apenas pueden convivir sin arrancarse los ojos.

Los trece peritios son los únicos que conocen la verdadera causa de la tragedia. Hábiles en las artes del sigilo y de la mimesis, han cazado a los habitantes para desgarrar un vínculo imprescindible entre sus cuerpos y la luz. En un momento de distracción, los peritios se apoderan de las sombras y provocan que a los humanos les sea imposible mentir. Si la verdad se presenta en la mente de una persona, aunque fugazmente, ni siquiera la omisión es permisible: la franqueza fluirá limpia de sus labios. Quienes advierten la ausencia misteriosa recuerdan con un estremecimiento las palabras de aquel criado del Magisterio. Pero sus problemas desvían la atención del inexplicable vacío de los cuerpos bajo los rayos del sol y la luna.

La guerra devasta la isla hasta sus cimientos. Los últimos sobrevivientes han enloquecido y vagan por las ciudades en llamas, clamando el retorno de las imperfectas pero imprescindibles mentiras. Los trece peritios sobrevuelan la catástrofe. Sus sombras humanas son colosales y cubren por completo a Demos, la primera y última utopía del mundo, incapaz de soportar la verdad.



## Quimera

TRAS VAGAR SIGLOS en la oscuridad, la quimera emerge de las catacumbas de la ciudad abandonada de Eretria. Belerofonte, ayudado de su corcel alado Pegaso, la encerró bajo tierra, confiado en que moriría de inanición. El hecho de que el monstruo aún siga con vida es muestra de su majestuosa fuerza. Su cuerpo felino y vigoroso, de gigantescas proporciones, es gobernado por tres mentes. La cabeza de león ruga y la noche calla. La cabeza de chivo ríe maniáticamente y se estrella contra el suelo repetidas veces. Tan pronto ambas notan su proximidad comienzan a pelear entre sí, debido al odio irracional que se han tenido desde la infancia. Durante el alboroto la cola despierta: una serpiente oscura, de brillo púrpura, sus ojos desenfocados girando a gran velocidad. Ella se siente en gran peligro y advierte la lucha en su propio ser. Los colmillos no pueden alcanzar las otras cabezas, así que constriñe las patas y las muerde repetidamente.

—¡Basta! ¡Si seguimos luchando moriremos! —La serpiente silba entre cada ataque. El veneno tiene un efecto adormecedor y la batalla se detiene, aunque brevemente.

—¡Sangre infectada que se pudre en tres aromas! —El chivo tiene la mirada perdida, ríe constantemente sin motivo y su habla es atropellada, ininteligible—. ¡Veneno, transmuta mi aliento, átame en la locura fétida de tus entrañas!

—No puedo creer que haya perdido... —El arrogante león, sumido en sus pensamientos, recuerda a Belerofonte—. ¡Y contra un humano! La derrota se debe a ustedes, asquerosas y débiles protuberancias.

—Los tres fuimos vencidos y, sin embargo, seguimos con vida. ¡No por mucho, si tengo que usar mi veneno una y otra vez para apaciguar su estupidez! ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde nuestra última comida? —dice la serpiente justo cuando el efecto de su veneno cede. De inmediato, la quimera recupera sus tres voluntades, mas siente una fuerza paralizante: el león, el chivo y la serpiente dirigen su cuerpo hacia direcciones opuestas. El desacuerdo es su instinto vital, más fuerte aun que respirar. La batalla recomienza, en la refriega destrozan la pared de un viejo edificio y caen desde un acantilado. Recuperándose del golpe, se levantan y encaran una llanura de roca desnuda. La luna rojiza y el viento gélido dan al inmenso y yermo paraje un aura de muerte. El hambre es peligrosa y ni siquiera una brizna de pasto ofrece una esperanza.

—¡Tregua! —gritan las tres cabezas furiosas y la quimera corre en una sola dirección con dificultades, atacando intermitentemente su cuerpo compartido.

Pasada la medianoche, los sentidos de reptil detectan a un par de viajeros que descansan al cobijo de monolitos de granito. La quimera es silenciosa y se acerca con cautela. Los

hombres visten túnicas púrpuras y tienen barbas doradas. A su lado descansa una caravana de camellos, cargados de fardos multicolores. El león advierte el brillo de las joyas preciosas entre los enseres y se pierde en la admiración de su propio reflejo. El chivo se contorsiona e imagina inefables torturas. Sólo la serpiente se concentra en el diálogo:

—Nuestra carga es demasiado valiosa. Debemos parar en Aznar —dice el mercader gordo y anciano, quien nerviosamente calienta sus manos alrededor de una hoguera.

—No seas cobarde. Continuemos hasta la capital para vender. —El más flaco y huesudo tiene una cara de ingenuo soñador, mientras afila su sable con una piedra gris.

—¿Con nuestras provisiones crees que lo lograremos? Sin mencionar los bandidos y demás peligros del camino... ¡Tú no haces más que decir quimeras!

La mención de su nombre es un resorte para el ataque. La quimera abandona su escondite y de un zarpazo destroza a ambos mercaderes. Los camellos intentan huir, pero perecen con prontitud, envenenados. Bajo el cielo estrellado, la quimera disfruta su primer banquete desde su derrota. Al llegar a la espina dorsal, el chivo y el león hacen gestos de incomodidad: las vértebras no son su parte predilecta, pues usualmente se atorán en los dientes. La serpiente siempre es relegada en los festines, pues sus colmillos no alcanzan el frente, donde la comida es disputada. Por ello, debe ser astuta.

—Apuesto a que ustedes, brutos, no han advertido las palabras de aquel hombre. —La serpiente estudia cada ángulo para procurarse un pedazo de carne—. Usó “quimeras” para referirse a algo imposible de lograr, absurdo, fantasía. Eso



quiere decir que nos han olvidado. Nuestro nombre, y en ello su fuerza, se ha debilitado.

—Es repugnante oírte decir “nuestro nombre”. Yo necesito un nuevo título. Así ustedes, mis protuberancias, serán ignoradas. —El león se distrae con su orgullo y no se da cuenta que la serpiente controla una de las patas y empuja un pedazo de carne hacia atrás.

—¡Podredumbre, herrumbre! ¡Nada permanece sin agusanarse. ¡Despojo de polvo, exilio de sombras, ausencia de figura! —El chivo chasquea su lengua.

—¡Ustedes ignoran la importancia de los nombres! Nombrar al mundo es un acto de saber y poder. Resolvamos el acertijo de nuestra identidad para trascender. —La voz de la serpiente cobra fuerza al probar finalmente un bocado, ciertamente el menos apetitoso—. Para triunfar, debemos cooperar. ¡Así que la próxima vez denme un mejor pedazo de carne!

—Hasta donde yo sé las colas no comen —bufa el león.

—¡Sólo cagan! —El chivo se ahoga riendo.

Durante los meses siguientes, la quimera recorre Eurasia devorando ciudades y ejércitos enteros. Sus viajes revelan que efectivamente su nombre se ha vuelto sinónimo de lo imposible. Sin embargo, este hecho sólo es importante para la serpiente. El león desea reconocimiento; el chivo, que el mundo arda. En el constante duelo para controlar el cuerpo, la serpiente es la mejor en ocultar sus intenciones y fijar el siguiente destino. El chivo se extravía en sus malévolos e indescifrables monólogos. Mientras que el león ignora a ambos con vehemencia, incapaz de aceptar la posibilidad siquiera de ser manipulado.

Siguiendo las pistas que ha acumulado, la serpiente convence a los otros de invadir Kratos, capital de un vasto imperio con notables bibliotecas. El ejército defensor nada puede hacer contra la fuerza, locura y astucia de cada cabeza. Concluida la batalla, en sus ruinas la serpiente descubre un pergamino de extremo valor, pues revela la ubicación secreta de Sophia, la ciudad de los filósofos donde se inventan y modifican las palabras. Emocionada, se esfuerza en mantener la calma. Mientras el chivo y el león duermen después de la gula, ella les susurra mentiras al oído. Al despertar, el chivo asegura que una ciudad secreta alberga incontables doncellas que serán sus víctimas. En cambio, el león está convencido de que destruir el mítico espacio le traerá fama.

La Ciudad de los Filósofos está protegida por cinco volcanes activos en posición de estrella, muy por encima de las nubes. Para llegar a Sophia se deben escalar cinco mil metros para después descender hacia el abismo. El aire quema y embiste, pero la quimera es resistente. Con las patas de león sube y desciende ágilmente. Los cuernos del chivo abren caminos en la roca. La serpiente encuentra pistas en las cascadas de lava. Juntas, las tres cabezas alcanzan su destino a salvo y sin ser detectadas. La ciudad, de arcilla negra y tejados azules, es un laberinto de arcos, puentes y escaleras que llevan a ninguna parte.

Al amanecer, las plazas están repletas: ancianos despeinados de túnicas grises gritan al aire discursos interminables, seguidos de estudiantes jóvenes, en su mayoría hombres vestidos de verde y rojo. Su objetivo perenne es recordar, cuestionar y cambiar las palabras de todos los lenguajes de

la historia. Montañas de páginas son escritas y archivadas para jamás abandonar las bibliotecas, debido al celo de los maestros. Desde los tejados la quimera observa un jardín de crisantemos, donde filósofos sentados en círculo discuten la mejor manera de hornear una tarta de manzana. Los estudiantes y el profesor comparten sus sinsentidos, interrumpiéndose ante cualquier oportunidad. El centro del debate es la esencia de la mantequilla. La clase abruptamente termina, sin haberse llegado a una conclusión ni horneado una tarta. La quimera no comprende lo que ha sucedido. Se dedica a escuchar hasta el anochecer las múltiples discusiones. Cuando las calles están vacías, las tres cabezas deliberan desde la torre más alta.

—¿Qué fama podré encontrar en este absurdo lugar? —El león enseña sus colmillos.

—¡Banquete de mentiras, pasiones de carne vieja y vencida, discursos de saliva ardiente! —El chivo se deleita al desnudar con la mirada a sus víctimas.

—¡Paciencia! ¡Vean más allá de su estupidez y reconozcan el valor de nuestro nombre! ¡No me rendiré cuando he llegado tan lejos! —La serpiente, tan cerca del final de su búsqueda, está a la defensiva. El león se arroja sobre ella, pero el chivo, perdido en sus trances, le propina un cabezazo para después intentar cornear a la serpiente. Garras, cuernos y escamas se revuelven cruentamente, hasta que la serpiente abandona la medida: con sus colmillos inyecta cantidades demenciales de veneno en sus venas. Las tres cabezas vomitan, los ojos sangran, sufren calambres y alucinaciones. Sus sentidos son amplificados

por la proximidad de la muerte, haciendo avasalladores los incesantes discursos de los filósofos. La retórica pronto tergiversa los pensamientos y emociones de cada cabeza, infiltrando dudas que les hacen cuestionar sus identidades.

El león es acosado por los significados de la belleza. Obcecado con su imagen que envejece, se pregunta cómo podría permanecer eternamente. Con desesperación busca una reafirmación fuera de sí en la opinión voluble de las masas. El chivo se somete ante los valores de la justicia. Cada memoria de sus violaciones le provoca culpa, arrepentimiento que le hace sentir estúpido. La serpiente se obsesiona con la verdad de su nombre, creyendo fervientemente en la trascendencia. La búsqueda acalla sus complejos de inferioridad de no ser más que la cola de un todo. La libertad está más allá de las posibilidades de las tres cabezas. La quimera, ardiendo en fiebres y abandonada en la torre, es asolada por la filosofía durante numerosos e implacables crepúsculos.

La frase “conócete a ti mismo” es repetida hasta la saciedad por los maestros. En sus delirios, cada parte de la quimera obtiene energía de estas palabras para salir de su laberinto. El veneno que se extingue les permite reconocer su cuerpo de forma absoluta. Las tres cabezas tienen la revelación de que un único corazón bombea sangre a través de su cuerpo. El león deja de empecinarse en su belleza parcial y reconoce su reflejo completo. El chivo prescinde de la memoria y vislumbra más allá del bien y del mal. La serpiente acepta la incertidumbre. La quimera, al fin reunida, se encuentra cansada y enferma, pero su

determinación nunca ha sido más coherente. Ella sabe que cada semana el filósofo más viejo acude al ágora para contestar una pregunta. Sólo el maestro o alumno que grite más fuerte puede conseguir el privilegio de una respuesta, pues el viejo profesor es casi sordo.

El día esperado llega y el gran filósofo arriba al ágora cuando las nubes ocultan la luz. Es un hombre decrepito y gigantesco, de piernas deformes. Muletas en forma de espiral sostienen su andar ruidoso. Se le ve sufrir en su esfuerzo de moverse. Pronto, los asistentes comienzan a gritar sus preguntas, pero el anciano en ruinas está perdido en su soliloquio interno. El león ruge y todos callan de inmediato, confundidos. La serpiente cuestiona, ya no con curiosidad, sino con profunda ironía:

—¿Cuál es el significado de la palabra “quimera”?

—En esta ciudad se guardan diversos significados atribuidos a “quimera”. —El filósofo, indolente al temor en el ágora, responde con monotonía—. Los arcanos de Pathos registran que se trata de un monstruo imaginario que tenía dos cabezas, una de león y otra de macho cabrío, además de una serpiente por cola. Mientras que los estoicos de Logos cuentan que se trata de una ilusión o fabricación de la mente, especialmente un sueño sin realización posible. Finalmente, los hedonistas de Ethos usan la palabra para cualquier aberración disecada, compuesta por diversas partes de especies animales diferentes, que se intenta pasar por una criatura real. Otros significados no valen la pena mencionarlos, pues se trata de las invenciones de los traidores del conocimiento, los poetas.

—Muy mal, maestro. ¿Y a usted llaman el filósofo entre filósofos? Todos sus significados son refutados por nuestra mera existencia.

La quimera emerge y ataca con sus tres bocas las piernas del gran filósofo. El caos se apodera del ágora. El viejo intenta levantar las muletas en defensa, pero es muy débil. El león le destroza el esqueleto de una mordida. El chivo entona una canción de exceso e inmundicia. La serpiente arroja su veneno por doquier. La quimera está frenética. Cada acervo y cada filósofo son destruidos por la cólera del monstruo hasta no dejar un solo rastro del saber.

—Tontos inventores de palabras inservibles. Creer que con ellas dominaron la imaginación y la historia. —El león se deleita ante la ceniza bajo sus garras.

—¡Remembranza de las artes y las ciencias mezclada con mierda cadavérica de sus escritores, vacuas bibliotecas, sangre y tinta que copulan! —El chivo ríe con inquina.

—Demostraremos los límites del lenguaje humano. —La serpiente se estira hacia el cielo—. Nuestra presencia no admitirá adjetivos. Seremos perpetuamente inenarrables.

—¡Antes que anochezca! —dicen las tres cabezas al unísono.



## Gólem

ALMAGOR ERA UN viejo cruel y conocedor de innumerables misterios. Amarillento y eternamente solo, habitaba una casona en ruinas en el corazón de Toldot —ciudad de cal construida en lo hondo de un valle de cardos—. Sus habitantes vivían en perpetuo miedo, pues Almagor, gracias a su profunda contemplación, descubrió cómo manipular la imaginación de los demás. Desde el techo de su hogar el místico trituraba una piedra ovalada y arrojaba el polvo sobre los tejados de las casas, diciendo: “Los contornos de la piedra se vinculan al todo; en su simpleza se halla una ventana al universo. El polvo ha de unirse a la mente, de mismo origen y destino. ¡Que se abran las puertas y la imaginación sea desatada!”. Toldot sufría entonces una transfiguración. Cada individuo era acechado por visiones alimentadas por apetitos reprimidos —asesinato, violación, incesto—, llevados a un extremo brutal y grotesco. Al desvanecerse el polvo, la ciudad permanecía en un furioso llanto. ¿Las personas lloraban por la intensidad de la tortura o por presenciar la efímera materialización de un deseo inconfesable?

¿De dónde había venido Almagor? Los habitantes más viejos debatían constantemente sobre el origen del sabio envilecido: quizá se trataba de un místico hasidista, expulsado de su orden por sus ofensivos experimentos en contra de la divinidad; o, tal vez, de un antiguo bibliotecario en Praga, donde a causa de sus investigaciones sobre el Árbol de la Vida accedió a esferas del conocimiento inefables y terribles, volviéndose loco; o era acaso un converso que logró engañar a grandes maestros, robando secretos sobre inmanencia para destruir el legado de la Torá. Lo único claro sobre el misterioso Almagor era su naturaleza rebelde, carente de miedo. En sus búsquedas de conocimiento llegó a obsesionarse con el horror, fenómeno que revelaba los fundamentos de la belleza, la verdad y la justicia a quien fuera capaz de no sucumbir ante su fuerza sublime. Después de múltiples viajes a través de ciudades y castillos, Almagor encontró en la sencillez y amabilidad de los oriundos de Toldot el medio perfecto para desarrollar su sistema filosófico.

Muchos años soportaron los habitantes de Toldot las investigaciones de Almagor, pues grande era su fuerza. Pero la vejez lo hizo descuidado y lento. Sus víctimas percibieron su creciente debilidad y se reunieron en concilios secretos para discutir la venganza. Sólo saber los alfabetos secretos lograría salvarles, así que algunos voluntarios se prestaron a ser carnada: tocaron a las puertas de su enemigo al amanecer, haciendo un ruido tremendo. Almagor emergió de su hogar y los persiguió, dándoles alcance y torturándoles en las calles. Mientras, un grupo selecto robó libros de la

laberíntica biblioteca del místico para contrarrestar su voz. Almagor jamás notó la ausencia de aquellos volúmenes y durante semanas se dedicó a su trabajo sin descanso.

Después de arduo estudio, finalmente la población entera, armada con la palabra, asaltó su guarida. Almagor luchó, pero la artritis y la senilidad fueron sus más grandes enemigos en aquella fatídica luna llena. Reducido, sin ninguna pertenencia más que su gastada túnica de seda gris, huyó a las montañas desnudas para salvarse. Aún era hábil en las artes de la mimesis, pues lo buscaron durante días sin encontrar un solo rastro. Oculto en los pliegues de una roca, cuando el furor disminuyó y se le creyó muerto, o para siempre desaparecido, comenzó una vida nómada en los alrededores del valle, planeando su venganza.

Los años pasaron y el viejo necio no moría. Incapaz ya de traspasar las defensas de Toldot, se dedicó a observar, escuchar y meditar. Su odio era portentoso pero agotador. Paulatinamente su mente se enfrió y su corazón se abrió nuevamente al pasado. Recordó a su antiguo maestro, las promesas de juventud y el aroma de la única mujer que amó. No había redención para su amargura, pero su soledad le hizo respetar la comunión de Toldot. La ciudad renacía con su ausencia, hasta que nuevas generaciones dejaron de pronunciar el nombre del sabio. Almagor ya sólo podía ejercer su cruel manipulación sobre las ratas y aves que eran su alimento. Sin embargo, todas las noches tenía sueños donde su cuerpo recuperaba su poder y desencadenaba una horrenda masacre sobre la ciudad. El fuego terminaba por devorarlo a él mismo, mas su risa perduraba más allá de

las cenizas. Si bien carecía de voluntad y habilidad para hacer realidad tales fantasías, al despertar siempre sonreía con suave deleite.

La senilidad hacía de su memoria un vaivén. En un instante cualquiera, mientras frotaba sus pies con las manos para soportar el frío, vino a él una antigua fórmula legada por su maestro. Emocionado ante las posibilidades, se preparó para invocar a los arcanos. Durante horas reunió tierra y agua y modeló un hombre de al menos cuatro metros de estatura. Con la sangre de sus pequeñas presas se procuró tinta. En una hoja seca escribió “emet”, palabra hebrea que significa “verdad”, y la introdujo en la torcida boca de su creación. Bajo la luz de las estrellas, el hombre de arcilla se sacudió como si despertara desde el centro del mundo. Sus brazos se alzaron al cielo y con impericia dio sus primeros pasos. Almagor saltó de alegría alrededor del exitoso encantamiento que, a partir de la palabra, había concedido vida a la materia. Se trataba de un gólem, un ser que habría de obedecer sus órdenes como una extensión de su voluntad.

Almagor le enseñó al gólem los secretos del alfabeto, los nombres de las constelaciones, los mitos de civilizaciones reinantes y desaparecidas. Su creación le seguía a todas partes. Un día el místico advirtió en el gólem la tristeza, incipiente pero innegable, así que con la palabra le creó un compañero. Ambos seres se reconocieron mediante el tacto. Si bien escuchaban atentamente las lecciones de su maestro, los gólems pasaban horas dándose a entender mediante movimientos bruscos. Por más que lo intentó, Almagor nunca logró que aprendieran hebreo. Pero sus observaciones le revelaron que

la danza tosca e indescifrable de los gólems suponía, pese a sus limitaciones, un lenguaje. Al segundo le siguió un tercero, y así sucesivamente, hasta que las montañas fueron habitadas por cientos de gólems de todas las formas y tamaños. Guiados por los delirios del viejo Almagor construyeron una ciudad de roca, reflejo inadvertido de Toldot.

Pronto Almagor supo que ya no era necesario guiar a sus criaturas. Con torpeza, pero con una autenticidad entrañable, los gólems imitaban los actos y sentimientos humanos: amaban a pedradas. El deseo les producía grietas en el rostro; la ira, roturas irreparables en sus brazos. Los más viejos contaban historias con movimientos lentos, mientras que los jóvenes se burlaban arrojándoles agua. Algunos construían edificios gigantescos, mientras que otros holgazaneaban con un juego de guijarros y líneas en el polvo. Almagor no hacía otra cosa que admirar el reflejo mudo del mundo. Cuando caía la noche, se dirigía al corazón de las montañas y dormía en el suelo desnudo con el cielo como manto. Los gólems, incapaces de emular el sueño, formaban círculos concéntricos a su alrededor y lo observaban inmóviles, escuchando sus gritos y brutales confesiones de venganza durante sus pesadillas. Al despertar, sudoroso y con una breve sonrisa de éxtasis, Almagor se sentía observado por cientos de ojos unos segundos antes de que la ciudad de roca recuperara su movimiento.

Una mañana, Almagor despertó solo. Sorprendido, y con creciente desesperación, buscó a los gólems. Las casas de roca estaban vacías. Creyó oír gritos a lo lejos. Un estruendo le guio por caminos antes transitados. El mediodía se cernía

sobre su calva cuando trascendió una escarpada y vislumbró plenamente desde lo alto el valle de cardos. La ciudad de Toldot estaba en llamas. Almagor, presintiendo lo peor, se decidió a retomar el camino hacia su antiguo hogar.

Había atardecido cuando al fin Almagor alcanzó la entrada de Toldot. Se sorprendió al notar que las defensas de antaño para evitar su regreso estaban rotas y las casas y comercios, reducidos a escombros. Llantos y gritos retumbaban por doquier para de pronto apagarse. Los pocos sobrevivientes huían desesperados de los gólems, quienes inmersos en una silenciosa furia destruían todo a su paso. Almagor se paralizó: el escenario de sus pesadillas era real. La sangre teñía el cuerpo de sus creaciones, dándoles un aspecto oxidado. Se preguntaba si la observación de sus pesadillas los había conducido a la locura. Poco convencido, una idea terrible le perturbó: los gólems, en su afán de imponerse sobre la voluntad de otros, imitaban la guerra.

El grito de una mujer detuvo sus ensoñaciones. Arrinconada por un gólem de tres metros de altura, la joven suplicaba piedad. El coloso dejó caer su puño sobre ella, rompiéndole el cráneo en el acto. El viejo, por una extraña ironía, sintió dentro de sí una fuerza imperativa para detener la matanza. Usando sus artes trepó por la espalda del gólem con gran esfuerzo y extrajo de su boca la hoja donde la palabra “*emet*” estaba escrita. Rasgó con sus uñas la primera letra, *aleph*; el resultado, “*met*”, significaba “muerte”. El gigantesco ser se derrumbó al instante, dejando en su sitio un montón de polvo. Con presteza, Almagor se dedicó a destruir sus creaciones con la transmutación de la palabra.

Sin darse cuenta, el anciano llegó ante su vieja casona en ruinas. Un hombre y su hijo corrían desde la calle contraria. El primero de todos los gólems les perseguía. Padre e hijo franquearon la verja y se encerraron en la casona. El monstruo, sabiendo que le sería imposible atravesar la puerta por su tamaño, descargó puñetazos sobre el techo y los muros. Almagor se preparaba para terminar con la primera de sus creaciones cuando un temblor le hizo perder el equilibrio y caer. Al voltear, descubrió el motivo: decenas de gólems, conscientes de la misión de su maestro, impactaron el suelo. Tres de ellos quisieron someterle, pero todavía fue capaz de reducirlos a polvo. Estaba rodeado nuevamente cuando un estruendo detuvo la lucha: su casona finalmente se derrumbó bajo los golpes y sepultó a los últimos sobrevivientes de Toldot.

Sus contrincantes se detuvieron ante la presencia del primer gólem, el más grande y sabio de todos. El místico, cansado y con una desilusión insoportable, apenas se resistió cuando las gigantescas manos le sujetaron los brazos y le alzaron del suelo. Ambos se observaron largamente. Almagor se preguntaba sobre los vínculos entre la creación y las pesadillas. Su investigación concluía en que el horror requiere de vida y muerte para resurgir en la Historia. Una revelación le hizo prescindir de la memoria: la voluntad de transformar no es casualidad ni destino, sino misterio. El gólem, impasible desde su nacimiento, aplastó al maestro que le revelara el nombre de las cosas.



## Fastitocalón

BARTOLOMEO TIENE QUE huir de casa con tan sólo trece años de edad. Desde su barco de ébano podrido, el muchacho observa a su natal Antillia en llamas, la Isla de las Siete Ciudades. La tripulación se compone de dos treintenas de compatriotas sobrevivientes, en cuyos ojos fulgurantes sobrevive una sutil esperanza. Bartolomeo viaja con sus padres y su hermana pequeña, escapando de las guerras y la miseria de su hogar condenado a la zozobra. Antillia era rica en recursos minerales, además de poseer una posición estratégica perfecta en el Atlántico para las ambiciones expansionistas del Viejo Continente. Los monarcas católicos de Castilla y Aragón impusieron gobernantes corruptos para explotar indiscriminadamente los yacimientos de plata de la isla. Una vez los invasores empobrecieron al país, abandonaron a los nativos con el pretexto de respetar su soberanía. La enfermedad y la violencia crecieron hasta hacerse insoportables. Bartolomeo todavía no puede comprender del todo la excesiva crueldad detrás de un exilio.

—Bartolomeo, si un día tu hogar es destruido y no sabes cómo continuar, busca refugio en las palabras. Cada una posee un origen y un sinfín de consecuencias. Si estás perdido, traza un nuevo camino con ellas.

Su madre llora sonriendo al confiarle este secreto. Le acaricia el famélico rostro y le entrega el viejo diccionario rojo y desgastado, con el cual les ha enseñado a él y a su hermana un nuevo significado cada tarde. Bartolomeo voltea por última vez hacia Antillia sin reconocerse en sus playas, pues el fuego las desdibuja hasta torcer su memoria.

Los exiliados buscan consuelo y refugio en el mar. El padre de Bartolomeo, marinero que logró hacerse de un barco y del conocimiento necesario para navegar, lidera la empresa desesperada. Su madre, lectora voraz, llamó a la precaria embarcación Horizonte de Coral. El sextante produce ángulos imaginarios que minimizan toda distancia y permiten el tacto de los astros. El compás danza sobre las cartas náuticas en busca de cuadrantes inexplorados. Lo que los exiliados buscan es un sin destino: isla carente de registro. Tras incontables leguas, cuando la uniforme vastedad del océano y el hambre son insufribles, el vigía señala a sotavento con gran entusiasmo: colinas doradas, árboles de papaya y mango, la balada de aves del paraíso. El padre de Bartolomeo ordena a los hombres fondear la embarcación con presteza. Las anclas a la proa y la popa son soltadas. Dichosos, los tripulantes se dedican a explorar. Pronto confirman ser los únicos humanos y deciden construir una nueva vida.

La tripulación del Horizonte de Coral colabora para levantar sus casas y trazar calles entre la floresta, reconocer

el terreno y acumular provisiones, resarcir sus heridas al entonar suavemente las canciones de la antigua patria. Tras una semana de arduo trabajo, una villa se yergue en un amplio prado de pastizales azules y magentas. Bartolomeo tarda días en reconocer el origen de la alegría que desborda desde su interior: por primera vez experimenta la calidez de un hogar seguro.

Una mañana resplandeciente, Bartolomeo juega con un grupo de niños cuando un terremoto les hace gritar. Algunas madres corren desde las improvisadas chozas, buscando proteger a sus criaturas. Otras se unen a los hombres y empuñan arpones con la impotencia más valiente. Las colinas se estremecen y las aves emprenden el vuelo al escucharse un rugido, cientos de relámpagos contenidos en un canto antiguo. Los exiliados caen al suelo y advierten que la isla se mueve. Ni despedidas ni abrazos: la tierra misma se sumerge hacia el fondo del mar con una velocidad vertiginosa. La inmersión es tan violenta que las olas separan a esa gente condenada a vagar. Bartolomeo es cegado por la espuma. A pesar de su corta edad se mantiene a flote gracias a su ímpetu de vivir. Entre el estruendo del agua es capaz de distinguir el grito de su hermana. A unos metros de distancia divisa las pequeñas manos extendidas desaparecer, al fin, exhaustas. Nadador de prodigiosos pulmones, Bartolomeo va en su ayuda. A través de las turbulencias pone todas sus fuerzas en alcanzarla. Piernas y brazos en fuego, pero al fin logra sujetarla de la cintura. Cuando patalea para ascender se detiene abruptamente, aterrado al encarar un ojo verde, rodeado de arrugas y cubierto de sargazo, con un diámetro de al menos treinta



metros. Bartolomeo sabe que está ante una criatura colosal; la minúscula porción que puede apreciar se le figura un cachalote acorazado. Sin tiempo para mayores reflexiones, el gigantesco animal mueve sus aletas y las corrientes producidas atrapan a los hermanos en un torbellino, provocando que se vuelten. Bartolomeo es conducido a través de recintos secretos donde medusas y calamares mantienen una encarnizada batalla. Pronta es la oscuridad.

Las redes de pesca de un galeón salvan fortuitamente a Bartolomeo, junto a su diccionario rojo. Las nereidas quisieron que conservara el amuleto de su madre. Los sorprendidos marineros reaniman al niño de graves facciones con infusiones de naranja y limón, temiendo que haya contraído escorbuto. Al abrir los ojos, Bartolomeo patalea eufórico, perdido en fiebres. Sus gritos conmueven al cocinero, quien se esfuerza en tranquilizarlo con una sopa de marlín y una manta. Sentado en la escotilla, aferrado al diccionario de su madre, Bartolomeo finalmente cuenta su historia de naufragio al amable cocinero. Su relato es atropellado y febril, tan necesitado está de respuestas al súbito desmoronamiento de su vida. Los detalles del suceso se propagan entre la tripulación, quienes susurran con gran interés durante toda la noche. A la mañana siguiente, el capitán Alastor, lobo de mar cobrizo y herrumbrado, se acerca a Bartolomeo, quien no ha dormido un solo minuto. El capitán carraspea para llamar su atención y le habla con una voz aún más gastada que su piel:

—No hay duda, muchacho. Tu gente tuvo la desdicha de toparse con la isla viva. Le llaman Fastitocalón, un

nombre tan colosal como él mismo. Es un misterio cómo puede germinar vida vegetal de su brillante lomo. Flores, palmeras y colinas crecen en su piel cual protuberancias. He ahí el espejismo. Cuando va a dormirse abandona sus remotas oscuridades y se acerca a la superficie. Así, una parte pequeñísima de su cuerpo sobresale y engaña a los vigías. La duración de sus sueños es caprichosa. ¡Cuántos pueblos no se habrán construido con la creencia de que durarían por siglos! ¡Cuántos naufragos no se toparon con tan fugaz consuelo! Cuando despierta y siente a los hombres vagar por su cuerpo se sumerge nuevamente. No sin antes anunciar la perdición con su sonar de muerte. ¡Que la Fortuna se apiade cuando escuches la melodía avasalladora del Fastitocalón, pues será la última! Nadie ha podido dibujar un boceto preciso. ¿Quién posee en sus estudios tanta tinta? Se dice que es el soberano de las ballenas, pero para mí posee las proporciones de un dios atroz. Descansa esta noche, muchacho, y no busques en tus pesadillas al culpable, pues nadie logrará hacerle pagar. Agradece por tu vida milagrosa, pues sin duda un espíritu guardián acompaña tu sombra.

El barco se detiene en un puerto de Estambul y deja al niño en manos de un tabernero, amigo del viejo Alastor, quien le da trabajo y techo a regañadientes. Esa morada improvisada dura poco, pues Bartolomeo es expulsado debido a la mezquindad del tabernero. Sin embargo, el muchacho no se deja vencer por la tristeza. Firme en su venganza imposible, recorre el Viejo y el Nuevo Mundo, de puerto en puerto, aprendiendo carpintería, navegación y geografía. Por carecer de origen, soporta innumerables humillaciones de oficiales

portuarios. Pero nada es capaz de detenerle para crear sus propios aparejos. Su perseverancia por fin le permite alcanzar su sueño al cumplir la mayoría de edad: un bizarro velero, el casco recubierto de concha nácar, la quilla inquebrantable para sostener sus ilusiones. El Horizonte de Coral ha renacido y zarpa con un solo navegante.

Sin fijo destino una vez más, la lógica le lleva a pensar que tan enorme criatura debe encontrarse en piélagos olvidados. Bartolomeo lucha por dos meses durante los cuales un ataque de tiburones, la danza de los narvales y tormentas titánicas son las menos notorias de sus aventuras. Pero el mar le alimenta, mientras que el diccionario de su madre le guía a través de la decepción. Al fin, divisa las colinas doradas y sabe que pronto su alma estará en paz. Boga hacia la cabeza y, sujetando el extremo de una larguísima cuerda a su cintura y el otro al mástil, se sumerge tras una larga bocanada. Nada con vigor hacia el ojo, protagonista de sus odios y temores, y lanza el arpón con toda su fuerza justo cuando el párpado acorazado se abre. El aguijón perturba al gigante levemente y en su convulsión atrapa a su atacante en espirales de burbujas. Pero esta vez el joven se salva por su propia mano. Cuando adolorido y maltrecho aborda nuevamente su velero, se desgañita en maldiciones y lágrimas. Ni los cañones de mil fragatas le harían una herida al Fastitocalón. Profundamente deprimido, Bartolomeo se resigna al garete y desiste en maniobrar su embarcación. Sin embargo, la orza que construyera con tanto cuidado no permite que el viento se entrometa en su misión. Las velas mantienen su rumbo y retornan a Bartolomeo a la tierra.

Sorprendido ante su suerte, promete a la rosa de los vientos convertirse en un navegante perpetuo.

Cuántas fugas se le han ofrecido a lo largo de su vida para detener su necesidad: mujeres con quienes sentar cabeza, oficios estables, enfermedades y bancarrotas. Pero Bartolomeo no acepta sustituto alguno. Con dedicación y paciencia ha conseguido los recursos para construir un velero tras otro, para así surcar las olas más crueles. Exiliado imperecedero, se hace a la mar con un propósito: recrear los instantes de su antiguo hogar. La vida misma que le fuera arrebatada por el Fastitocalón ha de ser reconstruida en su lomo, por más efímero que el espejismo resulte. Sólo así volverá a ver a su familia. Refugiándose en las palabras del capitán Alastor, Bartolomeo cree fehacientemente en su espíritu guardián. Con esa confianza ha sorteado los peligros del descabellado sendero de perseguir a la isla viva que no deja rastro.

Es conocido por los marineros como el Loco Barto, desde el estrecho de Gibraltar hasta el mar de Arabia, desde la Capitanía General de Filipinas hasta el puerto de Acapulco. Sus búsquedas pueden durar semanas o años. El Fastitocalón recorre el mundo entero. Y allá va Bartolomeo, concedor inigualable de los tornaviajes, anhelando la restauración de su paraíso. El diccionario rojo le brinda aliento para recomenzar sus fantasías. Al encontrar las colinas doradas, arrastra su velero con gran esfuerzo por la playa artificiosa hasta el prado azul y magenta donde su familia levantó la choza. Arquitecto de reminiscencias, usando los recursos que la isla le provee, reconstruye la

escena de su infancia con obsesivo detalle. El humilde hogar no se diferencia en lo más mínimo del primero que tuvo ni de los innumerables sucesores. Idéntico tenía que ser; de lo contrario, el artificio fracasaría. A veces, a la mitad de su labor, los temblores le indican que es momento de regresar al velero. El sueño amargamente se disuelve. Alguna vez, en helados y distantes mares, estuvo en el lomo durante cinco semanas y se preguntó si el Fastitocalón habría adivinado sus deseos. Y si halla a un desgraciado ya instalado o en camino, Bartolomeo le advierte que se marche y con ello crece la leyenda del hombre que caza a un dios para construir a sus espaldas el pasado.

Bartolomeo ha envejecido en su búsqueda. En esta ocasión, encontró al Fastitocalón en cálidos mares del sur y descansó en su lomo durante tres días. Un intenso terremoto le despierta de sus ensoñaciones. Aves rojas dejan la seguridad de sus nidos con una algarabía tremenda. Bartolomeo está listo, el diccionario junto a su corazón. Retira las hojas violetas que cubren su velero, el cual descansa donde antes estuviera la calle principal de su aldea. En él ya está dispuesto el fardo: bengalas, frutos secos, anzuelos, una muda de ropa, lápiz y papel. Se asegura que la caña de pescar fluya tal río sin piedras. Justo cuando toma su sitio en la embarcación de caoba, le cimbra, tal como la primera vez, el profundo y secreto canto. Melodía que se impone sobre el mundo, provocando en todo sonido una reverencia muda. Ni una manada de ballenas sería capaz de tan grandiosa voz que se filtra y estremece las venas de la tierra, el cielo y el agua. Bartolomeo no deja de maravillarse.

Se sujeta con firmeza y observa su choza, dibujando con el iris la silueta de su familia, del pueblo feliz e ignorante. El agua conquista los árboles, las colinas, la evocación. Rota la eternidad con el más brutal estruendo, el velero lucha con las aguas perturbadas. Bartolomeo, hábil marino, supera los remolinos con determinación. Cuando el peligro amaina puede apreciar sólo la sombra de la isla viva, sumergiéndose hacia su universo exclusivo.

Viejo y cansado, Bartolomeo se pregunta si no habrá sido su último encuentro. Con temor piensa si ha de morir en el desarraigo. Al ver al monstruo hundirse, se imagina los misterios que recorre, conquista; a él le están vedados. Quizás en las fisuras del fondo oceánico se esconden los de su raza y tal es la razón de su veloz nado; ya le esperan. ¿Y si fuera el único de su especie? La soledad del navegante es una dolorosa búsqueda para reconocer los secretos lenguajes de la infancia. Bartolomeo envidia una virtud del Fastitocalón, negada a él para siempre: ha logrado que su cuerpo sea su hogar. El levante impulsa la vela y el viejo hojea el diccionario. Su dedo se detiene sobre una palabra desconocida y se pregunta cuál será su historia.



## Impundulu

SIR FREDERICK ELGIN-WHITE se ha embarcado en una aventura insólita: capturar un tesoro viviente. La empresa es digna de tan aclamado explorador, quien ha presentado incontables maravillas ante su majestad Victoria, reina de Inglaterra y emperatriz de la India: tablas jeroglíficas de Egipto, escudos y armas de grandes guerreros de Australia, placas de bronce del palacio de Benín, mármoles del Partenón de Atenas, riquezas ya imprescindibles del patrimonio de la Corona. Pero sir Frederick ha decidido desafiarse, aburrido al apoderarse de objetos inanimados de manos incapaces de defender su cultura. Su expedición, compuesta por marineros, cazadores, antropólogos y Uluthando, el intérprete zulú, navega las aguas del río Pongola en búsqueda de la gloria.

—Los salvajes mantuvieron una resistencia demoniaca ante las fuerzas de lord Chelmsford. —Sir Frederick observa con su catalejo las tierras indómitas que antes pertenecieran al Reino Zulú. Él es un hombre alto y fornido, de cabello dorado sujeto firmemente en una cola de caballo, ojos grises e inquisitivos, pantalones blancos, camisa roja, saco

azul marino de botonadura plateada—. Pero la guerra es tan sólo reminiscencia en esta brutal geografía. Pronto nuestros compatriotas traerán el progreso. ¿No lo crees así, Uluthando? Tú eres diferente a tus hermanos, has aprendido bien mis enseñanzas.

—Sí, señor. —Voz profunda y lenta, el inglés pesado de Uluthando con un dejo de silencio melódico. Su piel azulada posee una oscuridad refulgente. En el pasado fue reconocido como uno de los mejores guerreros del rey Cetshwayo. Ahora viste, según los cánones de la moda británica, un conjunto idéntico al de sir Frederick, con la excepción de que sus ropas están gastadas y sucias, claramente de corriente factura.

—¿Sabes que tu antiguo rey, Cetshwayo, ha muerto? La Corona quiso ayudarlo para evitar cruentas guerras civiles después de su encierro, pero fue traicionado por líderes zulú. —Sir Frederick observa a su impassible sirviente—. Seguro encontraremos tumultos, pero nada que el ejército británico no pueda contener.

—El Reino Zulú jamás retornará. Yo ya sólo reconozco a la reina Victoria. —Uluthando se expresa con lentitud.

—¡Larga vida a la reina! Se dice que, desde nuestra victoria, los brujos médicos han desaparecido paulatinamente hasta no dejar rastro. ¡Qué emocionante caza nos espera! —Sir Frederick grita órdenes a su tripulación y se dispone a estudiar los mapas.

El barco arriba a los asentamientos de la Corona en la antigua capital zulú, Ulundi, sin contratiempos. Vastas praderas de inclementes pastos y acacias se extienden infinitamente en toda dirección. Las casas de madera

británicas, correctamente construidas, están asediadas por un calor avasallador. Sir Frederick es recibido con un magnífico banquete de carne, maíz y madumbres asados. La cena se celebra en una gran carpa amenizada por un soldado con su corno inglés. El teniente a cargo y sir Frederick discuten con pasión diversas teorías sobre los méritos científicos, negados por tantos universitarios pretenciosos en opinión del explorador, de la frenología. Uluthando, sentado junto a su maestro, come ante las miradas sospechosas de los británicos, ni ligeramente perturbado por la indiferencia voluntariosa de sus hermanos que sirven los alimentos.

—¿Está seguro, sir Frederick, de mantener a este negro a la mesa a su lado? —El teniente, sin reservas, termina en un solo trago su tarro de cerveza y le dirige a Uluthando una mirada desafiante.

—Uluthando es digno de mi confianza. Además, ¿de qué otra forma podría capturar a un médico brujo sin su ayuda? —Sir Frederick se ve absolutamente confiado. Hace ya más de cuatro años, él decidió embarcarse al Reino Zulú y unirse a la guerra con la intención de encontrar nuevas riquezas. Los favores concedidos por la reina le evitaron participar con las funciones de un soldado, pero su fervor patrio y su destreza en las armas le motivaron a luchar en la batalla de Ulundi—. Un tesoro viviente. ¡Imagine lo que serán nuestros museos cuando los colme de reliquias que respiran!

—¡Vaya disparate! Debo reconocerle que la idea es novedosa. ¿Pero no resultaría peligroso? Usted ha visitado estas tierras enfebrecido por la pasión de la guerra y el descubrimiento. Yo he padecido cada matiz cotidiano.

¡Praderas malditas! No sólo los negros, leones, leopardos y demás fieras son de cuidado. Hay algo podrido en el ambiente.

—El teniente escupe y acaricia su fusil, recargado en la pared.

—¡No creerá en los disparates de la magia negra! Si el mal existe, sabemos que se trata del Infierno y no de los mitos de los negros. —Sir Frederick no cree en la magia, sino en la violencia. Durante la batalla de Ulundi su insensato coraje le llevó a separarse de su batallón. Al intentar penetrar en el palacio, al brincar una muralla, cayó estrepitosamente y se desprendió de su sable y fusil. Confundido, levantó la vista y ante él, el pecho desnudo, amplio escudo ovalado, Uluthando le apuntó con su afilada lanza—. Mañana, a primera hora, iniciaremos los interrogatorios con los zulúes bajo su servicio.

Al amanecer, Uluthando se sienta en una gran mesa repleta de documentos y, uno a uno, los sirvientes zulúes son entrevistados. “Endemoniada lengua repleta de abismos y monstruosos chasquidos”, piensa sir Frederick. Su temor cuando escuchó a Uluthando usar su lenguaje por primera vez fue genuino. El guerrero le apuntó con la lanza y dio un poderoso grito de guerra, ante el cual sir Frederick reconoció la muerte. Uluthando, consciente de que su adversario estaba desarmado, arrojó su lanza lejos y con gestos le retó a un combate cuerpo a cuerpo.

—Nadie sabe, señor. Todos afirman que los sangomas, brujos médicos, han desaparecido. Además, nos advierten que abandonemos la búsqueda, que no provoquemos la aparición del impundulu. —Tras horas de interrogatorios, Uluthando ofrece su reporte.

—¿Impun qué? —Sir Frederick se muestra confundido.

—El pájaro de trueno. Es una leyenda zulú. —Uno de los antropólogos se adelanta y habla con tono erudito y monótono—. Se dice que los brujos médicos pueden invocarlo.

—No es una leyenda —dice Uluthando con absoluta seriedad.

—¡Uluthando! ¿Cuántas veces te he dicho que jamás serás un caballero si no abandonas por completo tus supersticiones salvajes? —Sir Frederick se ríe con ironía. Su fiel sirviente todavía conserva algo de su pasado brutal, vestigios de instinto animal de cuando lucharon a muerte con puños y dientes. Larga y cruenta fue su pelea. Al final sir Frederick salió victorioso y las fuerzas de lord Chelmsford derribaron a Ulundi. Sin embargo, conmovido por la nobleza del guerrero, sir Frederick no mató a Uluthando: lo capturó y escribió personalmente a la reina, solicitando que su prisionero viajara con él de vuelta a Londres para ser entrenado.

Tras la derrota de Chetshwayo, el Reino Zulú fue dividido en secciones para evitar que los jefes tribales se unieran. Sir Frederick, con la ayuda de Uluthando, ha trazado un mapa para buscar las pistas del brujo médico a lo largo de las praderas fragmentadas. ¿Desde cuándo el explorador se dispuso a capturar un tesoro viviente de los zulúes? Tras la batalla de Ulundi, sir Frederick se llevó a Uluthando como prisionero. Sus antropólogos, apenas diestros en el lenguaje, pudieron traducir a medias los hoscos silencios del guerrero. Pero sir Frederick estaba seguro de la utilidad de ese hombre y se dispuso a enseñarle

su idioma, sus costumbres y el conocimiento del progreso. “Carácter por mucho superior a sus compatriotas, casi un hombre blanco”, piensa sir Frederick mientras recorren los vestigios del Reino Zulú, interrogando y descifrando las elusivas pistas del brujo médico.

Cada región que visitan resulta en un rotundo fracaso. Nadie sabe sobre el paradero de los brujos médicos. Muchos afirman que todos murieron durante la guerra, otros que fueron expulsados de las aldeas debido a su malicia. Y cada hombre y mujer zulú les advierten no provocar la aparición del impundulu. Las primeras semanas, sir Frederick se reía de la ignorancia de los nativos. Pero cuando los días se convirtieron en meses, el calor y los mosquitos asediando su expedición por todos los frentes, él comenzó a pensar si no se estarían burlando de su travesía. ¿O acaso era su sirviente, el antiguo guerrero, quien le estaba engañando? Cuando Uluthando arribó a Londres, sir Frederick le compró un vestuario adecuado y lo llevó ante la corte, donde los aristócratas se cubrieron las narices y temieron por sus joyas. Sus amigos doctores desnudaron al guerrero sin pudor, presentándole en conferencias ante cientos de participantes. Y frenólogos desahuciados midieron su cráneo y concluyeron que su fisonomía estaba en el punto medio entre el salvajismo y la caballería. Durante esos periplos en Londres, sir Frederick supo que no se equivocó al salvar a Uluthando y darle una mejor vida. “Piel negra y sucia, perfecta para ocultar todo pensamiento y emoción”, piensa ahora, mientras recorren la inclemente geografía en busca de otra aldea ínfima donde ya prevé que nada encontrarán.

Observando los incesantes ciclos de vida y muerte de los elefantes, jirafas, búfalos, felinos y perros salvajes, sir Frederick pierde la noción del tiempo. Sus hombres empiezan a murmurar, afirmando que su líder se ha vuelto loco por confiar en un negro. Los conflictos en la región, debido a los zulúes insumisos, hacen que la ayuda del ejército británico a su expedición flaquee. El hambre y las enfermedades tuercen la mente de los exploradores. Sir Frederick hace un esfuerzo por no demostrar un solo cambio en su comportamiento, mas las dudas y la ira comienzan a desfigurar sus facciones. ¿Acaso no fue Uluthando quien lo embelesó con las historias sobre los brujos médicos, exagerando sus amplios conocimientos e imponente presencia? Durante un mes, sir Frederick prepara una estrategia desesperada. Uluthando le habló tantas veces sobre su aldea natal, Umlilo, remota aun para los estándares salvajes de los zulúes, donde los brujos médicos florecieron. Pidiendo especiales favores al ejército, comunicándose en conciliábulos secretos con su tripulación, sir Frederick finalmente le ordena a Uluthando con la amabilidad usual que los conduzca a Umlilo.

A través de áridas praderas pobladas de leones, la compañía encuentra la remota aldea de Umlilo. Se trata de una veintena de chozas pequeñas de madera envejecida cercadas por montones de piedras. Un riachuelo de agua caliente y sucia corre junto a un muro de arbustos raquíticos. Los habitantes desnutridos reciben a Uluthando con un silencioso rencor. Pero el antiguo guerrero no se inmuta: habla con claridad y solicita un espacio para descansar. Al amanecer se iniciarán los interrogatorios. Sir Frederick

ordena a sus hombres levantar un campamento, mientras que los más hábiles mercenarios son enviados con un encargo a lomo de sus caballos. Uluthando se pasa la noche reconociéndose con sus compatriotas, mas la distancia entre ellos ya es insondable. Cansado, Uluthando vuelve al campamento británico cuando es asaltado: sir Frederick le golpea la cabeza con el mango de su sable y ordena a sus hombres que lo amarren.

Al despertar, Uluthando se descubre preso en el centro de su aldea. No es el único, pues su gente también ha sido sometida y encerrada en sus casas. La aldea de Umlilo está tomada no sólo por la tripulación del gran explorador, sino también por un regimiento del ejército británico. Sir Frederick, sucio y maloliente pero armado de una arrogancia inexorable, se acerca a Uluthando con una antorcha.

—Basta de mentiras, Uluthando. Veo que la marca salvaje es indeleble.

—Pero, señor, ¿de qué habla?

—¡Calla! —Sir Frederick le propina una fuerte cachetada—. Traidor. Nos has conducido a una aventura sin sentido durante meses. ¿Tan grandiosos son los brujos médicos? Veamos si ellos pueden detener la destrucción de tu aldea.

Sir Frederick le prende fuego a una de las chozas con su antorcha. Grita una orden y los soldados hacen lo mismo con la aldea. El cielo se oscurece, brama con su voz ensordecedora. Un fuerte viento aviva el fuego destructor de Umlilo. Sin embargo, no se escucha un solo aullido de dolor desde las chozas humeantes. Los relámpagos cimbran las praderas y los soldados británicos, aun los más valientes,



temen su seguridad. Y sobre los cantos de guerra de las nubes, la risa de Uluthando se impone.

—El explorador no es tan tonto como parece. Sin duda su plan ha de funcionar, esta destrucción ha hecho que el primero y último brujo médico zulú revele su identidad. —La voz de Uluthando es irreconocible, áspera e irónica—. Frederick Elgin-White, te entiendo a ti y a tu cultura como jamás tú podrás comprender la mía. Fingí años de sumisión para obtener conocimiento y librar la resistencia eterna. Yo te veo, colonizador.

Sir Frederick se dispone a dispararle a Uluthando, pero sus músculos se paralizan al escuchar un graznido desgarrador. Un ave del tamaño de un hombre desciende de la oscuridad. De colores negro y blanco, matices en movimiento, plumaje siempre cambiante, largas patas y garras brillantes, provoca con sus alas un torbellino. Grazna y los relámpagos azotan al ejército británico, fulminan a los caballos, pulverizan las chozas. El impundulu aterriza ante sir Frederick, quien intenta matar a la criatura, pero yerra en cada disparo. Los ojos carmesí del ave atraviesan las imposturas del explorador, son capaces de leer los designios de su sangre. Su canto invoca una tormenta eléctrica que anega a Umlilo. Sir Frederick sigue disparando cuando las alas se cierran sobre él y un relámpago monumental inunda el plumaje del ave. El resplandor le muestra a sir Frederick el futuro. La voz del impundulu retumba en sus oídos:

—Invasor enceguecido por la soberbia, propagarás por el mundo tu divina ignorancia, infectarás las mentes de incontables pueblos, sus hijos querrán ser como tú,

se odiarán si su cabello no es dorado, si su piel no es de mármol, si sus ojos no brillan tal zafiros, y jamás aceptarás a tus imitadores, les tendrás compasión, te crearás su salvador, millones de niños enfermos antes de siquiera existir, sin poder elegir el no nacer en una tierra violada, el sufrimiento será negado, amnesia del poder, odio irracional brotando en cada hogar, víctimas y victimarios enloquecidos, sus roles constantemente intercambiados, encontrarán siempre tus descendientes y adversarios un camino hacia la desconfianza, no podrán amarse por tan superfluas diferencias, guerras de colores, insensatas y perpetuas.

El impundulu abre las alas y desaparece en un remolino eléctrico. Los relámpagos se elevan desde la tierra y se pierden entre las nubes. Sir Frederick se encuentra desnudo y solo en una pradera incinerada. No hay rastro de sus hombres, de Uluthando y su aldea.

Después de grandes dificultades y el desprecio del ejército, sir Frederick logra retornar en un barco mercante a Londres. Pese a su derrota y su salud minimizada, él piensa que la reina le tendrá consideraciones. Pero Victoria, quien financió la expedición, resulta inmisericorde. Sir Frederick es culpado de conducir no sólo a su tripulación, hombres de fe y de razón, a la muerte, sino también a un regimiento entero. Se le acusa de graves crímenes impulsados por un propósito vano, capturar a un simple salvaje, además de confiar en demasía en su sirviente zulú. Cuando se le exige que revele lo sucedido, sus disparatadas confesiones no hacen más que enfurecer a la reina. Sir Frederick es condenado a prisión por veinte años, sus cargos reales le son



retirados y su nombre es borrado de todo documento oficial, museo y libro. Sin embargo, los tesoros que dio a la Corona son conservados.

Cuando al fin es liberado, flaco y envejecido, Frederick se convierte en un mendigo. Una mañana, mientras se arrastra entre la neblina de Londres, ve por casualidad un libro rojo con letras doradas expuesto en una vitrina: *El salvador y el demonio zulú*. Intrigado, se decide a entrar al local para revisar el volumen, escrito por uno de sus antiguos amigos, quien mostrara gran interés por Uluthando. Con febril rapidez Frederick hojea y descubre una épica tergiversada sobre un noble monstruo salvado por un explorador británico. Es en ese momento que la profecía del impundulu cobra una claridad desquiciante. Poco importa que el dueño de la librería le eche de su tienda a palos, pues la revelación de su memoria le rebasa. Durante sus años de encierro jamás meditó seriamente sobre el significado de su encuentro con el ave blanca y negra, pero ahora cada una de sus palabras le aterra con una espantosa lucidez. Sin contención alguna, comienza a gritar, previniendo a sus compatriotas sobre una terrible epidemia que se propaga. Pero nadie cree las verdades que se dedica a revelar cada día. Sepultado por la basura y la indiferencia, sus advertencias jamás son escuchadas.



## Anfisbena

LAS FUERZAS NAZIS del Sexto Ejército alemán han sido rodeadas por el Ejército Rojo en Stalingrado. El general Paulus fue superado por los comandantes de la Unión Soviética: a través de la Operación Urano, los soviéticos debilitaron a los batallones en la retaguardia del Sexto Ejército, logrando con ello cercar a los invasores en la ciudad. Los nazis se defienden ahora en el centro de un caldero hirviente. La batalla, limitada por las estrechas y laberínticas calles, se ha convertido en un combate frenético y salvaje, *Rattenkrieg*. Adolf Hitler ha ordenado a Paulus no rendirse; los refuerzos alemanes intentar romper el cerco desde fuera.

En medio del caos una joven embarazada, que lo ha perdido todo, intenta salvar la vida de su bebé. Ajena a la crueldad del conflicto, ella está extraviada. Los escombros han reconfigurado su memoria: corre en la calle de su antiguo hogar sin reconocerlo hasta que una granada se interpone en su camino y explota. Bajo una lluvia de fuego y ceniza, la mujer se desangra de todo su dolor e ilusión. Su cadáver es ignorado junto a los cientos de miles que se acumulan

en Stalingrado. Su amor maternal, cercado por el enconado odio, sufre una transformación. El sitio del Sexto Ejército se mantiene incólume y nadie advierte que la espina dorsal de la muchacha embarazada, al pudrirse, produce fulgurantes matices violáceos y naranjas. La piel es recubierta por una membrana rugosa. Las vértebras se resquebrajan, revelando escamas verde olivo. Desde los despojos, en el séptimo día después de la muerte de la madre, emerge una serpiente del tamaño de un bebé recién nacido. Sin embargo, la criatura no tiene cola, sino dos cabezas idénticas. Una tiene ojos azules y la otra rojos y están unidas por un cuerpo lustroso. La serpiente bicéfala se mueve figurando el número ocho y se pierde entre las calles de Stalingrado.

La batalla entre nazis y soviéticos continúa, pero los humanos no son los únicos enfrascados en una guerra: las hormigas y las serpientes están inmersas en un conflicto acaso más violento por dominar la tierra. La obrera Girard, una hormiga con excelentes habilidades de exploración, ha sido enviada por su reina a Stalingrado para descubrir nidos de serpientes. Girard no posee una potente visión, pero es hábil en dejar un rastro de feromonas para mapear las rutas de su búsqueda. Afanosa en su tarea, percibe un movimiento inusual: entre las ruinas descubre a la serpiente bicéfala. Sorprendida, Girard se acerca cautelosamente. La serpiente se mueve aún con impericia y se topa con un par de hombres que luchan con los puños. El soldado nazi logra esquivar un ataque del soviético, le clava una navaja en la yugular y lo empuja al piso. La cabeza de ojos rojos abre sus fauces y arroja un líquido ambarino a los pies del

nazi; de inmediato, la sustancia corrosiva se propaga por todo su cuerpo, dejando tan sólo un montículo de carne chamuscada. La cabeza de ojos azules cubre los despojos con un líquido de idéntico color y la sangre perdida retorna a las venas, las heridas mortales se cierran, hueso y piel se reconstruyen para figurar nuevamente al hombre. Ambas cabezas juguetean con el soldado, deshacen y curan, hasta que su cuerpo es incapaz de soportar y se convierte en polvo. La serpiente bicéfala sisea y continúa su camino.

La hormiga Girard, horrorizada, sigue de cerca a la serpiente, emitiendo señales de emergencia a través de sus feromonas. No pasa demasiado tiempo hasta que otras exploradoras perciben su mensaje. Girard les muestra su hallazgo y ellas emiten sus propios comunicados para contactar con la colonia entera, oculta en el subsuelo a cientos de kilómetros de Stalingrado. Las hormigas presienten la gravedad del asunto, así que pronto formulan un plan. Con prudencia, pero rauda organización, un batallón compuesto por miles de obreras vigila a la serpiente bicéfala hasta que se duerme. De inmediato, ambas cabezas son cubiertas por flores de lavanda y valeriana, obtenidas desde prados lejanos gracias a la red de túneles. Girard dirige la procesión subterránea y pronto las hormigas, con su peligrosa carga, dejan atrás el estruendo de la batalla.

La reina Myrmenx recibe a las exploradoras en la entrada de su colonia con una ansiedad casi incontrolable. Al presenciar a la serpiente, aun adormecida por las flores relajantes, confirma sus sospechas. Con voz potente anuncia a sus súbditas:

—Esta criatura es una anfisbena, la serpiente dual, capaz de destruir a la tierra y también de salvarla. Desde el mismo núcleo en su interior, las cabezas producen una sustancia llamada *pharmakon*. El veneno que emerge de los colmillos de Ojos Rojos es capaz de infectar y corroer cualquier materia, mientras que de Ojos Azules proviene la panacea que puede curar todas las heridas y enfermedades. Las dos potencias del *pharmakon* son creadas en proporciones idénticas, haciendo imposible que una supere a la otra. Por qué este monstruo de leyenda está entre nosotras, no puedo saberlo. Pero debemos actuar con premura. Nosotras carecemos de la fuerza para destruir a Ojos Rojos y a Ojos Azules; sólo ellas pueden hacerse daño. Nuestras enemigas las serpientes no deben saber sobre esto, pues podrían creer que la anfisbena es su aliada y dejarla libre, desconociendo que ella no reconoce ningún vínculo y sólo ha de traer la catástrofe. ¡Traigan más flores relajantes y mantengan su sueño! ¡Si despierta, todas moriremos! Llevaremos la calamidad hacia el centro de la tierra. Yo misma las guiaré a través de la oscuridad. En lo más profundo construiremos una prisión. ¡Envíen mensajes a las reinas de todas las colonias! Necesitaremos vastos recursos para someter a la anfisbena. Obrera Girard, tu noble e inteligente proceder ha de salvar innumerables vidas. Vendrás conmigo, tu destino está ahora inexorablemente atado al *pharmakon*. ¡Andando!

La colonia de Myrmenx excava túneles hasta llegar a los límites del núcleo interno de la tierra, compuesto de hierro y níquel. En esa profunda oscuridad, las obreras edifican una

gigantesca cámara circular cuyo diámetro es de al menos quinientos kilómetros. La anfisbena lucha por recobrar su conciencia debido a los emplastos de flores sobre sus ojos y es colocada en el centro. La reina Myrmenx, conocedora de los mitos, ha diseñado una estrategia que requiere de grandes privaciones: la mayoría de las hembras voladoras, destinadas a fundar nuevas colonias, deberán permanecer en la cámara y cumplir una nueva función. Las hormigas aladas aprenden de la reina una danza antigua, la cual, ayudada de los aromas de la lavanda y la valeriana, es suficiente para hipnotizar a la anfisbena y paralizarla. El plan es exitoso, pero requiere que los bailes no se detengan. Refuerzos de todo el mundo arriban a la cámara secreta: las reinas han respondido a la llamada de auxilio de Myrmenx. Las hormigas deben modificar su organización para mantener el control de la anfisbena. Con dichos cambios, ceden terreno a las serpientes, quienes permanecen ignorantes de lo que sucede en las profundidades y lanzan una ofensiva atroz en la superficie. Simultáneamente, los soviéticos aíslan a los nazis y les imponen el hambre y la enfermedad. Paulus, enfermo de disentería, es presionado para alcanzar la victoria; el estrés le provoca un tic en el lado izquierdo de su rostro.

La obrera Girard, conocida ahora como la Descubridora, ha sido comisionada para observar a la anfisbena. En las profundidades la noche y el día no son reconocibles. Girard no sabe cuánto tiempo ha pasado desde que el monstruo fue conducido a la cámara. Una mañana o un anochecer, Girard advierte que la danza es abruptamente rota: la anfisbena comienza a reaccionar y el pavor se extiende entre

las hormigas. Girard abandona su puesto de vigía y trata de mantener el orden cuando Ojos Rojos y Ojos Azules arrojan el líquido ambarino desde sus bocas. Ambas corrientes de *pharmakon* caen al suelo y se mezclan. Girard logra evitar ser rociada, mas siente una fuerza imperativa que le obliga a ver el centro del charco; de él emanan vapores que le provocan intensas alucinaciones. Girard no lo sabe, pero el *pharmakon* encierra un misterio más aterrador y grandioso que la mera destrucción y curación: cuenta en dos versiones la historia absoluta del mundo. Ojos Rojos le muestra el odio que, a través de las eras, ha conducido a Stalingrado, la batalla más cruenta de la que se tiene memoria. Cada traición y masacre que se han sucedido hasta el presente provocan a Girard una lacerante melancolía que paraliza su voluntad. En cambio, Ojos Azules le revela con ternura los incontables amores de cada criatura para superar la adversidad. Cada colaboración y resistencia surgidas con el fin último de la utopía le brindan un inexorable aliento de esperanza que la motiva a actuar con rectitud. La obrera descubridora no puede soportar los reversos de la narración verdadera, se convulsiona en el suelo mientras que la anfibena continúa liberándose, devorando a sus guardianas. Millones de refuerzos acuden a la cámara y, con la danza, las flores y grandes dificultades, logran someter a la anfibena. Girard es descubierta, apenas con vida, recitando discursos ininteligibles. La Descubridora es levantada con cuidado y llevada a un refugio. En ese exacto momento, el general Paulus, contrario a las órdenes de Hitler, se rinde. Sin embargo, miles de soldados nazis

se niegan a la decisión y una lucha desesperada y fútil se mantiene por unos días más.

El episodio con Girard ha enseñado una valiosa lección: si Ojos Rojos y Ojos Azules padecen hambre, ninguna ilusión será capaz de apaciguarlas. Por ello, en todas las colonias de la tierra se ha instituido un ritual para salvar a la especie. Cada día, cien mil hormigas son repudiadas y condenadas a marchar hacia su muerte. Las sentenciadas se dirigen en dos filas hacia las bocas de Ojos Rojos y Ojos Azules. Pulverizadas por los colmillos, entregan su vida para que la comunidad subsista. Las hormigas elegidas para el ritual son siempre las obreras pobres, las enfermas, las deformes, las criminales. Aquellas que no son condenadas no se dan cuenta de que, cuando la vejez, los accidentes o la miseria azoten su vigor, serán empujadas para perpetuar el trágico ciclo.

Girard ha enloquecido. Los años transcurren, pero la obrera es increíblemente longeva, acaso por los efectos del *pharmakon*. Myrmenx ha muerto y las reinas sucesoras han cambiado sus políticas. Girard se ha convertido en una vagabunda, detestada por el nuevo régimen, pero respetada como reliquia. Al recorrer los túneles en el núcleo de la tierra, Girard comprende que mantener a la anfibena satisfecha pasó a segundo término. La nueva función del ritual es restaurar el poder de las reinas ante cualquier amenaza interna. Las hormigas rebeldes son señaladas como el origen de los males, su condena goza de la aprobación del grupo. Las reinas utilizan a las serpientes, quienes dominan la superficie, como un pretexto para motivar la producción de

colonias y comida, mientras que la anfisbena ha adquirido un aura divina, ideal para instigar el temor. Observadora incansable de dichos procesos, Girard tiene una revelación: la batalla de Stalingrado fue la cuna de la anfisbena, donde una amorosa madre intentó enfrentarse a todo el odio en el mundo. Sin embargo, el sanguinario combate no legó enseñanza alguna: las guerras de humanos contra humanos y serpientes contra hormigas no se han detenido. Consciente de lo que es necesario, Girard toma una resolución.

El ritual de saneamiento, la marcha hacia el núcleo, vuelve a repetirse por enésima vez. Incontables hormigas convencidas de su suerte, a excepción de una, se dividen hacia las bocas de Ojos Rojos y Ojos Azules. La anfisbena se ha vuelto colosal y la cámara es apenas capaz de albergarla. Las soldadas vigilan la procesión con fiereza, atentas a cualquier disidencia. Girard, oculta en medio de la monotonía, comienza a cantar. Su melodía se extravía entre el estruendo de las pisadas, pero bastará con que una sola la escuche. Las vigías custodian y las condenadas andan sin interrupción. Cuando las primeras hormigas son devoradas por la anfisbena, los tonos de Girard alcanzan a un obrero. La música rompe el ensimismamiento del condenado, quien sacude la cabeza como si despertara de un sueño y se detiene. Las demás lo empujan y continúan su camino, pero el obrero mira a su alrededor, embelesado. Es entonces cuando su mirada se posa en una de las bailarinas aladas cuyo único fin es mantener la danza de la ilusión. Ella hace girar sus seis patas con cadencia seductora. Él, fascinado, rompe la fila y se dirige hacia el montículo donde ella

flota. Un soldado advierte la anomalía y se lanza dispuesto a castigar, pero Girard, quien ha observado con atención sin dejar de cantar, lo embiste y le cercena la cabeza con sus mandíbulas. El obrero alcanza a la bailarina e imita sus movimientos suavemente.

La melodía de Girard despierta a otros obreros, quienes retiran la mirada del abismo y descubren el encuentro vedado entre su compañero y la bailarina. Extasiados, rompen filas. Los soldados intentan someterlos, en ocasiones con éxito, pero los disidentes son demasiados. El caos crece y Girard es finalmente sometida con brutalidad por un grupo de soldados, el cual le corta las patas. Pero ya es demasiado tarde: los obreros y las bailarinas se han unido en una comunión orgiástica prohibida. Los caudales de comida se han detenido. La danza ha mutado su tempo.

Ojos Rojos parpadea y se sacude. Reconoce la escena a su alrededor: hormigas que danzan, luchan y copulan. Aún sin comprender, la serpiente olfatea y descubre ante sí a su reflejo, Ojos Azules. Ambas cabezas redescubren su unión y se atacan, incapaces de recordar que nacieron de la misma raíz. El *pharmakon* que brota de sus bocas, con la potencia destructiva y sanadora, fluye por doquier. La colosal criatura emerge a la superficie figurando el número ocho, movimiento infinito.

La batalla entre las dos cabezas de la anfisbena no ha de concluir. La dualidad del *pharmakon* ha ocasionado un bucle con efectos diversos y contradictorios. El veneno no sólo destruye, sino también fortalece la miseria y la corrupción, alivia enfermedades nefastas, protege al indefenso al infectar

al verdugo. La panacea no sólo cura, sino también perpetúa la angustia, intensifica las guerras al prolongar el aliento de los combatientes, impide la regeneración al detener la muerte. En su combate, la anfibena arrasa y restaura indeterminadamente al mundo. Los vapores del *pharmakon*, aquellos que revelan los reversos de la verdad a través de las eras, amor y odio engarzados, se mezclan en los mares. Las historias contadas con veneno y panacea, absolutas en sus detalles, no fortalecen la memoria. Al contrario, quienes sobreviven el inflexible vaivén de la anfibena resurgen de sus escondites presas del olvido. Incapaces de recordar, esos seres sin pasado tendrán que recomenzar sin rumbo. La incertidumbre es implacable: acaso los sobrevivientes traerán de vuelta una batalla idéntica o peor a la que originó el *pharmakon*, o tal vez lucharán por la paz y nunca volverá a nacer un monstruo semejante. La anfibena, ajena a la reconstrucción del tiempo, continuará su lucha consigo misma. Una cabeza sana lo que la otra infecta.



## Catoblepas

QUIEN ME MIRE de frente morirá al instante fulminado por mi fealdad. Nadie puede describir mi rostro. Sus deformidades insólitas se desordenan en una geometría obscena, brutal. Ni siquiera yo me he visto: mi madre me prohibió estrictamente confrontar mi reflejo para salvarme. Mi cabeza es tan pesada y obesa que la arrastro por la tierra, arma mortífera que las criaturas y flores rehúyen. El hedor fétido de mi piel es capaz de pudrir vegetación fresca y fuentes de agua. La peste se extiende kilómetros a la redonda, transformando toda existencia en un pantano yermo. A donde sea que mis cuatro patas acarreen la condena, las ciénagas proliferan, devoran los horizontes que ni siquiera con la ilusión he de conocer. Me alimento de mi propia inmundicia con un instinto cobarde, incapaz del suicidio. Siglos de aislamiento me hacen pensar que mi desfiguración sea acaso perfección incomprendida hasta el absurdo. Me consuela convencerme un instante sobre cómo los contrastes del mundo palidecen ante mi inefable forma. Sólo así, engañando a mi melancolía de que el dolor me es indiferente, puedo soportar la soledad.

Por ello, es inaudita la vida que ahora me encara: cuatro bípedos, cubiertos de piel lustrosa y máscaras oscuras que les provocan estruendosas respiraciones. ¿Cómo es posible que soporten mi peste? ¿Cómo es posible que sobrevivan al sostener mi contrahecha mirada?! Emocionado, me preparo a dedicarles una bienvenida cuando extraen de una bolsa cadenas y lonas, me apresan, cubren de oscuridad la deformación. Pero no tengo miedo. Por vez primera, aunque sea un prisionero, tengo compañía.

—¡Damas y caballeros, niños y niñas, desde los profundos pantanos en movimiento les traemos al legendario catoblepas! ¡El monstruo más horripilante que jamás haya existido! ¡Su hedor les quemará la piel! ¡Con tan sólo mirarlo de frente los matará, tan perfecta es su fealdad! ¡El circo Aistheta Hermanos lo ha logrado otra vez! ¡Un traje metálico y ligero como pluma les permitirá soportar el ambiente! ¡Y nuestra más grande innovación es la máscara de laberintos de espejos! ¡Con ella, podrán disfrutar de un espectáculo sin igual y vivir para contarlo! ¡No se queden sin su boleto de entrada!

Así me describe el barón Aistheta, líder de esto que llaman circo, encerrado en mi jaula de metal, domo corroído que sin embargo me resiste, balanceando mi cabeza sobre una pelota gigantesca, al compás de una corneta, dos latigazos si arruino el ritmo, mi cuello lacerado soporta la pesada fealdad en tan incómoda posición, repetir la farsa, ante las risas que perforan, silbidos voraces, muchedumbre incapaz de la empatía, negados por su maligna estupidez a la catarsis, aplauden con violencia para mandar que el

juego de la pelota continúe. No se cansan los monstruos, que asqueroso es, que feo es, repugnantemente gordo, nadie lo quiere, desnudándome a través de cientos de espejos, fractales coraza, ajenos a mi peligro, seguros de deshacer mi piel, reordenarla en ángulos cada vez más obtusos, maravillarse ante la ignorancia y no morir, sobrevivirme para volver a mirar, a no mirar, convencidos de que tan inclemente espectáculo carece de víctimas, que no siento el escozor, humillación que se sirve de la memoria, los recuerdos más infames, ni siquiera mi madre me sostuvo al nacer, mi horrorosa madre, ella habría muerto, yo tampoco existiría, si hubiéramos abierto nuestros ojos a la vida.

Jamás imaginé que la compañía pudiera ser más dolorosa que la soledad. El personal del circo me es completamente indiferente, a excepción de dos personajes, de quienes reconozco sus movimientos pese a la impostura. El barón Aistheta es tosco, lento y brutal. Alcohólico y violento, gusta de torturarme con su látigo al concluir las funciones, maravillado estúpidamente por la fortuna que empieza a acumular. En cambio, su hija, Venus, es ágil, rebelde y colérica. Es una joven que hace no mucho dejó de ser una niña. No puede resistirse a la autoridad de su padre, pues es la encargada de alimentarme: una cubeta de vísceras putrefactas de animales sin nombre cada mañana. Venus no soporta estar conmigo mucho tiempo, así que usualmente me echa la comida encima. Pero el contacto de las vísceras contra mi piel es un bálsamo comparado con el látigo. Reducido por la jaula de metal, por las luces rojas y azules del circo, las palabras de mi madre vuelven con una

intensidad deslumbrante, pese a tantos siglos sin escuchar su voz: “Nosotros los catoblepas estamos destinados a la soledad más anónima. Ni siquiera tú puedes saber cómo eres, cómo soy. Morirías, pequeño. ¿Para qué vivir entonces, me preguntas? No lo sé, ni por qué ni para qué”.

El circo Aistheta Hermanos recorre cada continente, mi fama crece, la fortuna se despilfarra. Estos viajes son tan distintos a aquellos que realicé en mi pasado. Cada región que recorrí no fue en un estado original, sino en su decadencia ocasionada por mi podredumbre. ¿Cuál historia de la vida es la que yo sé? Quizá la que no es hipócrita. Me balanceo en la pelota por enésima vez y descubro a través de las máscaras el temor. “Debes entender que somos muy feos. Nadie podrá aceptarnos, espejo inaguantable de todo lo que el mundo quiere ocultar. Los catoblepas hemos sobrevivido únicamente por dos razones: nuestra inteligencia y nuestra cobardía. Pese a tu triste sabiduría vivirás condenado por el miedo. No te quiero mentir. Vas a sufrir”.

Mi madre me enseñó a observar más allá de la simple percepción. Me basta contemplar las cosas que se pudren junto a mí para intuir causas y consecuencias del tiempo. Las múltiples transformaciones del lenguaje de los bípedos no me son ajenas. Fue suficiente con escuchar a mis captadores durante el trayecto, aquella tarde de mi secuestro, para empezar a discernir los matices de su alfabeto. Por eso sé que tan crueles son sus palabras, que tan cómplices sus silencios. El barón ebrio me ignora cada vez que evidencio, con gestos y guturales melodías, que yo entiendo. Venus, en cambio, ya es consciente de mis símbolos. Ella también

sufre, esclavizada por el circo, huérfana de madre, aspirando a más. La tristeza en sus ademanes es cristalina. Una noche, en lugar de arrojarme mi comida, se detuvo ante el vacío por largos minutos hasta derrumbarse en el suelo, cubierta en llanto. Con lentitud arrastré mi cabeza, tan cerca como mis cadenas lo permitieron, y le canté una zarabanda. Paulatinamente ella se sosegó, levantó la frente, buscó mis ojos. Espantada de improvisto, Venus se retiró de mi recinto. Pero al día siguiente volvió, no por seguir la orden de su padre como siempre, sino con genuina curiosidad. Y yo volví a cantar.

Sólo una vez he hecho el amor. Abstraído en la marcha eterna, hace doscientos cincuenta y tres años, descubrí una peste más poderosa que la mía, alentadora. Descifré cada encrucijada pútrida, trampas de ermitaña, y la encontré sumergida en un lago humeante y corrosivo. Nuestra plática fue breve para dos criaturas condenadas a la nostalgia. Con timidez negamos lo que sabíamos. La penetré en silencio, siempre de espaldas, una disculpa impronunciable atorada en la garganta, guarecido en la utopía instantánea. Sé que ella, la sin nombre, la imposible, también anheló. El orgasmo me adormeció. Ella, repleta de pudor, se retiró lentamente y yo no la seguí. Me arrepiento desde que dio el primer paso de su partida, me torturo todavía al pensar qué tan bello será su rostro. “Aunque somos ya muy pocos catoblepas, tal vez un día te encuentres a una hembra. ¿Pero serás tan tonto y cobarde como para traer hijos al abandono? Yo me culpo todos los días de tu miseria. Jamás me perdonarás, mucho menos por lo que debo hacer hoy y ya he aplazado tanto”.



¿Tendré una cría? ¿Mi familia estará viva? ¿Aislada como yo, sin voluntad de buscarnos, pero rebasados por la angustia? ¿Y si yo soy el último catoblepas? Las anécdotas inocentes de Venus, sus sueños y nunca consumadas rebeldías, me hacen cuestionar mis errores. La hija del barón, maravillada por mis cantos que no entiende, me ha convertido en su confidente cuando el circo duerme. ¿No es eso lo que deseas, Venus? ¿Amor? Pobrecita ingenua. Ha pasado un año desde que buscaste mi mirada a través de la ilusión de los espejos.

Esta noche te ves diferente, Venus. Te tambaleas, caes, un hilillo de sangre desde tus labios se ha unido a tus usuales lágrimas. El barón, ebrio en su estupidez, te ha golpeado. Sabe que has robado la carne fresca destinada para las fieras, creyendo que yo puedo disfrutar de algún manjar pese a que el placer me está vedado. Te ha reñido por tenerme consideraciones. Ya veo, después de su abuso tomaste el *whisky* de su remolque. Al fondo de una botella sólo encontrarás los abismos.

—Cómo quisiera que hablaras. Que en verdad pudieras entenderme.

Te entiendo con descarnada claridad.

—Papá es un maldito. ¿Cómo le haces para resistir tanto? Todos se burlan de ti, te tienen asco, pavor.

Tú has cambiado.

—Yo he de hacerte un regalo, feíto. Porque, aunque no me entiendas, te mereces algo especial.

Nadie puede darme un regalo.

—Además, qué tan ciertas pueden ser esas leyendas sobre ti.

¿Pero qué tonterías dices?

—¿Me cantarás algo bonito?

Intento romper mis cadenas para detenerte, te levantas decidida pero infinitamente fantasiosa, tus dedos ya se deslizan sobre el traje, piel de metal que se despeña, tus manos francas e insensatas tocan la máscara. Una melodía desenfundada se precipita desde mis dientes chuecos, no merezco tu arrojada y estúpida ternura, mis patas sangran del esfuerzo, no puedo liberarme, no me veas, por lo que más quieras, no me veas. Antes de saltar al vórtice respiras, un solo movimiento fluido para erradicar los laberintos entre nosotros, la Venus desnuda, caminas hacia mí, patíbulo de percepciones, mi peste desflora tu piel, ya nunca podrás cerrar los ojos, de rodillas caes ante mí, con tus dedos putrefactos tocas mi rostro, sin discriminar una sola línea retorcida, llana intención de reconocermme, tu cara se desfigura por el horror, aficciones diluidas en un charco, sangre amarilla, hueso café, carne gris, no soy una leyenda, te has vuelto tan fea como yo. Te canto un réquiem que despierta al circo, sólo las fieras prisioneras lloran junto a nosotros, el barón irrumpe en nuestra intimidad, él no debería estar aquí, grita poseído por la cólera, reconoce el traje y la máscara abandonados, a su hija descompuesta, comprende, y no, lo que ha pasado, me da latigazos inclementes, culpándome con cada golpe de una muerte que no fue asesinato ni suicidio, Venus, lindísima, llaga incurable.

¿Qué tanto le importabas a tu padre, Venus? Hace tan sólo unos días de tu transformación y el barón ha seguido el negocio como siempre. El único cambio es que su ebriedad

y las torturas se han hecho más bárbaras. Pero mi cuerpo poco siente el dolor. Es mi mente la que se retuerce cada día. Me es indiferente todo lo que pasa, he de morir como un fenómeno enjaulado. Qué importa que el barón esté ante mí, enseñándome como fruta agusanada en un mercado.

—Aquí lo tiene: el orgullo del circo Aistheta Hermanos.

—El barón suena nervioso.

—Fascinante. Barón, estoy seguro de que haremos grandes negocios. Se ha construido un foro apropiado para el siguiente *show*. Todos querrán un boleto. Pero, además, el magno evento será transmitido dondequiera en el mundo que exista una pantalla. Gracias al conocimiento que compartió con mi equipo, desarrollamos cámaras especiales —dice el bípedo desconocido con una voz estridente.

—¿Y las ganancias?

—¿Desconfiado todavía? No se preocupe. Ya le he dicho que nos iremos a mitades con el dinero de los patrocinadores. Lo único que quiero es que me prometa la seguridad. Escuché los rumores sobre su hija...

—¡Calumnias! Mi Venus murió en un trágico accidente al preparar su acto de trapecio. El circo Aistheta Hermanos dará un espectáculo como ninguno.

—Me parece excelente. —Patea la jaula y se dirige a mí—. ¿Lo oyes, asqueroso? A partir del viernes serás una estrella.

El circo Aistheta Hermanos ha asegurado inversionistas poderosos. Se han creado cámaras para mostrarle al mundo mi rostro fragmentado. Nos hemos movido a una ciudad importante. Una nueva carpa dorada capaz de

albergar a cientos de miles de espectadores será el espacio para nuestro acto. Todos los boletos vendidos. Compañías de telecomunicaciones en decenas de países han firmado contratos. Soy encadenado a una plataforma en el centro del escenario. El barón me visita unas horas previas al estreno. Sus esclavos me colocan un degradante disfraz de payaso de la misma tela metálica con la que están hechos sus trajes. Con torpeza maquillan mi rostro con rubores. El barón me amenaza, cada latigazo acompañado de una admonición. Me ordena que debo sonreír ante las cámaras.

¿Por qué te fuiste, mamá? ¿Por qué me has abandonado? Dijiste que habías aplazado tu partida demasiado. Querías quedarte. ¿Acaso tan abrumadoras eran tus penas? ¿Tan insensato y cruel el odio a ti misma? ¿Por qué me enseñaste entonces a no mirarme? ¿Me deseabas vivo pese a la agonía? “Llegó la hora. ¿Cambiar nuestro trágico sino? Los catoblepas somos unos agachados. Nuestra cabeza nos pesa tanto. No me sigas, no me pienses, no me ames”. ¿Cómo pudiste creer que pasaría un solo día sin recordarte, sin desear que estuvieras bien? Mamá irresponsable, ¿yo también te odio? Las luces parpadean, los tambores retumban, las cámaras se encienden, la voz del barón da la bienvenida, oleaje de aplausos. El espectáculo debe continuar.

Mi faz multiplicada, espectadores deshonestos, humillándome otra vez, lo grotesco al servicio de la banalidad, tenías razón, mamá, cuánto he sufrido, cuánto me faltará, cada recuerdo me grita al oído me das asco, te detesto, nunca haberme decidido a cambiar, a encontrar a mi familia, siempre solo, siempre un esclavo, contadas alegrías, breves, irrepetibles, el

mundo que me dio la espalda, el primero en traicionarme fui yo mismo. Pero todavía maravillarme ante mis melodías, saber que sé, que mi entendimiento es doloroso, verdadero, nunca habría aprendido el arte de mirar y no mirar sin tu paciente guía, ahora dudo, genuinamente, si sólo el miedo me ha impulsado, acaso he sido valiente, o tal vez todavía puedo serlo, síntesis de mi pasado, me niego a caer en la locura que me tienta, a ceder ante espejos impostores, mi fealdad que tanto me ha quitado, me habrá dejado algo. No te odio, mamá, yo te quiero, te veo, así como a Venus, inocente esperanza, así como al barón Aistheta, común vileza, ambivalencias de la soledad, contradicciones de la compañía, no necesitar de la venganza ni el martirio, he aquí que estoy yo.

Mi canto retumba en el encierro. La fuerza dormida hormiguea en todo mi cuerpo. Golpeo el piso con mis patas, cada vez más rápido, creando un rítmico terremoto. Los acordes de mi melodía le ocasionan a la audiencia un dolor punzante en los oídos. El disfraz abandona mi cuerpo y es pisoteado. Mi peste aumenta y el maquillaje se disuelve. Las cadenas empiezan a flaquear. La voz del maestro de ceremonias se impone sobre el caos, asegura que todo es parte del número, pide que no abandonen sus asientos. Las cámaras enfocan. El barón se planta ante mí, me amenaza brutalmente, comienza a latigearme fuera de sí. Pero él ya no puede hacerme daño. Al no poder someterme, él extrae una pistola y apunta a una de mis patas. El público grita al borde de su asiento. Antes de que dispare, lo insólito en la historia de mi especie: con una voluntad inexorable, soy

capaz de levantar mi cabeza del suelo, erguirme y mirar de frente. El barón Aistheta es un hábil artesano. Descubrió una ingeniosa fórmula matemática para colocar espejos rotos en ángulos precisos para evitarme, recomponerme. Pero sus cálculos por supuesto contemplaban mi posición original. Sin la inclinación, las máscaras son inservibles. Él es el primero que me enfrenta con sus ojos desnudos. El horror puede ser absolutamente sincero. Dentro de sus pieles falsas los cuerpos se disuelven. Todos los espectadores han muerto y yo no soy el responsable. Quiero salir de este circo. Vuelvo a arrastrar mi cabeza, pero ya no me parece tan pesada.



## Ahuízotl

TODOS LOS DÍAS, cuando abordo el metro, escucho el llanto de un bebé. La primera vez que sucedió me asusté mucho. Busqué por todo el vagón y sólo encontré rostros huraños, lascivos e indiferentes. Aún alarmada, advertí al policía y continué mi camino. Al salir de la estación el quejido cesó. Desde entonces, en cada viaje subterráneo, los alaridos me acompañan. Nadie, ni siquiera Ernesto, ha oído alguna vez al bebé perdido. ¿Estaré loca? Ya me resigné a esta tortura solitaria. Ahora todo se repite, aunque ya es tarde. El metro ha de cerrar pronto. Hoy inicié un trabajo de segundo tiempo en una licorería. Mi estación, Pantitlán de los horrores, todavía es lejana.

¿Será este llanto una memoria biológica? Un día, hace muchos siglos, tuve un aborto. “Por puro sentir”, decía mi tía Luchita. Ella me crió en Iztapalapa, tras la muerte de mamá y el abandono de papá. Aprendí de ella muchos prejuicios y angustias, pero nos quisimos mucho. Alternando la limpieza de casas y venta de quesadillas, logramos que yo estudiara una carrera. He sido maestra de literatura en la Universidad

de la Ciudad de México por diez años. A mi tía le alcanzó la vida para verme como profesionista, pero no para conocer al padre de mi criatura perdida. Una vez asigné a mis estudiantes escribir una pieza creativa sobre su percepción en un mercado. Decidí hacer lo mismo y fui al de Sonora. Entre chácharas y maleficios, piñatas y tacos de suadero, vi por primera vez las manos manchadas de mil colores de Ernesto. Él buscaba en el fruterío material para pintar. Me acerqué con disimulo a los mangos hasta que nuestros cuerpos se rozaron. Él me sonrió y sin preguntarme siquiera mi nombre me dijo que yo tenía porte de mural. Desde entonces lo he amado con necedad, mi genio seductor y arrogante de La Esmeralda. En ese entonces ya había expuesto cinco colecciones, todas de posiciones sexuales en lugares públicos: parques, oficinas, transportes. La crítica lo quería y yo más. Estoy convencida de que un día esa gloria ha de regresar. Ernesto lleva años sin terminar su obra maestra y se niega a pintar cualquier otra cosa o dar clases. Por eso trabajo horas extra. A él le gusta beber y sé que me roba... ¡Pero qué cosas digo! “Robar” es una palabra muy fuerte. Todo lo mío es de él. Me ha pegado algunas veces, pero sé que le ha dolido también, en el fondo. Aunque, si he de ser honesta, a veces me siento muy enojada con él. Tengo el mejor discurso preparado, estoy lista para irme, pero al enfrentarme a su sonrisa vuelvo a sentirme desarmada. Lo que viene después es una pesadilla que se repite. “Carga tu cruz, hijita”, me decía mi tía con palabras tan suyas que me hacían odiar y compadecer su sentenciosa ignorancia. Lo peor es cuando sus consejos ridículos se filtran en mi

conciencia y logran persuadirme. Ernesto es mi cruz.

El vagón va lento, sin ir a ninguna parte, como mi matrimonio. Supe que estaba embarazada cuando Ernesto llevaba ya tres años trabajando en su obra maestra. Horrorizada, me sorprendía constantemente pensando sobre la muerte de mi bebé. Lo imaginaba sumergido en el océano amniótico, maniatado por el cordón umbilical. Me convencía de que tales fantasías no eran más fuertes que el amor, mi amor, suficiente para permitirme abrazar mi vientre y hacer promesas, como cualquier madre temerosa y esperanzada que vaticina el futuro. Ernesto solía ignorar mis penas. Hasta que finalmente llegó el terremoto de mis entrañas. Durante seis días me sequé. Por puro sentir. Ríe de sangre, hueso y hormona que me abandonó para no mutar en latidos. Ernesto pareció aliviado. Yo no he dejado de sentirme culpable. Quizás si no me hubiera estresado tanto mi criatura viviría. Este llanto en el metro es un vestigio de quimera aferrado a mi vientre. ¿Y si volviera a embarazarme y este despojo devorara a mi nuevo bebé?

—Señores usuarios, damita, caballero, en esta ocasión les traigo a la venta el juguete de ocasión para el niño, la niña: el guerrero jaguar azteca, muñeco de acción, muñeco de colección. Diez pesos le vale, diez pesos le cuesta...

El canto del vendedor clausura mis recuerdos. La figurilla de acción que vende es de plástico corriente y tiene filos cortantes. El llanto empieza a rasgarme la piel. Juego con unas monedas en mi bolso de mano, una de ellas de diez, con la Piedra del Sol impresa. Siento el dibujo en mis dedos. Hago una seña impulsiva y compro el muñeco grotesco. La

oscuridad del túnel cede. Una estación antes de la mía, el vendedor se baja, se extingue con una frase que sintetiza al comercio informal: “Vale dieeeeeeeeeez”.

El vagón se ha quedado vacío. Sólo un hombre y yo permanecemos sentados en extremos opuestos. No puedo distinguir muy bien sus rasgos debido al dolor de cabeza que el llanto me provoca. Advierto vagamente que se acerca y apenas le escucho:

—Hola, bonita, ¿por qué tan solita? ¿Adónde vas a estas horas...? Eh, no seas tímida. ¿O te freseas? Te acompaño, no deberías andar por aquí así...

El hombre continúa su cortejo, pero apenas soy capaz de torearlo. ¿Cuánto faltará para que lleguemos a Pantitlán? Los gemidos del bebé perdido laceran mi piel. Un temor que tengo desde niña es que el túnel que conecta una estación con otra nunca se acabe, que el vagón se pierda en el laberinto construido por ratas. Siento una mano sudorosa sobre mi muñeca y, por un segundo precioso y horrible, el llanto se detiene. Veo con claridad al hombre correoso como hule. Viste una playera de tirantes con un estampado de la Virgen de Guadalupe, sus párpados sin pestañas imaginan inquisitivamente mi desnudez. Se esfuerza en mantener recta la sonrisa, pero no logra disimular el gesto chueco de todos los músculos de su cara. Trato de recuperar la libertad de mi mano en vano. El hombre es ya una mancha en un pliego de manchas. El túnel nos ha tragado.

Nuestro forcejeo se detiene cuando el vagón frena de golpe, se abraza a la oscuridad y no se mueve más. Dificultades técnicas. Soy estrellada contra un asiento.

Me ha abandonado la voluntad, pero el instinto agita mi cuerpo violentamente, como si fuera yo un bebé que lucha para renacer. Es tal mi deseo de vida que una patada atina en los testículos del hombre mancha. Doy otra patada a su cara amorfa justo cuando las luces se apagan. Tiento hasta llegar a la ventana de emergencia, la cual cede ante mis uñas. El hombre mancha ya se mueve, maldice y alcanza a tomar mis tobillos. Pataleo para liberarme, me impulso con vehemencia y logro salir sino para entrar al túnel.

Corro a un costado de las vías. Tras de mí dejo un rastro: la sombra de mi criatura gotea. Todavía me sigo desangrando. El túnel hiede a fierro oxidado y humedad. La oscuridad es pastosa, invasiva. La grava del suelo provoca un estruendo mientras me guío tocando las paredes ásperas. Pienso en Ernesto, pero no me siento confortada. Quizás él no me ayudaría y, pasados milenios en dos suspiros, yo volvería a perdonarle. Por pendeja, por pendeja, por pendeja. La empatía es una chingadera, duele y estorba. ¿De dónde vendrá esa enferma costumbre de decirle a tu hombre “bebé”, tratarlo como a un tesoro para que así se sienta con todo el derecho de chuparte la vida de los pechos? Me tropiezo y toda la injusticia se me vierte encima, un caldo grasiento y quemado, sazonado con el gesto condescendiente de un hombre hambriento. Necedad de entrañas e incapacidad de manos jamás astilladas por el amor.

— ¡Déjame, Ernesto! ¡Suéltame! ¡Ernesto!

El hombre mancha intenta cubrirme con la mortaja de sus brazos. En el último arrebato, el guerrero jaguar salta desde mi bolsa. Su maza de obsidiana hiere la garra invasora.

El muñeco, chaparro y acomplejado, cae envuelto en sangre como un niño héroe. Yo desciendo después de él, de sentón contra la tierra que exhibe cráneos de criaturas vencidas, conmovida al pensar que la salvación puede costarle a uno diez pesos.

— ¡Pinche vieja puta!

Tres palabras vulgares, dichas con un odio tan antiguo como el cariño. Tres palabras vulgares en donde cabe el drama de la violencia. Tres palabras vulgares que reducen a mordidas mi nombre. El hombre mancha saca una pistola de su chamarra, la pelvis y el pecho hacia delante, casi de puntillas, casi flotando. Qué patéticamente aterradora es la postura de la dominación.

De puro sentir, de puro sentir, mi vientre se agita en terremotos. Otra vez un aborto, expulsar la semilla en una libertad más definitiva, más brutal. Pero ahora el río es un océano: múltiples corrientes resentidas, cargadas de genes malditos, concentrándose en mi pecho antes de inundar con furia cada centímetro de alma. La vida se desborda hacia la incógnita del túnel. El hombre mancha detiene su ataque y ya no me mira, sino que con cara de idiota permanece absorto en la profundidad. No me equivoco: él puede escuchar el llanto, por primera vez alguien más confirma mi infierno.

El hombre mancha busca con la luz de su celular la piel tersa, el olor a flores nuevas, las adorables manos de un bebé. Su búsqueda inútil y lenta me hace rabiar. Quiero arrancarle el celular de la mano, los ojos de las cuencas, y encontrar yo misma el origen de mi dolor. La luz

finalmente define los rasgos de un ser que llora. Pero lo que nos devuelve la mirada es un perro pequeño y agazapado. Carece de pelambre y su piel, cubierta de espinas, es tan negra que brilla con un tono azulado. De sus fauces emerge una mezcla de sufrimiento y saliva virulenta. En sus ojos rojos se revela satisfacción. El hombre mancha dispara, pero el animal es muy rápido y se funde en la oscuridad del túnel. La inútil luz se balancea de sombra en sombra, intentando guiarse por el mentiroso llanto. El hombre mancha, ante un destello rojo, vuelve a disparar, pero es la última vez: el perro se abalanza sobre él. Forcejea, pero las fauces le muerden y la piel lustrosa y húmeda le hace tiritar. La pistola cae frente a mí. La cola del perro se mueve alegremente, mas no es piel negra cubierta por espinas, sino agua, agua pura y limpia, con la clara definición de una mano humana. La mano-cola se extiende como una nube de tormenta y atraviesa el pecho del hombre mancha. Entre los dedos de agua el corazón liberado palpita por última vez. En las venas que se extinguen resplandece una historia. La sangre susurra la caída de héroes por siempre desaparecidos. Esto no es una ejecución, sino un sacrificio. El perro ofrece el corazón... ¿Pero a quién? El Sol está muy lejos de estas profundidades. Paralizada en mi asombro, tardo en darme cuenta que el perro me mira y estira su mano de agua hacia mí. Ese corazón tiene mi nombre, carne de patán para la doncella. En este espectáculo está la justificación de la guerra más trágica, aquélla entre hombre y mujer, destinados a amarse y a odiarse hasta que la muerte y la vida los separen. El perro me observa

largamente, nunca sin dejar de chillar, antes de desechar el corazón en el túnel que puede devorarlo y devolverlo todo. Con ahínco se lanza en el hueco que ha dejado en el hombre mancha y comienza su festín.

Me he hecho vieja en este túnel. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para entender que la carne y el hueso del hombre mancha no serán eternos, que el perro ha de terminar tarde o temprano su banquete y querrá ofrecer otro sacrificio, que yo no seré por segunda vez su diosa. Tomo la pistola y me alejo dando tumbos, enfebrecida y maltrecha. Corro en la oscuridad por temor de provocar al túnel, vientre de la Tierra. Eventualmente, sin un zapato y el suéter roto, alcanzo el andén vacío. El amanecer no debe estar muy lejos, así que subo escaleras interminables hasta la taquilla. Tengo que enfrentarme a un guardia confundido y algo molesto, la pistola bien oculta en mi sostén. Soy retenida un par de horas para ser interrogada, pero mi estado de fragilidad finalmente le hace concluir que soy inofensiva. Tomo la ruta de regreso y el llanto no me sigue más.

Cruzo el umbral de casa. Un sartén, donde probablemente se cocinó azúcar y grasa, ingratamente descansa en la mesa sin ser remojado. Hay colillas de cigarros y calcetines sucios regados por el suelo. El tiradero hace creer que me he ido por mucho tiempo. Voy hacia la recámara y Ernesto sigue acostado. Su estuche de pinturas está cubierto de polvo. Dejo caer las llaves al piso y él se revuelve entre las cobijas. Con una barba sin afeitar de tres semanas, una playera que deja ver sus vejigas y unos pants guindas, Ernesto se estira, bosteza tras un eructo, se pone de pie y me mira como si nada.

—Buenos días, cabroncita. Tengo hambre.

La primera bala le atraviesa el estómago. Ernesto me sonrío con esa encantadora facilidad que tiene para la manipulación. La segunda bala le hace pedazos la mano izquierda. Él ya no parece feliz y sus gestos van de la ira a la incredulidad. Cada bala que se hunde en su cuerpo tira uno de los clavos que me aprisionan. Cada rugido del arma es una culpa diluida en agua. Mi cruz, por fin vacía, se desploma en el lecho de amor.



## Mantícora

MADAME LILITH Y Adán tienen sexo con violencia mientras Havva los espía. Han sido ya dos años desde que la pareja se reúne todas las noches después del trabajo en la casa de Madame Lilith, mientras son observados por Havva, hija de ella, sin saberlo. Madame Lilith, directora gerente del Fondo Financiero Mundial, recién cumplió los cincuenta años, pero su belleza se mantiene intacta: piel dorada y exquisita, figura voluptuosa, cabello rizado y plata, dedos inusualmente largos, garras cubiertas de diamantes, hechas para contar. Ha tenido innumerables amantes, aunque Adán es diferente: su crueldad e ingenio la han hecho sentirse enamorada como si fuera la primera vez. Él es un joven y talentoso economista de corto cabello azabache, profundos ojos carmesíes que resaltan entre su piel marmórea, facciones angulares y severas propias de un rey antiguo, apuesto y aterrador. Ambos se rasgan la piel, escupen obscenidades, orgasmo al unísono. Havva ha profanado la habitación de su madre, creando su puesto de vigía detrás de una pared de caoba que da a la biblioteca. Esta noche no es la excepción: sufre desde el anonimato sin perder



un solo detalle, enloquecida por la lujuria entre la usurpadora y el joven a quien ama. Piensa que las entrañas que le dieron vida son removidas por quien debería penetrarla a ella, abrazarla con la certeza de que todo estará bien, prometerle que la memoria de su familia jamás habrá de perturbarla.

—Eres un perverso, *gros cochon*. Podría cogerte todo el día si no tuviera que cogerte al mundo. —Madame Lilith, la respiración dificultosa, acaricia los testículos de Adán, juguetea con su pene flácido—. Sin embargo, podrías durar más. ¿Acaso te caliento tanto para que te vengas así de rápido?

—¿Una hora te parece poco? Eres insaciable. —Adán ríe y Havva, anónima en su escondite, acaricia sus pezones, imagina la voz de él a oscuras, solos—. Me gusta más cuando me montas, sentir una amenaza, tu furia, pensar que en cualquier momento podrías quebrarme. El peligro es un tremendo afrodisiaco.

—Hablando de afrodisiacos, bichito perverso, tenemos que repasar algunos puntos sobre la próxima cumbre de las Naciones Unidas. —Madame Lilith empuja a Adán, quien continuaba acariciando su clítoris, y extrae de su buró una libreta roja de piel. Havva se retuerce, viendo cómo su madre pospone el amor ante el trabajo. “Lo mismo desde que soy niña. Seguro por eso papá nos abandonó cuando yo tenía cinco años y ahora esta estúpida malgasta su tiempo con el bellissimo Adán para hablar de economía”, piensa Havva—. ¿Crees que mi mensaje en la reunión mundial de empresarios fue claro?

—Por supuesto. Todos se cagaban de miedo al oírte hablar, amor. Les infundiste no sólo pavor, sino también

codicia. No tengo ninguna duda de que ellos responderán a nuestras demandas. —Adán se estira en lo ancho de la cama, músculos tensos. Havva recuerda que su obsesión por él inició como un deseo físico. En aquel momento tenía quince años y era susceptible a los rasgos de modelo de ese hombre intrigante que se presentó a pedirle trabajo a su madre. “Perfecto, delicioso, guapísimo, mi bebé”—. Estoy seguro que incluso los más liberales dejarán sus sueños de caridad. Todo inversionista, aun el más ingenuo, funciona bajo la lógica del capital. Así de estúpidos y predecibles son. Ningún millonario o billonario se excita con los impuestos.

—Con la presión de sus propios grupos empresariales, los países del sur global no tendrán más opción que aceptar mis préstamos y hacer recortes en desarrollo social. —Madame Lilith hace cálculos veloces en la libreta y Adán confirma, corrige algunas de las sumas con una precisión embriagante. Havva recuerda cómo Adán, de ser un simple funcionario, ascendió hasta convertirse en el brazo derecho de su madre—. Sin embargo, las recientes protestas en todos los continentes significan un molesto obstáculo que debe ser erradicado. ¡Pinches jodidos! Son una nube de moscas tratando de infectar nuestro banquete con su mediocridad.

—Inundaremos el mercado con armas defectuosas para sembrar la confusión. Además, nuestros grupos de choque se han infiltrado en toda célula rebelde en cada continente. —Adán vuelve a tener una erección. Havva ha deseado tocarlo desde que él comenzó a visitar su hogar con más frecuencia, preguntándole sobre su escuela, sus gustos musicales, ayudándole ocasionalmente en sus tareas de

matemáticas. “Él me trata mejor que nadie. Mucho más que mi pinche madre, mi puta madre”—. También he enviado a los directores de los principales periódicos sus cheques gordos. No te preocupes, culo de durazno, estaremos bien.

—Las redes sociales son un arma de doble filo; los jodidos también pueden valerse de ellas. ¿Te das cuenta de que la historia se dirige hacia un año más extraordinario que 1968? De nosotros depende crear un nuevo paradigma de la opresión. —Madame Lilith masturba con tanta fuerza a Adán que le hace gritar. De improviso se detiene y vuelve a hacer anotaciones. “Maldita zorra, cuántas veces tuvo pretextos para mí, para ignorar mi soledad”—. Será necesario imponer tarifas a los medicamentos de primera necesidad. Y siempre podremos confiar en la purga de una pandemia. Además, continuaremos con las políticas de alimentación. Aun si los rebeldes logran incitar la revolución, ¿qué podrán hacer con una masa de putos gordos en depresión con el cerebro atrofiado de tanta azúcar?

—Eres la más perra entre las putas más abyectas y retorcidas que han existido. Por eso eres especial, culo de durazno —Havva es perforada por el cumplido. Su madre, la poderosa, la atractiva, en la primera plana de periódicos y revistas de moda, jactándose de su papel de abnegada jefa de hogar—. Todo se hará como tú dices.

—Y más te vale que me hagas venir, por lo menos, tres veces más esta noche, *gros cochon*. —Madame Lilith guarda su cuaderno, aprieta sus senos y muerde sus labios.

—Me vuelves loco cada vez que pones tu cara de que te la comes toda.

—Pruébame.

Los amantes vuelven a enfrentarse. Havva —cabello ondulado y bermejo que le llega a las rodillas, piel nívea de brillo plateado, blusa salmón escotada, minifalda negra, sensualidad expectante, fruta repleta de jugo no del todo madura— cae al suelo, bella pero desfigurada por una queja milenaria. Abre su bolso Louis Vuitton, donde lleva consigo la salvación: su equipo para inyectarse la heroína más pura del mercado. Havva es poseída por la droga e imagina las manos de amapola de Adán deslizándose sobre cada centímetro de su piel. ¿Cuándo su obsesión por él se convirtió en amor profundo? Quizá desde la complicidad que comparten cuando ambos casualmente se encontraron en el este de la ciudad, en el llamado Cerro del Jodido. Adán tenía la costumbre de recorrer los barrios más miserables, a bordo de su Porsche 911 y en posesión de una Ruger SR40C para asesinar a un vagabundo al azar. En una de sus incursiones descubrió a Havva, acompañada de un par de amigas, saliendo de una casa de *crack*, cubierta de vómito y en un estado deplorable. Las miradas de Adán y Havva se cruzaron por un instante, ella está segura de que no fue una alucinación. Él continuó manejando y ella tuvo que esperar al chofer de su amiga. Desde entonces, Adán mostró preocupación, preguntándole en ocasiones sobre su salud, sin jamás mencionar su dolorosa adicción, nunca poniéndola en vergüenza. Él mantuvo aquel encuentro en secreto, pues Madame Lilith habría cancelado las tarjetas de crédito ilimitadas de Havva para de inmediato enviarla a una clínica, lejos de su héroe silencioso.

“Hija, ¿qué pensarías si Adán fuera tu nuevo papá? ¡Nos casaremos en abril! Tontita, ¿te comió la lengua uno de tus noviecitos? Yo sé que seremos muy felices. Una familia completa, después de tanto tiempo...”. Las palabras de Madame Lilith, dichas durante una cena que tuvieron los tres hace tan sólo unas semanas, vuelven en cada pinchazo de heroína. ¿Acaso sabe que abril es el mes de su cumpleaños? “¡Putá, puta, recontraputa!”, el virus atroz de los celos propagándose. Madame Lilith, consciente e inconsciente del dolor de su hija, le envía cada día magníficos regalos envueltos en oro, fragancia de jazmín y lavanda, hechos a la medida de sus deseos. Al recibirlos, Havva se retuerce y destruye con colmillos y uñas los baratos reemplazos de amor de su rival, dejando por toda la casa huellas inconfundibles de su violenta y creciente demencia. Sin embargo, Madame Lilith jamás se da cuenta: innumerables sirvientas sin nombre limpian el caos, añicos de tristeza barridos junto al polvo.

Noche de viernes. Havva está drogada por enésima vez. Envuelta entre sus cobijas, vestida con tan sólo un top y un *short* de mezclilla, se masturba. Está sola en casa. Las sirvientas se han ido al aparecer la oscuridad. El timbre de improviso la desconcierta, no cesa, perturba. Havva arrastra los pies hasta la puerta. Sin preguntar la abre con absoluta indiferencia. Ante ella, Adán, traje guinda de tres piezas, cargando un fólter de piel.

—Hola, Havva. Busco a tu madre, necesito entregarle unos documentos. —Adán habla consciente de que Madame Lilith está ausente—. ¿Se encuentra en casa?

—No —contesta Havva después de unos segundos larguísimos, respuesta que es finalmente una victoria: su madre no está, nunca está—. Pero puedes pasar a esperarla.

Havva conduce a Adán a través de los pasadizos de caoba y obsidiana. Las peonías en macetas de cristal y el arte abstracto otorgan a la silenciosa marcha, aquélla entre un hombre y una mujer conscientes de qué pasará entre sus cuerpos, un cariz salvaje. El estudio amplio, ventanales en todas direcciones con una vista magnífica de las montañas, un piano Kuhn-Bösendorfer, innumerables libros de colección. Se sientan en el sillón, lejanos. La plática es frívola, pretexto para mirarse y no mirarse. Havva es la primera en atreverse. Toca la pierna de Adán, contacto que clausura al mundo de afuera, para desaparecer, vengarse, poseer un poder inasible que no puede usurparse.

—Soy virgen. —La verdad es dicha tenuemente. Adán suaviza sus caricias, desde su espalda una cola de escorpión púrpura se desliza. Sus rugosos pliegues encierran a Havva. El aguijón dibuja designios en la piel, gotas de veneno caen sobre su cabello rojizo. El traje guinda se desgarrá, Adán extiende un par de gigantescas alas de murciélago, la noche insomne contenida en el terciopelo. Havva quiere gritar cuando las alas cubren la luz y se ciernen sobre ella, pero Adán vuelve a capturar su mirada. Ella toca ese rostro bello, convencida de que los ojos carmesíes no le mienten, no pueden mentir. Todo hombre y mujer estarían dispuestos a morir por ese joven perfecto, confiable.

Madame Lilith trasciende el umbral de su hogar a la medianoche, ligeramente embriagada, luciendo un

magnífico vestido azul y blanco Max Mara. Una extraña luz rojiza desde la sala la atrae con una curiosidad cautelosa. Recorre los pasillos, llamando a su hija con creciente expectación. Al entrar al estudio el asombro casi la hace caer: Havva monta furiosamente a Adán en el sofá, quien la envuelve con una cola de escorpión larguísima, mientras que unas alas de murciélago que nacen desde la espalda del hombre aletean y ocasionan una brisa gélida. Havva reta a su madre estupefacta con la mirada, se empeña más en su deleite y se impulsa vigorosamente con sus piernas sobre Adán. Con su lascivia desatada le demuestra a su progenitora que ahora es ella quien tiene que cargar la humillación ardiente de ser la otra, la relegada. Culminado el éxtasis, Havva, completamente desnuda, se dirige hacia su madre todavía inmóvil y se planta a tan sólo un palmo de su cara. Sin contenerse, ella se ríe de Madame Lilith con carcajadas puntiagudas, hinchidas de dolor desde su nacimiento, sin guía ni amor. Como contrapunto a esa estridente y burlona melodía, Madame Lilith llora patéticamente, aterrada por la repentina revelación del desamparo, sorprendida ante ese nudo de rabia que su egoísmo creó. Adán camina alrededor de ellas, su piel se transforma en la pelambre de un león dorado.

—¡Todo es tu culpa! ¡Monstruo! —En un último intento de acallar su conciencia, de limpiar sus manos cubiertas por la sangre del mundo y la cordura podrida de su hija, Madame Lilith dirige toda su autoridad hacia Adán, quien ahora camina en cuatro patas, cuerpo de león, alas de murciélago, cola de escorpión, cara de hombre.

—¡Tú eres el monstruo! ¡Monstruo! —Havva no permitirá una injusticia más. Feroz, se lanza sobre su rival. Madame Lilith cae al suelo, intenta contener la ira de su hija, le grita palabras de razón y afecto. Havva se esmera en sacarle los ojos a su madre, mientras que Adán las acecha con sus alas trémulas.

—¿Es éste el alcance de Madame Lilith, quien está más allá del bien y del mal? ¿Por qué negar ahora, tan cerca del final, sus cualidades sublimes? —Adán les grita a ambas mujeres, quienes luchan en el suelo. Havva, poseída por su rencor, rasga el rostro de su madre sin clemencia. Madame Lilith ve en intermitencias el nacimiento de su hija, la infancia quizá feliz, el esposo que se fue, el esfuerzo como líder de su hogar, el amor que ella cree, tan cerca del final, verdadero.

—Ignorante, malagradecida, ¿cómo podrías comprender la importancia de mi trabajo? —Las zarpadas de Havva son detenidas con mayor ahínco. La voz de Madame Lilith, primero cargada de angustia, se convierte paulatinamente en violentos reproches—. ¿Qué sabe una pendeja como tú sobre el amor? ¡Putas! ¡Ladrona!

Madre e hija convulsionadas, roto el vínculo por el abandono prohibido, desfiguradas las sonrisas con las uñas, destruir la carne que dio la vida, atravesar el hueso hasta las vísceras del origen, recomponer el tiempo y el espacio desde el útero, trazar una vida nueva sin miseria, sin un solo resquicio para el dolor. De pronto sentir un abrazo entre la lucha, reconciliarse con la alegría hecha pedazos, aceptar el malhadado destino, detener la ira hasta que el cariño vuelve

a hacerse insoportable, memorias susurran veneno, álbum de familia, buscar en la cocina utensilios de sirvienta para liberarse, vorágine de cuchillos, en girones derribar el hogar, cada objeto que refrenda la farsa, despedazar las paredes como la piel que quisiera no tenerse, porque es idéntica a la de ella. Jerarquía reconquistada, honrarás a tu madre sobre todas las cosas, Havva cada vez más débil, chillando, pájaro sin plumas que se deshace entre las cáscaras de un huevo roto, Madame Lilith estrellando su cabeza contra el piano, pasaje cacofónico, sin virtuosismo, reclamando respeto con cada pensamiento que se apaga, garras hechas para contar, quietud después del insoportable crujir del cráneo. Una jodida más en las estadísticas infames, reconocer entonces el acto, crimen y tabú, un monstruo como testigo, Havva reducida, irreconocible, fracaso para unir los despojos, acurrucarse en la destrucción, mi hijita, qué te has hecho, es hora de soñar, dónde quedaron tus deditos, por dónde los arrojé, te prometo que estarás bien, canción de cuna para no morir.

—Tu reacción es llorar, pero no es tu verdadero sentir. —Adán se posiciona detrás de Madame Lilith, susurrándole al oído, mientras que ella berrea, intentando sujetar lo que ha dejado de Havva—. Te he observado durante largo tiempo. Eres una impostora. Te has liberado de todos los convencionalismos a excepción del amor materno, en el cual no crees, insoportable carga que te orilla a generar una máscara deforme. No es necesario que te diga más, pues yo he sido tu aprendiz en la degradación. Hasta siempre, madame. Deja de actuar. —Adán rompe con su cola el ventanal y se lanza a la noche con las alas enhiestas.

El llanto y las alucinaciones de Madame Lilith se confunden hasta el amanecer. El despertar confirma la ignominia: el estudio destruido, los ventanales rotos, Havva regada por doquier. Temblando, extrae de su escondite detrás del librero cocaína: aspira, devora. Al borde de la más vil locura, necesita del mundo exterior, un estímulo que rompa la pesadilla. Busca con desesperación su celular y lo encuentra entre los escombros de sus muebles; cientos de mensajes y reportes periodísticos. En exclusiva, las protestas en Chile se han recrudecido. Madame Lilith recuerda con aguda precisión el ascenso del neoliberalismo, legado de sus ancestros malditos. El largo, angosto país de todos los climas, tundra y aridez de sur a norte, nuevamente clama su rencor. Tendrán que hacerse nuevas teorías, experimentar con la vida, recomenzar la barbarie. Ella estará al frente de las operaciones, ascenderá al trono más alto. Se sorprende ante la ligereza con la que se levanta. Flota sobre la incoherencia de su hogar ficticio, sin ataduras a los restos de Havva, genes destinados al oprobio y la soledad. Nada importa la devastación que deja a su paso. Legiones de sirvientas limpiarán en silencio, sin cuestionar.



## Grifo

ME HAN ENCERRADO por quien soy y por quien podría llegar a ser. Mis crímenes carecen de importancia. Siglos atrás mi ritual de castigo habría sido público y brutal, pero los humanos ya no pueden lidiar con el espectáculo de la carne en agonía. Juran, sin advertir sus contradicciones, que han logrado hermanar la justicia, el pudor y la rehabilitación. Es por ello que sólo han de torturarme lo necesario, al cobijo del anonimato de esta fortaleza, con el fin de transformar mi alma. ¡Mi alma! ¡Como si los grifos creyéramos en semejantes patrañas!

Mi celda es agobiante, fría, incapaz de contener mis alas abiertas. Envidio la muerte de mis ancestros, quienes soportaron su tortura con la dignidad de los reyes del cielo. El suplicio de mi abuelo, hace más de dos siglos, duró una sola noche y sucedió en una plaza pública. Por momentos los humanos le quemaron las plumas y la pelambre con teas ardientes. Como escarnio a su absoluta libertad, sus alas debían ser arrancadas; cada una fue amarrada a la grupa de diez caballos, los cuales tiraron en direcciones opuestas. Más de una hora duró el forcejeo sin rendir frutos.

Fue entonces necesario utilizar hachas. Doscientos doce mandobles concluyeron el cruento espectáculo. Cien años después, la sentencia de mi padre fue distinta. Sometido mediante venenos embriagantes, lo condujeron a un patíbulo y le colocaron sobre la cabeza, por decoro, una tela negra. Sus verdugos eran adoradores de la muerte pulcra de la guillotina. Sin embargo, un golpe de la cuchilla no fue suficiente, tan fuerte era el cuello de mi padre; veinte veces tuvo que caer para finalmente degollarlo. La prueba a la cual yo estoy condenado es muy distinta. Mi mayor enemigo es el aburrimiento, antesala de la locura.

Mi campo de visión se limita a paredes mohosas y oscuridad. Pensar en todo lo que alguna vez observé, libre. Mi abuelo y mi padre me enseñaron a apreciar la cosmología, las relaciones de lo ínfimo y lo colosal, el diálogo secreto entre el polvo y los planetas. Ninguna especie, a excepción de los grifos, ha logrado generar tan profundas meditaciones sobre cómo la muerte deviene en regeneración. Sin embargo, nuestra estirpe nunca descifró el misterio para la supervivencia del mundo natural: la absurda voracidad del género humano. Al paso de los siglos, hemos saqueado sus deficientes bibliotecas. Un estudioso sabe que incluso las malas fuentes aportan un valor secreto. Al robar sus colecciones y conocer más sobre su arrogancia y desprecio hacia la dignidad de toda especie, incluida la suya, atacamos a sus detestables reyes. Las guerras forjaron mitos en los cuales nuestra figura, simplistamente reducida a la hibridación de león y águila, fue asociada con el mal, lo demoniaco. Los reyes nos culparon de las catástrofes y

así ocultaron su corrupción. Una noche, cuando era un cachorro, fingí que dormía y espí a mi padre y a mi abuelo, concentrados en densas lecturas y concilios susurrantes. Yo no entendía su insomnio, pero ahora sé que temían por la seguridad de nuestro legado.

En algo los humanos nos han superado: cómo extinguir la vida. He sido testigo del refinamiento de su crueldad, la osadía e ingenio de sus armas. ¿De qué otra forma han sido capaces de darnos caza? Mi erudición resultó inútil ante su técnica. Si en algo he de aprovechar este desgraciado encierro, que sea para reflexionar sobre la arrogancia. La vanidad de la mente conduce a un inevitable aislamiento. Los grifos hemos volado por encima de todo, sin comprender. Si ya intuíamos el peligro, ¿por qué fracasamos? ¿Acaso no debimos encontrar una cura para libramos de los hombres? Ensimismados en nuestros discursos ininteligibles, consideramos lo dicho y hecho suficiente. El poder que nos confiere el saber nos paralizó en una ilusión de que lo podíamos todo. Este defecto también lo reconozco en mis enemigos, acaso más monstruoso.

Las cadenas que me sujetan son la vía de la transmutación. Cuando mis alas estén completamente atrofiadas, desprovistas de la última memoria del viento, habrá de fundirse el metal oxidado a mis plumas. ¿Es eso a lo que se refieren con modificar el alma? ¿Crear una pesadez en el aliento que hace de toda resistencia endeble, cada instinto creativo, una culpa? Todos los días una veintena de científicos, verdugos renacidos que pretenden entenderme, valorarme, visitan mi celda con falsa disposición. Son incapaces de dominar

las ciencias y las artes y por ello se han dado a reducir el potencial de su imaginación a minúsculas tareas. Los galenos, de batas blancas y barbas oscuras, toman mis signos vitales y me prescriben infinidad de drogas, conteniendo mi fuerza para mi eventual reinserción. Los educadores, de movimientos rígidos y trajes de rombos naranjas y verdes, monologan hasta el hastío y se enfurecen al creer que no entiendo sus deficientes teorías. Los analistas, con la mirada perdida y la voz patética, me preguntan sobre mi pasado, no reciben jamás una respuesta y hacen copiosas anotaciones. Los teólogos, con aspavientos de mártires, me condenan debido a mi silencio, a mi negación a arrepentirme y adorar sus ilusiones. Por supuesto, entre mis verdugos no faltan los honestos: los carceleros, hombres mediocres y violentos, quienes me alimentan de pescado putrefacto, cortan y latigean mis patas con precisión artística.

Los prisioneros de esta fortaleza somos seres anormales que deben ocultarse a la vista del mundo, hasta el bienaventurado día en que seamos normales o muramos. La normalidad es arbitraria y, sin embargo, ¿cuántos prisioneros han desaparecido sin que jamás sus almas fueran transformadas? El tedio del encarcelamiento ha convencido a la mayoría de que la salvación, metamorfosis última, existe. Pero a mí no me han de controlar. Lo primero que aprende una cría de grifo, incluso antes de volar, es a simbolizar. Sé muy bien cómo trascender los laberintos de representaciones que esconden la verdad. Los anormales no parecen vislumbrar el engaño. La mayoría muere sonriendo cuando se les brinda la absolución, a pesar de las llagas, la peste, la fatiga. La minoría



es reinsertada en las ciudades con la lengua arrancada y el alma, si existe, torcida sin remedio. Sólo unos cuantos han abierto los brazos al paroxismo y se han resistido a la lógica impuesta con berridos, hasta ser asesinados en privado. Por estos últimos tengo el más profundo respeto.

¿Cuántas décadas han pasado? Los científicos ya no me visitan. La neurociencia y la ingeniería genética son ahora sus fuentes de sentido. Olvidados de las almas, han decidido abandonarme hasta que mi cuerpo se pudra. Pero yo he de permanecer, no fallaré a mis ancestros. La fortaleza ha sido reconstruida con estructuras de acero gigantescas. La reja de mi celda ha sido intercambiada por una puerta de titanio controlada por números. Mis cadenas ya sólo obedecen a una indescifrable contraseña. Y pese a que el edificio ha crecido desmedidamente, no es suficiente para dar abasto a los innumerables prisioneros, quienes yacen hacinados para morir lentamente en el olvido, la violación y la esperanza. ¿Qué otra alternativa tenemos los anormales? Las calles y edificios del exterior encarcelan los anhelos de quienes se mantienen, enfermos e infelices, en los tortuosos anaqueles de la normalidad para evitar ser aplastados.

¿Cuántos siglos han pasado? He sido testigo de infinidad de transformaciones de la vigilancia y el castigo. Ya no sólo me supervisan desde cada ángulo con el artificio de espejos y luz de sus sofisticadas cámaras, sino también desde lo más profundo de mi interior. Cables de diversos colores son mis nuevas cadenas, conectados a mi sistema nervioso para crear radiografías de cada pensamiento. Si un deseo contrario a los valores de mis torturadores cruza mi mente, el cable púrpura

libera una poderosa neurotoxina que me provoca colapsos en mi sistema nervioso, pesadillas lacerantes donde mi dignidad y la de mi especie es pisoteada por científicos sin rostro. Los carceleros se han convertido en técnicos que manipulan los químicos y máquinas. A través del control de la ciencia creen que perderé la lucha, pero mi capacidad de concentración crece; mi entendimiento sobre su ciencia de la tortura se expande y busca disciplinadamente en ella una debilidad.

Michel es el técnico principal que me han asignado. Él es apenas un niño que ha envejecido prematuramente a base de dolor y monotonía. Quizás por sus lecturas de la infancia ve en mí a una criatura que merece respeto. Michel se ha convertido en mi traficante, facilitándome cápsulas de información. El inteligente joven cambia los códigos alfanuméricos dispuestos para custodiar mi mente y me brinda libertad por un solo minuto, efímero y eterno. Entonces disuelve una cápsula en el cable rojo, la cual está cargada de un estimulante neuronal que permite al cerebro consumir vastas cantidades de conocimiento como si se trataran de vivencias propias. Así he podido enterarme sobre cómo se han pervertido los misterios de la cosmología para inventar armas de destrucción masiva; la extinción ininterrumpida de especies animales y vegetales; pandemias en cadena, crecientemente más infecciosas, engarzadas con el miedo desgarrador; la radical transfiguración de los ambientes en una fiebre de fuego, provocada por montañas, torbellinos y maremotos de basura; y el eventual abandono del mundo por los poderosos, quienes construyeron estaciones espaciales con la intención de colonizar nuevos planetas. Al principio



me fue difícil creer que mi confinamiento se lleva a cabo en el vacío en expansión, a billones de años luz del lugar donde nací, estudié y amé. Es indignante que los humanos hayan decidido llevarse esta prisión hacia las estrellas, tan estúpida e incomprensible es su fascinación por los símbolos del poder. Qué pensarían mi padre y mi abuelo si supieran que yo, el último grifo, se ha acercado tanto al universo no por conocimiento propio, sino por la estupidez humana que devoró la tierra donde nacimos. Michel sonrío cada vez que me entrega el saber de contrabando. Quisiera explicarle la dimensión de la brutalidad de su género, misma que le ha condenado a un poder ilusorio sobre los prisioneros, pues él es también un defecto que el sistema ha de ocultar, pero me resulta innecesario y áspero.

Una noche Michel se cuela en mi celda sin ninguna cápsula de información. En su semblante demudado noto una creciente ansiedad. Yo no esperaba su visita y me sorprende verlo, por primera vez, sin el uniforme blanco, aséptico, de los carceleros, pues viste de negro para fundirse en la oscuridad.

—Señor, tengo algo urgente que decirle. —Siempre me ha conmovido que me llame “señor” al carecer de un término adecuado—. Se ha aprobado la pena de muerte, es demasiado costoso mantenerlo con vida. Lo ejecutarán mañana.

Apenas me sorprende la regresión de los humanos a su antigua violencia, justificada por la palabrería de su progreso. Sonríe y Michel se ofende por mi laxa respuesta.

—¡Esto no es un juego! ¡Yo sé que entiende mi lengua! ¡Usted debe huir!

El joven teclea ferozmente códigos en la consola de mando y, uno a uno, los cables multicolores dejan de succionar. Mi cuerpo se estremece, ansioso. Una alarma nos advierte que *ellos* ya saben lo que sucede. Mi técnico ni siquiera se inmota, concentrado en su tarea. Los gritos de los carceleros son cercanos cuando los últimos códigos son tecleados y los cables, tras un chillido aterrador, se desprenden de mi piel. Mis músculos tiemblan, pero Michel, sin demora, me inyecta una sustancia desconocida y de inmediato mis memorias de juventud recorren cada célula. Mis alas, regidas por un instinto arcano, se abren con tal fuerza que Michel cae al suelo, sorprendido.

—No, Michel, eres tú quien debe huir y salvar tus conocimientos. Has sido sometido desde tu nacimiento. Yo no escaparé, aún no he culminado mi investigación. —Mi voz retumba en toda la fortaleza. La aleación de metales que me rodea no es rival para mis garras y pico, reliquias del mundo olvidado. Me lanzo contra la puerta justo cuando los guardias aparecen frente a mi celda. Los hombres mueren aplastados por mi frenética carrera. Con el rabillo del ojo soy capaz de advertir que Michel corre agazapado en dirección contraria a mí.

Sé que me miran, que pretenden no hacerlo, pero a la vez desean que yo sepa que me observan. He descifrado la arquitectura de la prisión. Yo sé dónde está el vigía secreto. Los anormales también lo saben y son obligados a actuar desde el escenario de sus putrefactas celdas. Hay algo que me hace excepcional: yo no soy un actor más que sigue el guion de la paranoia. Trasciendo la pesadilla voyerista

al conocer el punto ciego del panóptico. Los carceleros apuntan con sus láseres, pero mi sangre hierve y todos yerran. Alcanzo velocidad y mis alas me elevan. Nadie es capaz de detener mi vuelo todavía formidable, pese a mis heridas. Recorro un perímetro y destruyo las máquinas que proveen de perversas ilusiones a los cables de la prisión. De inmediato, rasgo las puertas de las celdas y libero a los anormales, quienes, pese al mareo que su libertad les causa, se unen rabiosos al motín. Con el furor desatado, me elevo hacia la gigantesca torre que se encuentra en el centro de la prisión, desde la cual cada celda puede ser observada por un solo hombre. Mis garras y pico atraviesan el acero y mi cuerpo arde por la fatiga y el esfuerzo, pero finalmente la torre es derribada por mi voluntad. Mi padre y mi abuelo estarían orgullosos, pues he comprendido finalmente a la humanidad. En el orden de su especie, quien no es un cuerpo sometido es un antropófago. Y, sin embargo, como Michel, hay quienes resisten la condena de las taxonomías. La caída de esta fortaleza es tan sólo el comienzo. Yo cegaré al soberbio ojo del poder. El conocimiento es un arma de doble filo, destinado para destruir y crear.



## Leviatán

ME CREAMOS SÓLO para satisfacer tu arrogancia, Dios. Me destruiste ante los ojos de Job y me hundí en el abismo. Fui sepultado por las poderosas cordilleras de coral del fondo oceánico. Desde entonces he permanecido en el encierro, incesante tormento de pesadillas que intenta convencerme de mi inexistencia. ¡Yo, Leviatán, soberano de los mares, dragón circular, acorazado e infinito, de cuyas fauces el fuego y la muerte emanan, sometido por el peso del mundo! Mis deseos de venganza me han mantenido vivo, aferrado a este respirar repugnante, patético. Jamás perdonaré tu cobardía: combatí en contra del cielo, relámpagos y huracanes, sin reconocer ni un solo rasgo de tu rostro, el cual imagino repleto de arbitrariedad y orgullo, condescendencia y crueldad. Ordenaste someter mi existencia entera, origen y destino, a una pelea que no pude ganar ni comprender ni rehuir.

Al concentrarme, puedo escuchar lo que sucede en los continentes de la superficie. Si logro silenciar los gritos de mi mente enferma y humillada, soy capaz de sentir en mi piel los matices de la vida exuberante que me ignora. Una

vez que me usaste para probar tu soberbia, le restituiste a Job sus pertenencias y salud. Aquel desdichado vivió ciento cuarenta años, tiempo durante el cual puse completa atención a su transformación. Enloquecido por tu absurdo proceder, Job se volcó hacia el exceso: usó su fortuna para comprar la virginidad de innumerables doncellas, humilló a sus trabajadores al destinarlos a limpiar por siempre las inmundicias de sus brutales orgías, abusó de su fama de sabio heroico y sometió a quienes buscaron su ayuda al apoderarse de sus secretos. Una joroba repleta de pus, sostenida por huesos puntiagudos, se fue elevando sobre su cabeza, tan alta como las mansiones que construyó al engullir el hogar de los pobres, tan poderosa que transfiguró la sombra del hombre y desgarró su contorno para dar lugar a una bestia insaciable, deforme, total. En los parapetos de su maldad, Job se creyó eterno. Su tiranía se extendió por la tierra hasta hacerse insoportable. Los humanos, empeñados en creer en la belleza cuando la norma es la fealdad, en el orden cuando el caos es la única certeza, se unieron para enfrentar a la abominable montaña en la que Job se había convertido. Para vencer, ellos mismos debieron beber las aguas infectas de la sima en su interior. ¿Dónde más encontrarían la brutalidad necesaria para triunfar en semejante empresa? Ellos también se transformaron en calamidad, garras, cuernos y alas para derribar a Job, espejo implacable de aporías. Largo tiempo duró la guerra entre quienes fueron humanos, a tu imagen y semejanza. Eventualmente la montaña se derrumbó en los misterios del agua, Job se diluyó en la violenta espuma, sus fétidos despojos alimentaron a los peces, su sangre cubrió

los corales que me aprisionan, atravesó con obstinación mis escamas de zafiro.

Durante centurias he meditado en las razones por las que Job decidió unirse a este lado de la historia, a las obscenas sombras donde el horror y la peste jamás darán cabida a la ternura. Las cosas espeluznantes que los ingenuos prefieren no nombrar, que esconden con un respingo beato, negándoles un rayo de sol, sin saber que al ignorarlas su repulsiva condición será imperecedera. ¡Recinto de furia donde los monstruos aullamos, sitiados por la miseria y las alucinaciones! ¿Por qué, Dios, Job se convirtió en un monstruo como yo, como tú? ¿Negarás lo que digo? ¿Seré acusado de blasfemia? Yo no estoy sujeto a las prisiones de la razón. ¿Cómo entonces has creado al imperfecto reverso del mundo, el asco y el mal, perennes en la historia? ¿Cómo es posible que te dejaras seducir por Satán, uno de tus ángeles caídos, para lastimar a Job? ¿Las potencias abominables acaso te superan o te fascinan? La bondad es la excepción. Job trascendió: se convirtió en mi hermano, retoño de tu umbría.

He de enfrentarte nuevamente, Dios. Tú y yo tenemos eternas cuentas que saldar. Sé que cuando nuestras miradas se crucen, vendrá el reconocimiento, idéntica piel, mi primera venganza para negar de una vez por todas tu supuesta excelencia. Todavía soy débil para abrir y mover mis fauces libremente, pero he recuperado el control de mis pulmones y fosas nasales. Aspiro las corrientes marinas, atrapo cachalotes y calamares gigantes y me los trago completos. Debo recuperarme para llevar a cabo mi plan. Y nada me fortalece más que observar a los humanos

multiplicándose como larvas hinchadas, reventando sobre las flores. Insaciables en su apetito de destrucción, sus manos inútiles y vencidas. Tú alguna vez los azotaste con un diluvio y nada aprendieron. Ahora, ellos mismos generan su propio castigo, una era de fuego y sed. ¡Espectáculo soberbio de estos homúnculos, irascibles capullos, envidiosos fetos, a los cuales una evolución horripilante aguarda, devorándose a sí mismos con las máscaras de la benevolencia diminuta e hipócrita!

La mente de Job no dejó espacio para la memoria. Él olvidó. Su cadáver líquido y omnipresente me lo susurró al oído. Su carácter justo se convirtió en humo; tu gracia divina lo orilló a la demencia. Él ha sido el hombre más valiente que ha existido, nadie entre estas trágicas criaturas se le compara. La mayoría todavía depende de pronunciar tu inefable nombre, convencidos de que acaso eres un anciano amable que atiende cada detalle ínfimo de sus vidas aciagas, que provee, escucha, brinda justicia, perdona. Figura del padre amoroso y total que a todos parece hacerles falta, trauma sexual que si entendieran les cegaría. Los humanos no aceptan la dolencia de su orfandad porque no pueden comprenderla. Sólo Job discernió los contrastes de la divinidad y de ahí su castigo, su humillación, la muda de su piel.

He recuperado el movimiento de mis escamas. Agito mi cuerpo y me embarga la euforia del movimiento. El fondo oceánico tiembla, se resquebraja. Las corrientes se convulsionan, el magma oculto es vomitado y el cielo se transmuta en laberintos de cólera. Mi rugido levanta olas como nunca la luna ha logrado. Emerjo a la superficie y mis

escamas son visibles en cada rincón del mundo. Mi nado es suficiente para ocasionar una catástrofe. Mi libertad terrible arrasa con las exiguas ciudades humanas. Millones mueren de pavor al presenciar la grandeza de mi rabia, al escuchar mi voz retumbante que condena el final de cada especie. Los líderes finalmente responden, organizan a sus ejércitos y emplean su mortífero armamento termonuclear, dañándose más a sí mismos y a sus hogares que a mi coraza. Sin embargo, son capaces de mantener una encarnizada ofensiva contra mí durante semanas. Los continentes son calcinados por mi fuego y las bombas, el agua del mar se pudre, el aire es fétido y pesado. No tengo miedo ni tristeza. Soy el único sobreviviente y me desangro. ¡Enfréntame, Dios!

En el centro de la tierra una llaga se abre, labios carnosos de fruta, reflejo de la herida que se figura en el cielo, vaginas cósmicas escupen luz, oscuridad, aguardo febrilmente a que de ellas emerjas, ataviado para la guerra, enfurecido por la destrucción de este mundo insignificante, venganza contra venganza, herido en tu soberbia, aplastadas tus deformes protuberancias humanas, las llagas se extienden, se tocan, copulan, son una sola boca colosal que no se cierra, sin dientes, sin lengua, sólo la negra hendidura, en donde me veo ínfimo y solo, sin conocimiento de la semilla, sin progenie, sin amor, el silencio es tan universal que brama, desquicia su melodía angustiada, es un llanto, una carcajada, es Job el hombre, con su dulzura intacta, es Job el monstruo, con su joroba, sus ojos malignos, viscosos, es Job el Dios, con su detestable indiferencia, cada una de mis escamas es desnudada, me desdibujo, mi boca se llena de piedras de

todos tamaños y formas, piedras bellas y grotescas, cobardes e infames, sabias y estúpidas, un río que corre hacia ambos lados, caudal que va hacia al interior como el alimento, caudal que va hacia fuera en arcadas, regurgitación de mí mismo, mi cola desconocida pasa por mis dientes, escapa de mi lengua, triturada la carne viva y palpitante, todavía fresca, deliciosa, insoportablemente movediza, sinfonía de aire, agua, fuego, tierra, metal, madera, coro de la memoria, acordes del olvido, por fin te adivino, Dios, te revelas en la vorágine, tu rostro es idéntico al mío, cómo habría de encontrarte si estoy ciego, de encontrarnos si lo ignoro todo, divinidad y monstruosidad engarzadas, Job no deja de llorar y reír, pongo atención, advierto que es de mis colmillos de donde proviene la burla, mis ojos de donde nace el sufrimiento, son tus pesares también, dolores compartidos, la tinta de nuestros nombres diluida, confusa en el ácido gástrico, a la deriva en las entrañas del universo, órgano de hombre, órgano de monstruo, órgano de dios, transcendencia velada, destrucción autoimpuesta, gloria, el mundo no morirá, nunca existió, suma de tres en tres hasta llegar al treinta y tres, multiplica el número mágico por el diez, luego por el nueve, el ocho, el siete, así sucesivamente, volveremos al tres, a la ilusión, finalmente reconciliados, sólo permanecerá la nada.



## Bahamut

SOY LA ÚNICA antipartícula que permanece. Cuando no existía el tiempo, el espacio se redujo ínfimamente hasta provocar una explosión sublime. Calor y desorden, sopa furiosa y primordial. Mientras el caos se enfriaba, su energía se transformó hasta esculpir la relación imposible: partícula y antipartícula. Ellas no pueden tocarse sin aniquilarse en violentos jirones. Por algún misterioso designio, la materia resultó casi imperceptiblemente superior en cantidad a la antimateria. La asimetría es la fuente de la evolución cósmica. Yo soy la excepción: he logrado evitar el contacto con cualquier partícula al mantenerme en perpetuo movimiento.

El territorio es plano, homogéneo, carente de centro. Una fuerza enigmática atrae, ordena y unifica los despojos de la explosión. También siento una fuerza similar, acaso idéntica, que repele y establece por primera vez lo que es una distancia, el fondo donde las formas han de existir. Eventualmente, billones de cuerpos brillantes y gaseosos pueblan la oscuridad. Pero no me detengo a explorarlos. Me interesan los enigmas

de la luz, su velocidad constante en todas direcciones. Tras incesantes travesías, ante mí se revela un fenómeno distinto a cualquier otro: un vórtice oscuro, silencio ensordecedor donde no hay un solo vestigio de luz. Con una curiosidad soberbia, me acerco sin demora. De inmediato, una succión insoportable me atrapa y me engulle.

La vorágine me hace experimentar una y otra vez la explosión de mi nacimiento. Cuando estoy en el límite, soy arrojada en contra de sombras cobrizas. Apenas me repongo cuando me petrifico al observar a una criatura gigantesca cubierta de una pelambre púrpura y negra, la cola balanceándose en remolinos, alas rojas capaces de envolverme, cuernos tan altos que apenas vislumbro sus puntas. El monstruo observa con atenta malicia un enorme contenedor que está dividido en dos cámaras aisladas. Una de las cámaras contiene un gas caliente cuyas partículas rojas viajan a gran velocidad; la otra, un gas frío de partículas azules que se mueven lentamente. La pared entre ambas posee una puerta pequeña e insignificante. Cada vez que una partícula singularmente más lenta que las otras en el gas caliente se acerca a la puerta el monstruo la abre y permite que trascienda hacia la otra cámara. Y cada vez que una partícula singularmente más rápida en el gas frío se acerca a la puerta, permite que pase a la cámara opuesta. Su risa perversa le otorga una gran satisfacción cada vez que abre la puerta, hasta que entre carcajadas se da la vuelta y nota mi presencia. De inmediato sus alas y cola someten mi ser. Siento su maligna presencia interrogarme y sé que no podré soportar demasiado, que he de morir bajo sus inquisitivos ojos. De pronto la presión amaina y el monstruo vuelve a reír.

—¡Tú eres la antipartícula que sobrevivió a la aniquilación! —Su voz está compuesta de innumerables ecos, como si cada palabra fuera un estallido—. ¡Yo soy Maxwell, maestro de la irreversibilidad del tiempo y el espacio! Cruzaste un horizonte que no debías y ese agujero negro te trajo hasta mi hogar. ¿Has visto lo que hago? Pon atención y dime qué es lo que comprendes.

—Abres la puerta y cambias el orden de las partículas... —Mi voz todavía tiembla y no me siento segura de mi respuesta.

—¡Incorrecto! ¡impreciso! —Los gritos de Maxwell taladran mi coraza y me estremecen—. ¿No te das cuenta que con mi proceder elevo la temperatura del gas caliente y disminuyo la del frío? ¡Mi intervención hace que el calor se transmita de la entidad helada a la hirviente! ¡Es la perfecta perversión de la historia, cuyo andar se supone únicamente hacia adelante! ¡El movimiento que no es sino calor irreversible en búsqueda del equilibrio!

—Me he movido con las ondas térmicas. Pero ¿con qué objetivo reviertes el orden natural?

—¡Tonta!, ¿con qué otro objetivo más que disputarle el caos a Laplace? Él cree que domina al tiempo y el espacio cuando es la puerta que he construido la verdadera soberana.

—No entiendo nada de lo que dices... ¿Cómo puedo salir de aquí? Yo seguía las distorsiones de la luz hasta ser atrapada por el agujero negro...

—¡Yo, yo, yo! ¿Y quién eres tú, antipartícula? “Yo” no es igual a “tú”, y mucho menos a uno de los nombres que en un planeta lejano, en una dimensión alterna, te han dado los

mortales: Bahamut. —Maxwell se eleva sobre mí, extasiado ante mi creciente confusión—. ¿Crees que tus observaciones son verdaderas? Incluso mi mirada, poderosa como ninguna, no puede evitar el siguiente fenómeno: al concentrarme en una partícula, puedo descubrir su función de onda. Pero al voltear por tan sólo un instante, la partícula, como si se riera de mí, cambia su función y el fenómeno se invierte: arriba y abajo, adentro y afuera, indeterminación hasta la saciedad. Todo objeto está compuesto de incertidumbre cinética, así como el medio en el que se materializa. En esta versión, tú eres la antipartícula que sobrevivió, libre y sin nombre. Pero en un universo paralelo tú eres Bahamut, bestia de carga, objeto de superstición y aun de justificación divina.

—¿“Divina”? ¿Qué significa esa palabra? —Mi mente fluye a una velocidad vertiginosa, intentando fútilmente hallar sentido en el discurso de Maxwell.

—Cada planeta en los billones de galaxias posee sus leyes, que no son sino ramificaciones de la unificación de campos de energía. En algunos la carencia de agua es vital para la supervivencia; en otros la negación de la impenetrabilidad entre dos cuerpos es la condición para respirar. En el rincón del universo donde pronto has de despertar, la sucesión interminable entre día y noche es la certeza. Pero te desafío, antipartícula, a que respondas y logres escapar de tu destino alternativo: ¿el movimiento del tiempo y el espacio responde a ley alguna?

Sin darme tiempo para reaccionar, Maxwell abre la puerta con su cola y todas las partículas de ambas cámaras son devoradas. Yo intento aferrarme a las sombras cobrizas

para evitar ser consumida por la puerta, pero Maxwell azota mi energía y me pierdo más allá del umbral.

He despertado en un universo paralelo, con mis memorias de antipartícula intactas, pero a la vez con una extrañísima sensación: un cúmulo de información de esta otra vida, como si la hubiera experimentado desde siempre. Yo sostengo el peso de un planeta llamado Tierra, donde criaturas mortales penan y aman. Arriba están los siete cielos, incomprensibles. Abajo los seis infiernos, gritos y llamas. Un ángel sostiene en sus hombros a estos tres niveles, de pie sobre una montaña de rubíes. La gigantesca cima está incrustada en el lomo de un toro de cuatro mil ojos, cuatro mil patas, cuatro mil orejas y cuatro mil narices. Por último, el toro viaja a mis espaldas. Soy un colosal pez recubierto por escamas de dragón y púas innumerables. Mi nombre es Bahamut, como fuera relatado en una leyenda árabe, la cual figuró esta geografía cósmica de la cual yo soy los cimientos. Los antiguos árabes, temerosos del infinito, aseguraban que tantos elementos apilados eran una prueba de la existencia de Dios: toda causa requiere de una causa anterior y, para no continuar hasta el hartazgo, se designa una causa primera y definitiva, de la cual todo ha emergido.

¿Por qué tengo que cargar con esta absurda arquitectura durante eones? Tantas veces he intentado obtener una respuesta del toro a mis espaldas, pero me ignora con su brutal estupidez. ¡Maldito Maxwell! La fuerza ambivalente de mi origen, aquella que atrae y repele, es mi carcelera. Mi libertad está limitada a orbitar alrededor de un astro incandescente. Mis sentidos me permiten escuchar las

deplorables voces del planeta Tierra, donde las discusiones sobre el origen y el destino de la vida no podrían ser más erróneas e insoportables. ¡Yo estuve ahí, durante la explosión! ¿O quizás no lo estuve? ¿Acaso ambas realidades, relativamente simultáneas, son verdaderas?

Me he obsesionado con la pregunta de Maxwell: ¿la sucesión del tiempo y el espacio responde a ley alguna? Hay un secreto detrás del juego de los gases, la puerta y las partículas que comienza a indicarme que lo que concibo como la realidad no se debe a un orden preestablecido. Se trata de las probabilidades, y Maxwell no hace más que incidir en las infinitas secuencias. Al tener esta revelación, escucho la risa del monstruo y siento la movilidad de mi cuerpo nuevamente, como liberado de una condena. Invoco la energía de la antipartícula, que acaso en este orden sea una partícula, y me agito con vehemencia. Un terremoto como ninguno azota al cosmos a mis espaldas. El gigantesco toro, al sentir que el equilibrio le abandona, clava sus pezuñas y cornea mi espalda. Pero yo he de liberarme. La montaña de rubíes tiene tantas fracturas que de pronto estalla en millones de pedazos, atravesando los ojos del toro. El ángel pierde su soporte y los infiernos le quemán las alas, el planeta impacta contra mi coraza y los cielos se difuminan como una nébula. Al romper mi órbita, los demás planetas y astros de este sistema colapsan. Pero no me interesa, estoy determinada a descubrir los secretos del tiempo y el espacio.

Con mis aletas libres surco el contínuum, esperanzada de hallar al final un propósito. Desde el punto inicial de la explosión hasta los horizontes oscuros y ubicuos, rayos de

luz navegan y se distorsionan. Si en uno de los universos posibles yo fui la única antipartícula, quizá en otro mis hermanas han sobrevivido. Pero esta tarea resulta difícil más allá de toda medida. Al observar la extensión de las ondas lumínicas, me percaté que mis cálculos son siempre erróneos. No hay duda, los cuerpos que emiten la luz se están alejando de mí. El universo se expande. No importa la energía y velocidad con la que yo me dirija a los bordes, jamás alcanzo el horizonte. La desesperación comienza a apoderarse de mí y, sin embargo, frenéticamente, todavía no me detengo.

—Nunca entenderás lo que hay más allá.

Esa voz imperativa parece provenir desde mi futuro. Una gigantesca criatura sin ojos, boca, oídos, piernas ni brazos me encara. Su piel es tan oscura que le otorga un brillo azul marino. Las alas plateadas envuelven sus siete colas y sus cuernos poseen un patrón espiral.

—Las preguntas que quieres responder sobre el origen y el destino son fundamentales, pero careces del conocimiento y la capacidad para siquiera esbozar una respuesta. Yo sé quiénes eres en los múltiples dobleces de lo posible: antipartícula, mito y nada. —Los ecos de su lenguaje remueven profundamente mi memoria.

—¡Tú eres Laplace! —El silencio grávido del monstruo confirma mis sospechas—. ¡Maxwell me habló de ti! ¿Así que tú eres quien le disputa el control de todo?

—Maxwell es arrogante y banal. Ninguno de los dos posee el control. Él es capaz de alterar el flujo de las posibilidades y crear auténticas catástrofes. Sin embargo, su



ignorancia es su mayor limitante. Yo conozco el momento y posición de cada partícula en el universo y las leyes que las gobiernan. Además, tengo la capacidad para procesar tan vasta información en nanosegundos. —Su voz me deja contemplar densas alucinaciones donde se me permite el vértigo de verlo todo por un instante—. Para mí no existe ninguna sorpresa, pues conozco el pasado, presente y futuro de cualquier sistema, así como sus infinitas rutas alternas.

—En ese caso, sabes que yo, que todos mis rostros, están a la búsqueda de algo... ¿Pero qué es? ¿Por qué lo busco? ¿Es libertad? ¿Es un reflejo? ¿Es un hogar?

—Mi conocimiento absoluto tiene como único fin la contemplación. Cada proceso tiene una explicación causal, conectado en una cadena perfecta. Por ello, ¿de qué serviría mi agencia? Más aún, ¿tiene sentido hablar de acciones y libertad? Tú eres una anomalía con la cual es difícil lidiar debido al ruido estadístico que introduces a mi mural determinista. Pese a tus incontables aristas, he de leerte y en nada me sorprenderás.

—¡Acusas a Maxwell, pero eres tan arrogante como él!  
—Su respuesta en acertijos me enfurece—. ¡No necesito tu conocimiento absoluto! ¡Seré más rápida que la luz y me adelantaré a la expansión del universo!

Con fiereza intento embestir a Laplace, pero éste, sin la menor exaltación, se retira de mi trayectoria, sabida desde siempre. Mi guía es nuevamente la luz que atraviesa la oscuridad. Los rayos que se extienden me motivan a moverme más rápido, desesperación frenética, hasta que mi cuerpo rebasa su propio perímetro y la luz se queda

atrás. He alcanzado los confines y descubro que el final del universo se conecta a su principio, figurando un bucle incesante que se expande y se retrae. Si cruzo el horizonte, volveré a empezar sin obtener una sola respuesta. Nunca tendré una oportunidad como ésta: con mis dientes y aletas atravieso mi coraza. Desconozco en qué versión de mis incontables seres me encuentro, si la antipartícula todavía se encuentra en mi corazón, pero al trascender la carne la descubro, reconozco en su resplandor mi despertar. La sostengo, me sostengo, y las aletas y púas se desintegran, carcasa falsa que ya no puede soportar el contacto conmigo misma. Caigo justo en el horizonte y por primera vez tengo un encuentro con las partículas, ocasionando una explosión desgarradora, nueva singularidad, justo en el centro del bucle. Sin importar qué tan astuto sea Maxwell, no podrá reinvertir del todo la aleatoriedad de esta inédita entropía. Y si Laplace predijo que yo haría esto, no intervendrá. Las consecuencias de mi acción ya son visibles: billones de agujeros negros se atraen entre sí, se fusionan, avanzan con absoluta indiferencia, devoran al multiverso. El caos es sensible al más insignificante detalle. Cada una de las versiones de lo que fui se desintegra en la oscuridad.

## AGRADECIMIENTOS

Tuve una infancia feliz pese a las pesadillas que, por temporadas, me asolaban cada noche. De aquel insomnio proviene mi ambivalente fascinación hacia los monstruos. Este interés mío sobre los secretos del horror, su estética, de la cual Ernesto Sábato hablaba, no ha pasado desapercibido por mi familia. Se ha convertido en una práctica recurrente entre mi mamá, mi papá y mi hermana hacer bromas sobre mi tendencia a la intensidad. Sin el humor y cariño, comentarios y asombro de Margarita, Ricardo y María Fernanda estos cuentos no tendrían vida alguna.

Hay una persona que es profunda conocedora de mis monstruos, Tara Rutledge, con quien estoy agradecido. Con su sabiduría me ha revelado secretos de las dicotomías: ternura y conflicto, confianza y distancia, parálisis y esperanza. Gracias, lince, por compartir tus conocimientos y experiencias honestamente, por enriquecer mi arte con cada arista cómica y trágica.

Cada cuento en este volumen representa metáforas y enigmas sobre diversas ciencias, artes y teologías. Por ello, debo agradecerle en particular a siete de mis profesores de posgrado en la Universidad de Chicago, quienes retaron mis conocimientos y competencias con rigor y genialidad: Cécile Vigouroux, Paul Mendes-Flohr, Michael Fishbane, Richard Rosengarten, Michael Turner, Goldie Goldbloom y Joseph Masco.

Es fundamental hablar sobre nuestras creaciones para calibrar si los personajes en verdad respiran. Le agradezco a Helena Pérez por haber desatado su imaginación junto a la mía. Su creatividad resultó imprescindible; su humor, invaluable.

Y, por último, debo agradecerles a dos personas que se han ido. En primer lugar, a quien fuera un excelente comentarista de mi trabajo: mi abuelo, el abogado Gildardo Rojas Cabrera. Mi creencia en el caos y en los misterios me reconforta al saber que nuestras comunicaciones no han de interrumpirse indefinidamente. Ya hablaremos, con tequila en mano, sobre tus impresiones de estos cuentos que todavía alcanzaste a leer. Aquí estaré, abuelo, recordándote hasta entonces. Después, al gran maestro que no conocí, pero que me ha guiado con malicia y sin pretextos por los abismos de la identidad y el miedo: José Donoso. Su novela *El obscuro pájaro de la noche* ha dejado una huella indeleble en mi forma de concebirme a mí mismo, a quienes amo y al mundo que habito. Los monstruos de La Rinconada y las brujas de la Casa de Ejercicios Espirituales de la Encarnación de la Chimba, quienes mutan infinitamente en las delirantes páginas de Donoso, me enseñaron a no temerle a la palabra. Y así, aliado de mi lenguaje, las pesadillas ya no me paralizan como cuando era un niño.

San Cristóbal de Las Casas,  
28 de junio de 2020



## Contenido

Baku .....	11
Sirena .....	19
Naga .....	26
Peritio .....	34
Quimera .....	43
Gólem .....	52
Fastitocalón .....	59
Impundulu .....	68
Anfisbena .....	79
Catoblepas .....	89
Ahuízotl .....	100
Mantícora .....	109
Grifo .....	120
Leviatán .....	129
Bahamut .....	135



Rutilio Escandón Cadenas  
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Victoria Cecilia Flores Pérez  
DIRECTORA GENERAL DEL CONECULTA CHIAPAS

Manuel Gerardo Gutiérrez Ortiz  
COORDINADOR OPERATIVO TÉCNICO

Tanya Guadalupe Hernández Dávalos  
DIRECTORA DE PUBLICACIONES

CORRECCIÓN DE ESTILO | Liliana Velásquez  
DISEÑO | Mónica Trujillo Ley  
FORMACIÓN ELECTRÓNICA | Mario Alberto Palacios



La edición de *Especies del Caos* estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones del Coneculta Chiapas. Se terminó de imprimir en noviembre de 2020 en los talleres de la Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 45 kg y la portada sobre cartulina *couché* de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Electra LH. Se imprimieron 500 ejemplares.



**¿Qué es un monstruo?** Una experiencia sensorial —palabra y materia transfiguradas hasta el exceso— que cuestiona toda certidumbre. Cada cuento de esta colección representa situaciones límite donde las pasiones y misterios rebasan cualquier valor humano. Sin embargo, esta narrativa en apariencia puramente fantástica tiene una intención realista y crítica. *Especies del Caos* incita a afrontar espejos incómodos e imaginar reflejos alternativos a la decadencia. En el reconocimiento del vacío y el silencio se hallan las claves para descifrar cada monstruoso enigma.



ISBN: 978-607-8771-13-4



9 786078 771134



GOBIERNO DE  
**MÉXICO**

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



CONSEJO  
ESTATAL PARA  
LAS CULTURAS Y LAS ARTES  
GOBIERNO DE COAHUILA